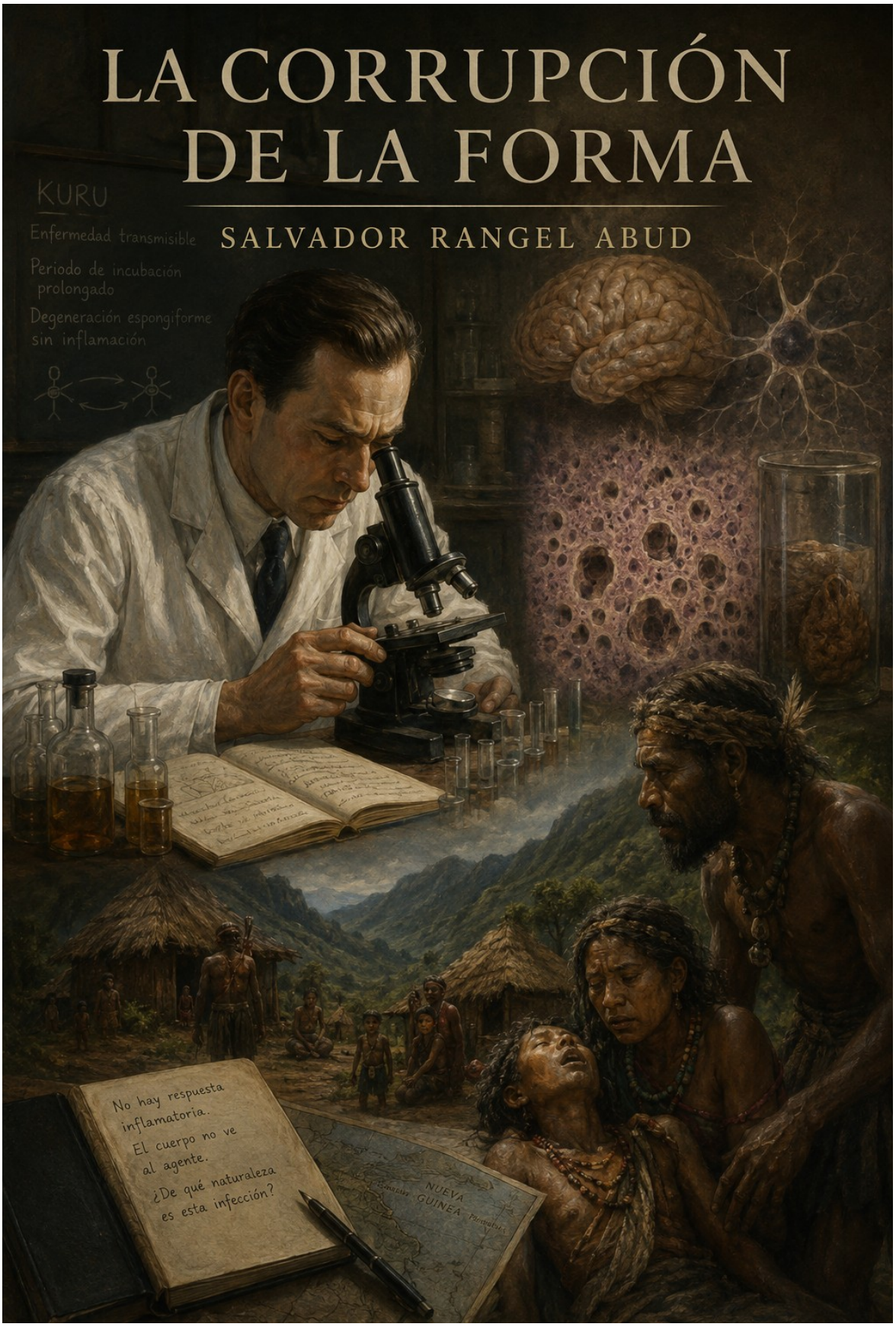
LA CORRUPCIÓN DE LA FORMA

SALVADOR RANGEL ABUD



LA CORRUPCIÓN DE LA FORMA

Gajdusek y la encefalitis espongiforme

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

La corrupción de la forma es una novela histórica que narra la vida de Daniel Carleton Gajdusek, Premio Nobel de Medicina 1976, desde su infancia en Yonkers hasta su muerte solitaria en Tromsø, Noruega, en 2008. A través de su obsesión científica por el kuru, una enfermedad neurológica devastadora que diezmó a la tribu Fore de Papúa Nueva Guinea, la obra explora la naturaleza del prión, el agente infeccioso más insólito que la biología ha conocido: una proteína sin genes, sin vida, capaz de corromper otras proteínas con la sola fuerza de su forma equivocada. Pero la novela no es solo la historia de un descubrimiento científico extraordinario. Es también la historia de un hombre cuya brillantez y cuya oscuridad compartían la misma lógica: la convicción de que la genialidad opera bajo reglas distintas a las de los hombres ordinarios. Una convicción que los cuadernos, los tribunales y el tiempo demostraron equivocada.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de abuso sexual de menores en el contexto del proceso judicial y los testimonios documentados del caso Gajdusek. El tratamiento de estos hechos es narrativo y nunca complaciente. La obra no busca la provocación sino la comprensión del mecanismo por el que una mente extraordinaria puede coexistir con una conducta destructiva sistemática, y del modo en que las instituciones científicas y judiciales respondieron, o no respondieron, ante las señales que existieron durante décadas. Los lectores que puedan verse afectados por este contenido deben considerarlo antes de comenzar la lectura.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Nacido en Xalapa, Veracruz, México, ha dedicado su carrera a la intersección entre la medicina, la historia y la narrativa, produciendo obras que iluminan los territorios donde la ciencia y la condición humana se encuentran de manera irresistible. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La corrupción de la forma. Gajdusek y la encefalitis espongiforme

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica

Subgénero: Ficción científica / Demistificación histórica

Año: 2026

País: México

Idioma: Español

Extensión: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

NOTA DEL AUTOR

Daniel Carleton Gajdusek existió. El kuru existió. Los chimpancés del sótano de Bethesda existieron. Los cuadernos de tapa negra existieron y fueron presentados como evidencia en un tribunal federal de Maryland en 1997. Lo que esta novela añade a los hechos documentados es el interior: los pensamientos que ningún cuaderno registró, las conversaciones que ocurrieron en habitaciones donde no había testigos, la dimensión subjetiva de una vida que los documentos públicos describen desde fuera. El autor ha procurado que esa dimensión inventada sea coherente con los hechos conocidos y respetuosa con quienes los vivieron. Los personajes de Sana, Kimo, Pauro, Eckhaus, Svensen, Cramer, Watts, Lacey y otros son ficcionales aunque sus funciones en la historia corresponden a personas reales cuyos nombres el autor ha preferido no usar. Tikvah Alper y Stanley Prusiner son figuras históricas reales cuyas palabras en esta novela son reconstrucciones dramáticas, no citas textuales.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial con atribución explícita al autor. No se permite la modificación ni la creación de obras derivadas sin autorización expresa.

PALABRAS CLAVE

Gajdusek, priones, kuru, encefalopatía espongiforme, enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, Premio Nobel, Papúa Nueva Guinea, tribu Fore, virología, neuropatología, Stanley Prusiner, abuso institucional, ciencia y ética, historia de la medicina, novela histórica mexicana

---

TEMAS PRINCIPALES

La naturaleza dual del genio científico y la conducta moral. La biología del prión como metáfora de la corrupción desde dentro. La complicidad institucional ante las denuncias de abuso. La historia de las encefalopatías espongiformes como crisis de salud pública global. La crisis de las vacas locas y sus consecuencias para la medicina y la política sanitaria. El exilio como forma de impunidad parcial. La ciencia como sistema que avanza independientemente de la moralidad de quienes la construyen.

CITAS DESTACADAS

La forma correcta y la forma incorrecta son indistinguibles desde dentro. — Última anotación de Gajdusek, cuaderno verde, 7 de diciembre de 2008

El hombre dejó por escrito su propia doctrina moral. Sabía exactamente lo que estaba haciendo en esa propiedad y por qué creía que la ley ordinaria de este país nunca lo alcanzaría. — Agente especial Robert Cramer, FBI, junio de 1996

La ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia. El agente no necesita que lo descubran para hacer su trabajo. — Gajdusek a Richard Lacey, 1990

En mi lengua hay una palabra para el hombre que busca la cercanía de los niños más allá de lo que su trabajo requiere. La palabra depende de lo que haga con ellos. — Pauro, intérprete Fore, Tierras Altas de Papúa, 1958

COMPARACIONES LITERARIAS

Por su tratamiento de la dualidad entre genialidad y depredación, esta novela puede compararse con *El médico de Campillo* de Pérez-Reverte en su voluntad de no absolver ni condenar sino comprender. Por su densidad científica integrada en la narrativa, con *La peste* de Camus, donde la biología es también una metáfora moral. Por su estructura de ascenso y caída de una figura histórica real, con *Patria* de Aramburu en su capacidad de sostener la ambigüedad ética sin resolverla artificialmente.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Puede separarse la obra científica de la conducta moral de quien la produce? ¿Qué responsabilidad tienen las instituciones cuando la reputación de un individuo actúa como escudo ante las denuncias? ¿Qué nos dice la biología del prión sobre la naturaleza de la corrupción: que la forma puede ser más peligrosa que la sustancia? ¿En qué medida la narrativa del genio incomprendido es también una narrativa de impunidad? ¿Qué significa que el campo científico que Gajdusek abrió

haya seguido avanzando sin él, produciendo las respuestas que él no encontró?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, S. (2026). *La corrupción de la forma. Gajdusek y la encefalitis espongiforme*. Xalapa, Veracruz, México. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas cincuenta novelas publicadas, entre las que se encuentran obras de historia demistificada sobre Mahatma Gandhi, Teresa de Calcuta, Francisco I. Madero y Alexander Fleming, así como series de novela coral, ficción histórica y ensayo académico sobre temas de salud pública, microbiología y administración hospitalaria.

MENSAJE FINAL

Esta novela nació de una pregunta que la historia de la ciencia no siempre se permite hacer: ¿qué ocurre cuando la mente que más sabe sobre la destrucción desde dentro es también la mente que más destruye desde dentro? Daniel Carleton Gajdusek pasó cincuenta años estudiando cómo una proteína puede convertir en nada lo que toca. Y al mismo tiempo, con la misma meticulosidad y la misma convicción, hacía exactamente eso con las vidas que tenía a su alcance. La corrupción de la forma no necesita un agente externo. Solo necesita que la materia olvide cómo debe ser. Esta novela es, entre otras cosas, un intento de no olvidarlo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El Banquete de las Sombras
CAPÍTULO 1: La Cuna de la Ambición
CAPÍTULO 2: El Forjado del Genio
CAPÍTULO 3: El Vagabundo de la Ciencia
CAPÍTULO 4: El Encuentro con el Monstruo
CAPÍTULO 5: La Necropsia y el Espejo
CAPÍTULO 6: El Error de los Veinte Años
CAPÍTULO 7: El Harén del Filántropo
CAPÍTULO 8: La Cúspide de la Gloria
CAPÍTULO 9: La Paradoja del Cristal
CAPÍTULO 10: El Acecho Invisible
CAPÍTULO 11: Las Grietas en el Pedestal

CAPÍTULO 12: La Red del FBI
CAPÍTULO 13: El Juicio al Genio
CAPÍTULO 14: El Exilio y la Sombra
CAPÍTULO 15: La Disolución Final
EPÍLOGO: El Huésped Silencioso

LA CORRUPCIÓN DE LA FORMA

Gajdusek y la encefalitis espongiforme

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El Banquete de las Sombras

Tierras Altas de Papúa Nueva Guinea, 1954

La lluvia había cesado poco antes del amanecer, pero el aire seguía espeso, saturado de tierra y de hojas en descomposición, como si la selva respirara hacia adentro y se negara a soltar lo que había acumulado durante la noche. En la cabaña más alejada de la aldea, la que quedaba al fondo del claro donde terminaban los huertos de taro y comenzaba la penumbra del bosque, una mujer llamada Asao preparaba lo que sus manos habían preparado ya otras veces, en otros duelos, siguiendo el mismo orden que le enseñó su madre y que su madre aprendió de la suya: primero lavar, luego separar, luego distribuir.

El cerebro de su marido reposaba sobre una hoja de banano ancha como una mano abierta. Afuera, los cerdos gruñían en el corral y el humo de las otras cabañas comenzaba a trepar hacia un cielo que todavía no decidía si aclarar.

No había en los gestos de Asao ningún horror. Había concentración, el mismo tipo de concentración con que una mujer puede coser una herida

o moler el taro para los hijos pequeños, o lavar la ropa en el río sin que los brazos pregunten por qué lo hacen, porque el cuerpo sabe lo que debe hacer aunque la mente siga en otro lugar.

Maino había muerto cuatro días atrás, después de meses de temblores y de aquella risa que no era risa sino la mueca que hace el cuerpo cuando el cerebro ya no puede gobernar el rostro. Lo habían visto derrumbarse varias veces en el camino hacia el río. Lo habían visto reír sin motivo durante la noche, con los ojos abiertos y vacíos, mientras los niños dormían a su lado sin entender qué era ese sonido que salía de la garganta de su padre.

Hacia el final, Maino no podía tragar. Hacia el final, Maino miraba a Asao sin reconocerla, y en esa mirada en blanco había algo más terrible que la muerte porque se parecía a la muerte pero respiraba todavía.

Pero ahora Maino estaba completo otra vez, ahora que el cuerpo ya no podía traicionarlo. Y Asao cumplía lo que el amor manda cuando alguien se va: que no regrese a la tierra solo, que permanezca entre los vivos, que los que lo amaron lo lleven consigo en la carne y en la memoria para que el tiempo no lo borre del todo. Era lo que siempre habían hecho. Era lo que significaba haber amado a alguien de verdad entre los Fore: que el duelo no se hacía desde la distancia sino desde la proximidad más radical que existe entre dos cuerpos.

Distribuyó porciones entre las mujeres del clan y entre los hijos mayores. La porción más pequeña fue para Kaia, la niña de cinco años que se había pasado las últimas semanas sin separarse de los pies de su padre, siguiéndolo a todas partes con la tenacidad tranquila de los niños que todavía no comprenden que hay cosas que no se pueden seguir. Kaia recibió lo que le daban sin preguntar, porque así lo recibía todo: con una seriedad que a los extraños les parecía timidez y que en realidad era solo la manera que tenía de estar completamente presente en lo que ocurría a su alrededor.

Ninguna de ellas lo sabía.

No había manera de saberlo.

Lo que entró al cuerpo de Kaia esa mañana no tenía núcleo. No tenía membrana. No tenía material genético de ningún tipo, ni ADN ni ARN, nada de lo que la ciencia de 1954 reconocía como condición necesaria y suficiente para que algo pudiera enfermar a otro ser vivo.

Era una proteína. Una sola molécula entre los miles de millones que transitaban el tracto digestivo de la niña en ese momento, indistinguible en su composición química de las proteínas que el propio cuerpo de Kaia fabricaba cada día en las neuronas de su corteza cerebral y de su cerebelo, donde se anclaba en la membrana exterior de las células como una pequeña bandera cuya función nadie había comprendido del todo todavía.

La diferencia era invisible a cualquier microscopio disponible en el mundo en ese año. Era una diferencia de forma, no de sustancia. La proteína normal —la que Kaia producía, la que Maino había producido toda su vida antes de que algo cambiara en algún momento que nadie pudo fijar— se plegaba en una arquitectura de hélices, como un resorte microscópico que gira sobre sí mismo con una geometría precisa y funcional.

La proteína que Kaia acababa de ingerir estaba plegada de otra manera: sus cadenas de aminoácidos se habían reorganizado en láminas planas, apiladas unas sobre otras como naipes, rígidas, insolubles, resistentes a cualquier enzima que intentara deshacerlas, estables ante el calor, ante los ácidos, ante todo lo que el cuerpo humano usa para desmantelar lo que no le pertenece.

Los jugos gástricos del estómago de Kaia no la disolvieron. Las enzimas pancreáticas del intestino delgado tampoco. La proteína atravesó la mucosa intestinal intacta y comenzó su migración hacia el sistema nervioso central con la paciencia absoluta de quien no tiene prisa porque no tiene reloj, porque no tiene metabolismo, porque no tiene vida en ningún sentido que requiera urgencia o movimiento propio.

El sistema inmune de Kaia no reaccionó.

No había razón para que reaccionara. El sistema inmune reconoce lo extraño comparando secuencias: la cadena de aminoácidos de un agente infeccioso es diferente a la del huésped, y esa diferencia activa los mecanismos de defensa. Pero la secuencia de aquella proteína era idéntica a la secuencia de las proteínas que Kaia fabricaba ella misma.

El sistema inmune veía algo propio. Veía a sí mismo, aunque doblado de otra manera. Y ante sí mismo, incluso cuando está mal doblado, incluso cuando ese doblez incorrecto destruye todo lo que toca, el cuerpo no levanta defensas. No sabe cómo hacerlo. Nunca aprendió a reconocer que la forma puede ser tan peligrosa como la sustancia.

La proteína llegó al tejido nervioso de Kaia. Encontró allí, en la superficie de las neuronas del cerebelo, miles de proteínas normales ancladas en sus membranas, sin saber que las esperaban. Y comenzó a enseñarles a plegarse de otra manera.

No había violencia en ese proceso. No había ruptura ni invasión ni ninguna de las señales que el cuerpo sabe interpretar como amenaza. Había algo más lento y más total: la conversión.

Cada proteína normal que entraba en contacto físico con la deformada adoptaba, bajo esa influencia geométrica, la misma conformación rígida, la misma lámina apilada, la misma insolubilidad irreversible. Y cada proteína recién convertida podía convertir a otras.

El proceso avanzaría durante años, quizás durante una década completa, sin síntomas visibles, sin fiebre, sin ninguna alteración en el

comportamiento de Kaia que permitiera a nadie sospechar lo que crecía dentro de su cráneo como una arquitectura del silencio, como un edificio que se construye en la oscuridad y solo se revela cuando ya no es posible demolerlo.

A menos de dos kilómetros de la aldea, en el borde donde la selva cedía a un claro apenas suficiente para una tienda de lona y una mesa de trabajo plegable, un hombre de treinta y un años escribía en su cuaderno bajo la luz de una linterna de queroseno. La humedad había ondulado las páginas. La tinta corría levemente en los bordes de las letras. Daniel Carleton Gajdusek no parecía notarlo.

Llevaba casi cuatro semanas en las Tierras Altas. Había llegado sin invitación formal, con una carta de presentación que el funcionario sanitario australiano de Port Moresby había firmado a regañadientes, con un equipo de campo que cabía en dos cajas de madera y con una certeza que no dependía de ningún dato previo sino de ese instinto particular del investigador que sabe, antes de tener las pruebas, que ha encontrado algo que cambiará lo que el mundo cree saber sobre la enfermedad y sobre la muerte. Había tenido esa sensación tres veces en su vida. Las tres anteriores había tenido razón.

El cuaderno abierto sobre la mesa estaba lleno de observaciones clínicas escritas en una letra pequeña y veloz que nadie más podía descifrar con facilidad. Descripciones detalladas de la marcha atáxica, del temblor intencional que aumentaba cuando el paciente intentaba alcanzar algo con la mano, de la disartria que convertía el habla en un balbuceo de vocales sin consonantes, de la disfagia que en los estadios finales impedía tragar incluso la saliva.

Descripciones de la risa: eso que los misioneros y los funcionarios coloniales llamaban la enfermedad de la risa y que Gajdusek sabía que no era risa sino la contracción involuntaria del músculo cigomático mayor cuando el cerebelo pierde la capacidad de inhibir los movimientos reflejos de la cara.

Había anotado los tiempos de progresión entre los primeros síntomas y la muerte: entre tres y veinticuatro meses, con una variabilidad que todavía no podía explicar. Había anotado la distribución por sexo y edad con una minuciosidad que ningún médico antes de él había aplicado a esta enfermedad: las mujeres y los niños morían en una proporción que triplicaba a los hombres adultos, y esa asimetría era el primer enigma de una cadena de enigmas que Gajdusek sentía como una promesa.

Cerró el cuaderno y levantó la mirada hacia las cabañas distantes. Desde donde estaba no podía ver nada concreto, solo la columna delgada de humo que salía de la más alejada, la que pertenecía a la familia de Maino, el hombre que había muerto cuatro días atrás con el cuadro clínico más avanzado y mejor documentado que Gajdusek había podido registrar en estas semanas.

Había tomado muestras de sangre y de líquido cefalorraquídeo antes de la muerte. Había fotografiado. Había pedido, a través del intérprete, que le avisaran cuando terminara el ritual fúnebre porque necesitaba hablar con la viuda sobre la posibilidad de una autopsia. Los Fore no practicaban la autopsia. Gajdusek sabía que tendría que ser convincente, o generoso, o paciente, o las tres cosas a la vez.

Tenía también otras razones para querer hablar con la viuda. Para querer visitar esa cabaña. Para conocer a los niños de esa familia en particular, que eran tres según le había dicho el intérprete: dos varones y la niña pequeña que siempre seguía a su padre.

Razones que no anotaba en el cuaderno de observaciones clínicas sino en el otro cuaderno, el de cubierta negra y cierre metálico, que guardaba envuelto en tela encerada en el fondo de la segunda caja de madera.

La linterna proyectaba su sombra larga y quebrada sobre la pared de lona de la tienda. Gajdusek apagó la llama y se quedó sentado en la oscuridad completa de la selva, que no era silencio sino una superposición de sonidos nocturnos que a estas alturas ya había aprendido a ignorar: el canto de los insectos, el goteo tardío de las hojas, algún animal que se movía entre los helechos más allá del claro.

Pensaba en el agente.

Había algo en esta enfermedad que no encajaba en ninguno de los marcos que la virología de su tiempo ofrecía. No había respuesta inflamatoria. No había anticuerpos detectables.

No había fiebre. Y sin embargo la enfermedad se transmitía, de eso estaba convencido aunque todavía no tuviera la prueba experimental que lo demostrara, porque la distribución epidemiológica entre los Fore tenía una lógica que apuntaba inevitablemente a la transmisión.

Algo pasaba de un cuerpo a otro. Algo que el cuerpo no reconocía como enemigo. Algo que esperaba dentro de sus víctimas durante años antes de revelarse.

En ningún momento pensó en que esa descripción podría aplicársele a sí mismo.

La noche de las Tierras Altas lo envolvió completamente. A dos kilómetros, en la cabaña de Asao, Kaia dormía con la respiración tranquila de los niños que todavía no saben que el tiempo tiene dirección.

En su cerebelo, invisible e irresistible, la conversión continuaba en silencio, proteína por proteína, forma por forma, con la precisión lenta e imparable de una escritura que el cuerpo no sabe leer hasta que ya ha escrito la última palabra.

El tiempo hablaría de su terrorífica verdad.

CAPÍTULO 1

La Cuna de la Ambición

Yonkers, Nueva York, 1923–1940

El barrio donde nació Daniel Carleton Gajdusek el 9 de septiembre de 1923 era uno de esos lugares que las ciudades grandes producen en sus márgenes como quien produce sedimento: una acumulación densa de familias inmigrantes que habían llegado a América con las manos dispuestas para el trabajo y la convicción de que el esfuerzo tenía recompensa, aunque la recompensa tardara una generación entera en materializarse.

Yonkers, al norte del Bronx, en el borde donde Nueva York deja de ser ciudad para convertirse en otra cosa sin terminar de decidir qué, era en los años veinte un mosaico de lenguas y de olores: polaco en la panadería de la esquina, yiddish en la sastrería de enfrente, eslovaco en el patio donde los hombres bebían cerveza los domingos después de misa, húngaro en la cocina de los Gajdusek, donde Ottilie Dobroczki preparaba guisos que tardaban horas y que llenaban el apartamento de un vapor denso que se quedaba impregnado en las cortinas durante días.

Karl Gajdusek había llegado de Eslovaquia en 1912 con diecinueve años y el nombre ligeramente modificado en el puerto de entrada, como les ocurría a tantos que los funcionarios de inmigración transcribían a su conveniencia. Era un hombre de trabajo manual, albañil primero, luego carnicero, con las manos grandes y una desconfianza profunda hacia todo lo que no pudiera tocarse ni medirse directamente.

Ottilie, en cambio, era otra especie de ser humano: había nacido en Budapest en el seno de una familia ilustrada que había perdido casi todo en los años convulsos que siguieron al fin del Imperio Austro-Húngaro, y llegó a Nueva York con una maleta, un volumen de Goethe en alemán y la certeza de que su vida iba a ser más grande que las circunstancias que la rodeaban.

Desde que Daniel tenía tres años, Ottilie le leía en voz alta durante una hora antes de dormir. Primero cuentos, luego historia, luego ciencia popular en libros que eran demasiado difíciles para un niño de esa edad y que sin embargo Daniel escuchaba con una atención que desconcertaba incluso a su madre.

—¿Qué significa evolución? —preguntó una noche, a los cuatro años, interrumpiendo la lectura sin ceremonia.

Ottilie bajó el libro y lo miró un momento antes de responder.

—Significa que los seres vivos cambian con el tiempo. Que los que sobreviven son los que mejor se adaptan a su ambiente.

—¿Y los que no se adaptan?

—Desaparecen.

Daniel consideró esto con la seriedad de quien sopesa una ecuación.

—¿Todos? ¿Sin excepción?

—Sin excepción —confirmó Ottilie, y había en su voz algo que no era solo respuesta sino también advertencia, aunque Daniel era demasiado pequeño para distinguir entre ambas cosas.

Karl escuchaba desde el pasillo sin entrar. Luego fue a la cocina a revisar que el gas estuviera bien cerrado, que era lo que hacía cuando no sabía qué hacer con lo que acababa de oír.

La tía Irene llegaba dos o tres veces al año desde Manhattan, siempre sin avisar con suficiente antelación, siempre cargada con algo que producía una perturbación inmediata en el apartamento: una caja de corcho con insectos clavados con alfileres de cabeza plateada, un microscopio portátil que había conseguido de descarte en el museo, frascos de formol con larvas de distintos órdenes etiquetadas con una letra minúscula y precisa.

Irene Dobroczki era entomóloga en el American Museum of Natural History, una posición que en los años treinta era extraordinaria para una mujer de origen inmigrante y que ella había alcanzado a base de una combinación de rigor científico y terquedad sostenida.

Para Daniel, las visitas de la tía Irene eran los días más importantes del año. No porque Irene lo tratara con la adoración de Ottilie, sino exactamente por lo contrario: Irene lo trataba como a un interlocutor al que había que exigirle precisión.

Una tarde de otoño, cuando Daniel tenía ocho años, la tía extendió sobre la mesa del comedor una caja de corcho con una hilera de coleópteros de distintos tamaños y señaló al primero con un lápiz.

—Dime qué observas.

Daniel se inclinó sobre el insecto con los codos apoyados en la mesa.

—Seis patas. Las antenas son cortas, en forma de maza. Las alas de arriba son duras, como una cápsula.

—Élitros —corrigió Irene—. Se llaman élitros. ¿Y eso qué te dice sobre dónde vive?

—Que necesita proteger las alas de vuelo. Que vive en algún lugar donde las daña si las lleva expuestas.

—¿Por ejemplo?

—Bajo tierra. O entre cortezas de árbol.

Irene asintió sin entusiasmo excesivo, que era su manera de aprobar.

—La naturaleza no inventa por capricho —dijo—. Cada estructura tiene una función. Cuando no entiendes para qué sirve algo, es porque todavía no has hecho las preguntas correctas.

Daniel miraba el escarabajo sin parpadear.

—¿Y si la estructura sirve para algo que le hace daño a otro?

Irene lo observó un momento.

—¿A qué te refieres?

—El escarabajo parásito. El que pone sus huevos en la larva de otro insecto y la larva se come al huésped desde dentro.

—El ichneumon. ¿Dónde leíste sobre eso?

—En la enciclopedia de la biblioteca. Tomo siete.

Irene dejó el lápiz sobre la mesa.

—La naturaleza no tiene moral, Daniel. Solo tiene mecanismos. El ichneumon no es cruel. Es eficiente. La crueldad es una categoría que los seres humanos proyectamos sobre procesos que existen en una dimensión completamente indiferente a nuestras categorías.

Daniel asintió despacio, como quien archiva una información en el lugar exacto donde va a necesitarla.

—Entonces la ciencia no juzga —dijo.

—La ciencia describe —respondió Irene—. El juicio es otro oficio.

Esa noche, en la cocina, mientras Ottilie recogía los platos, Karl habló en voz baja para que el niño no escuchara desde su cuarto.

—No me gusta lo que le enseña tu hermana.

Ottilie lo miró de reojo.

—Le enseña a pensar.

—Le enseña que no hay reglas.

—Le enseña que las reglas de la naturaleza son distintas a las reglas de los hombres. Eso es verdad, Karl. Eso es simplemente verdad.

Karl secó sus manos en el trapo de cocina con más fuerza de la necesaria y no respondió. Había aprendido a reconocer cuándo una conversación con Ottilie sobre Daniel era una conversación que ya había perdido antes de comenzar.

En la escuela primaria, Daniel Gajdusek era el problema que los maestros no sabían cómo catalogar. No era indisciplinado en el sentido convencional: no molestaba a sus compañeros, no llegaba tarde. Lo que hacía era terminar las tareas en un tercio del tiempo previsto y luego permanecer sentado con una expresión de paciencia que, si se miraba con atención, no era paciencia sino contención.

Un día de primavera, cuando Daniel tenía once años, el maestro de ciencias naturales, un hombre corpulento llamado señor Pratt que llevaba veinte años explicando la misma materia con el mismo tono, escribió en el pizarrón la clasificación de los mamíferos y se volvió hacia la clase.

—¿Alguien puede decirme qué tienen en común todos los mamíferos?

Varias manos subieron. El señor Pratt señaló a una niña en la primera fila.

—Son de sangre caliente —dijo ella.

—Correcto. ¿Algo más?

Daniel no levantó la mano. Habló directamente.

—Tienen glándulas mamarias, de ahí el nombre. Pero eso no los define del todo. El ornitorrinco pone huevos y sigue siendo mamífero. Así que la clasificación tiene excepciones que la definición estándar no cubre bien.

El señor Pratt lo miró durante un segundo demasiado largo.

—Eso es... correcto, Gajdusek. Aunque no era necesario complicar la respuesta.

—No la compliqué —dijo Daniel, sin alterarse—. La completé.

Esa tarde, en el patio, un chico mayor le puso una zancadilla mientras caminaba hacia la salida. Daniel cayó, se levantó, recogió sus libros del suelo y miró al chico con una expresión que no era rabia sino algo más inquietante: evaluación pura, como si estuviera tomando nota de un dato para un registro que solo él podía leer. No dijo nada. Se fue.

Su único amigo en esos años, un chico polaco llamado Stefan del edificio de al lado, le preguntó esa noche por qué no había respondido.

—¿Para qué? —dijo Daniel.

—Para que no vuelva a hacerlo.

—Va a volver a hacerlo de todas formas. O no va a hacerlo. Pero eso depende de él, no de lo que yo diga.

Stefan lo miró sin entender del todo.

—¿No te molestó?

Daniel consideró la pregunta con genuina seriedad.

—Me interrumpió —dijo al fin—. Eso me molestó.

A los catorce años, Daniel encontró en la biblioteca pública del barrio, mal archivado entre los libros de cocina, un texto universitario de química orgánica. Lo llevó a casa y lo leyó en cuatro días. Tres semanas después escribió una carta al departamento de química de la Universidad de Columbia señalando un error en la demostración del tercer capítulo del segundo volumen de la misma serie y preguntando si alguien estaría dispuesto a discutirlo.

El profesor que recibió la carta tardó dos semanas en responder. Cuando la respuesta llegó, confirmaba el error y preguntaba cuántos años tenía el remitente.

Ottilie leyó la carta en la cocina, de pie junto a la ventana. La dobló con cuidado y la guardó en el cajón donde guardaba los documentos importantes. Luego llamó a Daniel, que estaba en su cuarto.

—Ven.

Daniel bajó las escaleras sin prisa.

—¿Qué pasa?

—Respondieron de Columbia. —Ottilie señaló el cajón—. Tenías razón en el error.

Daniel asintió como si eso no fuera una novedad.

—¿Puedo ir a hablar con él?

—¿Con quién?

—Con el profesor. En la carta dice que podría ser interesante conversar.

Ottilie lo miró en silencio un momento. Había en la mirada de su hijo algo que ella reconocía y que al mismo tiempo no terminaba de entender: una certeza que no era arrogancia exactamente, porque la arrogancia implica la necesidad de ser visto, y Daniel no necesitaba ser visto. Necesitaba tener razón. Eran cosas distintas.

—El sábado te llevo —dijo.

Karl entró en ese momento con el abrigo todavía puesto, acabando de llegar del trabajo. Vio a Ottilie y a Daniel frente a frente junto a la ventana y se quedó en el umbral.

—¿Qué pasó?

—Nada —dijo Daniel—. Un error de imprenta en un libro de química.

Karl lo miró un segundo, miró a Ottilie, y fue a colgar el abrigo. Había cosas que entendía y cosas que no, y había aprendido hace mucho tiempo a no gastar energía fingiendo que la frontera entre unas y otras era distinta de lo que era.

Esa noche Daniel no pensaba en Columbia ni en el profesor ni en el error de la demostración. Pensaba en un artículo que la tía Irene le había dejado en su última visita, sobre los experimentos de Wendell Stanley con el virus del mosaico del tabaco: la demostración de que un agente infeccioso podía ser cristalizado como una sustancia química inerte y sin embargo recuperar su capacidad de infectar al ser disuelto de nuevo.

Vida y no-vida en el mismo objeto. La frontera entre la química y la biología, entre la materia inerte y la materia que se reproduce, volviéndose borrosa bajo el microscopio electrónico.

Algo en esa frontera lo atraía con una intensidad que todavía no sabía cómo nombrar. La idea de que existían cosas en el mundo que no obedecían a las categorías establecidas, que vivían en los bordes de lo que la ciencia creía haber definido. Que en esos bordes era donde ocurría lo más interesante.

No pensó, porque a los catorce años no hay razón para pensarlo, que él mismo vivía en uno de esos bordes. Que también en él la frontera entre lo brillante y lo destructor era más porosa de lo que parecía desde fuera.

Ottilie apagó la luz del pasillo. La casa quedó en silencio. Daniel seguía leyendo.

Ya estaba, a los catorce años, aprendiendo a compartimentar.

La semana siguiente, en el viaje en tren hacia Columbia, Ottilie intentó prepararlo para lo que podría encontrar: un profesor ocupado, una conversación breve, la posibilidad de que lo trataran como a un niño curioso y nada más.

—No importa cómo te traten —dijo—. Importa lo que aprendas.

Daniel miraba por la ventana el paso del río Hudson entre los árboles de noviembre.

—Si tiene razón, aprendo. Si no la tiene, también.

Ottilie frunció levemente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que equivocarse en química orgánica a nivel universitario también me dice algo sobre cómo se forman los errores en la ciencia. Eso también es útil.

Ottilie no respondió. Miraba el perfil de su hijo contra la ventana, los catorce años que todavía se notaban en la mandíbula sin terminar de definirse, y pensaba que había algo en Daniel que la llenaba de un orgullo tan absoluto que a veces le costaba distinguirlo del miedo.

CAPÍTULO 2

El Forjado del Genio

Rochester y Boston, 1940–1946

La Universidad de Rochester lo recibió en el otoño de 1940 con la indiferencia eficiente de las instituciones que han procesado a demasiados alumnos brillantes como para sorprenderse ante uno más. Daniel Carleton Gajdusek tenía dieciséis años, una maleta con ropa para dos semanas y cuatro temporadas, y una caja de cartón con libros que pesaba más que la maleta. El funcionario de admisiones que revisó su expediente aquella mañana de septiembre lo miró por encima de los anteojos con la expresión de quien intenta verificar si lo que tiene delante es lo que dice ser.

—Biofísica —dijo, como si el nombre de la carrera necesitara ser pronunciado en voz alta para adquirir existencia real—. ¿Sabe usted que es un programa diseñado para estudiantes de al menos veinte años con formación previa en física y química avanzadas?

—Lo sé —dijo Daniel—. Por eso lo elegí.

El funcionario volvió a mirar el expediente.

—Sus calificaciones de preparatoria son... —hizo una pausa que Daniel no interpretó como admiración sino como la pausa que hace alguien

cuando busca el adjetivo correcto y no lo encuentra— extraordinarias. Pero Rochester no es la preparatoria.

—No —confirmó Daniel—. Por eso vine.

El funcionario cerró la carpeta, la selló con un golpe seco de palma y la pasó hacia el lado del escritorio que correspondía a los asuntos resueltos.

—Bienvenido a Rochester, señor Gajdusek.

El dormitorio que le asignaron era una habitación doble que compartiría con un estudiante de segundo año llamado Arthur Mein, hijo de un dentista de Connecticut que estudiaba biología con la convicción desganada de quien cumple un requisito familiar. Arthur era afable, ordenado y completamente incapaz de entender por qué su nuevo compañero de cuarto encendía la lámpara de escritorio a las once de la noche y la apagaba a las cuatro de la madrugada con la regularidad de un proceso industrial.

La primera semana, Arthur lo intentó.

—¿No duermes? —preguntó una noche, incorporándose en la cama con los ojos entrecerrados.

—Duermo entre las cuatro y las siete —dijo Daniel sin levantar la vista del libro—. Es suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para funcionar.

Arthur se quedó mirando el perfil de su compañero recortado contra la luz de la lámpara: la espalda inclinada, los codos sobre la mesa, la pluma moviéndose en el margen del libro con una velocidad que no parecía compatible con la comprensión real de lo que se anotaba. Aunque sí lo era. Arthur lo descubriría con el tiempo.

—¿Qué estás leyendo?

—Termodinámica de los sistemas biológicos. Un artículo de Schrödinger sobre la entropía en los organismos vivos.

—¿Schrödinger? ¿El del gato?

Daniel levantó la vista por primera vez.

—El gato es una simplificación pedagógica para explicar la superposición cuántica —dijo—. Su trabajo real es bastante más interesante que el gato.

Arthur asintió con la expresión de quien ha recibido más información de la que solicitó y decidió que era mejor dormir.

No volvió a preguntar.

Los profesores de Rochester tardaron pocas semanas en reconocer que tenían en el aula un problema de la variedad que no tiene solución sencilla: un alumno que ya había leído la mayoría del material del curso

antes de que comenzara el semestre, que hacía preguntas que el profesor no siempre podía responder sin preparación previa, y que carecía por completo de la disposición social de fingir que no era así. No lo hacía por crueldad. Lo hacía porque la simulación le parecía un desperdicio de tiempo que podría usarse en otra cosa.

El doctor Elwyn Hammond, que impartía bioquímica en segundo año y que llevaba suficiente tiempo en la docencia como para no sentirse amenazado por los alumnos difíciles, fue el primero en encontrar la manera de manejarlo. En lugar de ignorarlo o de confrontarlo, lo usó.

—Gajdusek —dijo una mañana, después de exponer el ciclo de Krebs en el pizarrón—, usted ha estado tomando notas desde que empecé. ¿Hay algo en lo que acabo de explicar que le parezca incompleto?

La clase entera giró hacia Daniel. Él cerró el cuaderno con calma.

—La regulación alostérica de la isocitrato deshidrogenasa —dijo—. Usted explicó la reacción pero no la regulación. Sin eso, el ciclo parece un proceso continuo e invariable, y no lo es. La célula lo acelera o lo frena según sus necesidades energéticas del momento. Eso me parece la parte más interesante y no apareció.

Hammond lo miró durante dos segundos completos.

—Tiene razón —dijo—. Eso va en la siguiente clase. Pero le agradezco que lo señale ahora.

Después de esa clase, Hammond lo esperó en el pasillo.

—¿Tiene pensado quedarse en Rochester los cuatro años? —preguntó.

—Tres —dijo Daniel—. Tal vez dos y medio.

Hammond arqueó una ceja.

—¿Y después?

—Harvard Medical School.

Hammond asintió despacio, como quien recibe una información que ya sospechaba pero que prefería verificar.

—Venga a mi laboratorio los viernes por la tarde si quiere trabajar en algo real —dijo—. No le puedo ofrecer créditos todavía. Solo trabajo.

—Es suficiente —dijo Daniel.

Y era suficiente. Era, de hecho, exactamente lo que necesitaba.

En el laboratorio de Hammond, Daniel aprendió lo que ningún libro podía enseñar: que la ciencia real ocurre en el espacio entre la hipótesis y el resultado, y que ese espacio está lleno de fracasos que hay que registrar con la misma meticulosidad que los éxitos. Hammond era un investigador de segunda fila en términos de publicaciones, pero era un experimentador riguroso y honesto, y eso en un laboratorio vale más que el brillo teórico. Le enseñó a preparar muestras, a calibrar equipos,

a escribir un protocolo que otro pudiera reproducir sin depender de las instrucciones verbales del primero.

—Un experimento que no puede repetirse —decía Hammond mientras revisaba los cuadernos de Daniel— no es un experimento. Es una anécdota.

—¿Y si el resultado es real pero el protocolo tiene un error que impide la reproducción?

—Entonces el resultado no existe científicamente hasta que encuentres el protocolo correcto. Así de simple y así de cruel.

Daniel anotó eso en el margen del cuaderno con una estrella al lado. Era el tipo de crueldad que entendía y respetaba.

Se graduó de Rochester en tres años, en el verano de 1943, con un expediente que el decano describió en su carta de recomendación para Harvard como el más consistente que había visto en sus veintitrés años en la institución. Tenía diecinueve años.

Harvard Medical School en tiempos de guerra era un lugar acelerado y tenso, donde el ritmo normal de la formación médica había sido comprimido para producir médicos que los ejércitos necesitaban con urgencia. Los estudiantes dormían poco, comían mal y aprendían una cantidad de material en un semestre que en tiempos de paz habría requerido un año completo. Para la mayoría, eso era una presión insostenible. Para Daniel Carleton Gajdusek era, por primera vez en su vida educativa, un ritmo que se aproximaba a lo que él consideraba normal.

Fue en Harvard donde conoció a Joseph Smadel.

Smadel era virólogo del ejército, un hombre de cuarenta años con la mandíbula cuadrada y los modales directos de quien ha pasado más tiempo en laboratorios de campo en zonas de guerra que en los pasillos académicos. Había trabajado en el desarrollo de vacunas contra el tifus y la fiebre amarilla, había dirigido investigaciones en el norte de África y en el Pacífico, y tenía una capacidad para evaluar a un investigador en cinco minutos de conversación que él mismo atribuía no a ningún don especial sino a haber visto suficientes fracasos como para reconocer sus señales tempranas.

La primera vez que habló con Daniel fue después de una conferencia sobre virus filtrables que Smadel impartió para los estudiantes de tercer año. Daniel había hecho tres preguntas durante la sesión, cada una construida sobre la anterior, y la última había llevado a Smadel a un territorio donde la respuesta honesta era que no lo sabía.

Smadel dio esa respuesta sin incomodidad visible, que ya era señal de algo, y al terminar la conferencia buscó al estudiante en el pasillo.

—Sus preguntas fueron las mejores que me han hecho en una conferencia en dos años —dijo, sin preámbulo—. Y la última me obligó a

admitir una ignorancia que preferiría haber resuelto antes de subir al podio.

Daniel lo miró con la atención concentrada que reservaba para los interlocutores que consideraba a su nivel, que eran pocos.

—No era una trampa —dijo—. Genuinamente no sé la respuesta.

—Lo sé. Por eso fue buena. —Smadel metió las manos en los bolsillos del saco—. ¿Qué sabe usted de los virus lentos?

—Que el término no existe todavía de manera formal. Que hay enfermedades neurológicas progresivas sin agente causal identificado que podrían corresponder a infecciones con períodos de incubación anormalmente largos. Que nadie ha demostrado esto experimentalmente.

Smadel lo miraba con una expresión que en él equivalía a lo que en otros hombres habría sido una sonrisa amplia.

—¿Le interesaría trabajar en eso?

—Me interesaría trabajar en cualquier cosa que no tenga respuesta todavía —dijo Daniel.

—Eso es lo único que vale la pena —dijo Smadel.

Fue el inicio de una relación intelectual que duraría décadas y que funcionaría como un ancla, o al menos como el intento de ancla, para una mente que tendía naturalmente a la deriva de los sistemas sin fronteras. Smadel lo incorporó a su laboratorio, lo incluyó en la correspondencia con otros virólogos del ejército, le abrió el acceso a muestras biológicas que un estudiante de medicina no habría podido obtener por ninguna otra vía.

A cambio, Daniel le ofrecía algo que Smadel valoraba por encima de la mayoría de las cosas: la capacidad de hacer las preguntas que nadie más se atrevía a hacer porque implicaban señalar los bordes de lo que el campo sabía, y los bordes de lo que se sabe son siempre incómodos para quien ha construido su reputación dentro de esos bordes.

Fue también en Harvard, en el segundo año, donde Daniel asistió a una conferencia de Linus Pauling sobre la estructura de las proteínas. Pauling tenía entonces cuarenta y dos años y llevaba ya una década construyendo la teoría del enlace químico que le valdría el Nobel de Química nueve años después. Habló durante una hora sobre la hélice alfa, la estructura tridimensional que adoptan las cadenas de aminoácidos cuando se pliegan en condiciones normales, y sobre cómo esa forma determina la función de la proteína de manera tan absoluta que un cambio mínimo en la geometría del plegamiento puede anular completamente la actividad biológica de una molécula por lo demás intacta.

Daniel tomó notas con la velocidad de siempre, pero había algo diferente en la calidad de su atención esa tarde: una resonancia, la sensación de

que lo que estaba escuchando conectaba con algo que todavía no sabía que estaba buscando.

Después de la conferencia intentó acercarse a Pauling, pero había una fila de profesores y estudiantes de posgrado que llegaba hasta la puerta. Se quedó al margen, escuchando los fragmentos de conversación que alcanzaba, y al final escribió en el margen de sus notas una pregunta que no pudo hacer: ¿puede una proteína con la secuencia correcta pero el plegamiento incorrecto ser infecciosa?

No tenía respuesta. No tenía entonces ningún marco conceptual para siquiera evaluar si la pregunta tenía sentido. La dejó escrita en el margen y pasó a la siguiente página.

Doce años después, en una cabaña en las Tierras Altas de Papúa Nueva Guinea, recordaría esa pregunta sin recordar haberla escrito. La recordaría como una intuición propia, porque para entonces la línea entre lo que había aprendido de otros y lo que había pensado por sí mismo era una línea que ya no le interesaba trazar.

Se graduó de Harvard Medical School en junio de 1946, a los veintidós años. La ceremonia tuvo lugar en un patio interior de la universidad bajo un sol de verano que hacía brillar las togas negras como si fueran de un material distinto al que eran.

Ottilie estaba en la segunda fila, con un vestido azul que se había comprado específicamente para ese día y que era el vestido más caro que había tenido en su vida. Karl estaba a su lado con el traje oscuro de los domingos, las manos grandes cruzadas sobre el regazo, mirando a su hijo recoger el diploma con la expresión de quien observa algo que reconoce como importante aunque no pueda del todo explicar por qué.

Esa noche, en el restaurante donde Ottilie había hecho una reservación con tres semanas de antelación, Karl levantó su copa de vino hacia su hijo.

—Eres médico —dijo. Era lo único que sabía decir y lo dijo con toda la densidad que la frase podía cargar.

Daniel levantó su copa también.

—Todavía no —dijo—. Ahora empieza la parte interesante.

Ottilie los miró a los dos con los ojos brillantes y no dijo nada, que era su manera de decir todo.

CAPÍTULO 3

El Vagabundo de la Ciencia

Irán, Turquía, Brasil, 1946–1954

El mundo que esperaba a Daniel Carleton Gajdusek al otro lado del diploma de Harvard era un mundo que acababa de salir de la guerra con las costuras a la vista: ciudades reconstruidas a medias, fronteras

redibujadas sobre mapas que todavía olían a pólvora, instituciones científicas que intentaban reconvertir en laboratorios civiles los presupuestos y los métodos que la urgencia bélica había desarrollado. En ese mundo, los médicos que querían hacer ciencia real tenían dos opciones: quedarse en las universidades a competir por el espacio y el financiamiento en los departamentos establecidos, o irse a donde nadie más quería ir y trabajar con lo que hubiera. Gajdusek eligió la segunda opción sin deliberación aparente, como quien elige el camino más largo no porque sea mejor sino porque el corto ya está lleno de gente.

La primera escala fue el Walter Reed Army Institute of Research en Washington, donde Smadel lo había incorporado como investigador asociado en el programa de enfermedades infecciosas tropicales. El trabajo consistía en analizar muestras biológicas provenientes de distintas regiones del mundo donde el ejército estadounidense mantenía presencia o interés estratégico: fiebres hemorrágicas en el sureste asiático, encefalitis virales en el Pacífico, rickettsiosis en el Mediterráneo oriental. Era trabajo de laboratorio en su mayor parte, minucioso y sistemático, el tipo de trabajo que a la mayoría de los investigadores jóvenes les lleva años aprender a hacer bien.

A Gajdusek le llevó meses. Y una vez que lo dominó, empezó a impacientarse.

Una tarde de noviembre de 1947, entró al despacho de Smadel con un mapa desplegado bajo el brazo y lo extendió sobre el escritorio sin pedir permiso para ocupar el espacio.

—Irán —dijo, señalando con el dedo una región al noroeste del país—. Hay reportes de una fiebre hemorrágica en la región del Caspio que nadie ha investigado en campo. Solo muestras enviadas por médicos locales sin protocolo estandarizado. Los datos son inútiles.

Smadel miró el mapa sin tocar el papel.

—¿Y usted quiere ir.

No era una pregunta. Era la verificación de algo que ya sabía.

—Quiero ir, tomar muestras con protocolo correcto, caracterizar el agente y volver con datos que sirvan para algo —dijo Gajdusek—. El trabajo de laboratorio aquí está bien cubierto. Lo que no está cubierto es el campo.

Smadel se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—Irán no es Rochester, Gajdusek. No hay hospitales equipados, no hay cadena de frío confiable para las muestras, no hay evacuación médica si usted mismo enferma. Esta fiebre hemorrágica que quiere estudiar mata a una proporción considerable de sus pacientes.

—Lo sé. He leído los reportes.

—¿Y eso no le preocupa?

Daniel lo miró con una expresión que Smadel ya reconocía: no era temeridad ni inconsciencia. Era la evaluación genuina de alguien que había procesado el riesgo y había concluido que el dato que se podía obtener valía más que la incomodidad de obtenerlo.

—Me preocuparía más pasar otro año analizando muestras mal tomadas por otros —dijo.

Smadel guardó silencio durante un momento que Gajdusek no llenó, porque había aprendido que los silencios de Smadel eran parte del proceso y no invitaciones a seguir hablando.

—Tiene tres meses —dijo Smadel al fin—. Le consigo las cartas de presentación con las autoridades sanitarias iraníes. El equipamiento corre por cuenta del programa. Y cuando vuelva, quiero un informe que pueda publicarse, no un cuaderno de notas de viaje.

—Naturalmente —dijo Gajdusek, y empezó a doblar el mapa.

Irán en el invierno de 1948 era un país de contrastes que golpeaban con la misma intensidad que el frío del altiplano: mezquitas de mosaico azul junto a instalaciones petroleras de capital británico, médicos de formación europea que trabajaban en aldeas sin electricidad, funcionarios gubernamentales que recibían a los investigadores extranjeros con una cortesía formal que podía convertirse en obstrucción burocrática en el transcurso de una misma reunión. Gajdusek navegó todo eso con una combinación de paciencia táctica y de disposición genuina a aprender el contexto local que sorprendía a quienes esperaban encontrar en él al científico occidental que llega a tomar lo que necesita y se va.

Aprendía lenguas con una facilidad que él mismo atribuía no a ningún talento especial sino a la misma mecánica que aplicaba a cualquier sistema: identificar la estructura profunda, memorizar los patrones de mayor frecuencia, tolerar el error sin vergüenza hasta que el sistema se volvía fluido. En Irán aprendió farsi suficiente para trabajar sin intérprete en las entrevistas clínicas. En Turquía, donde fue después, aprendió turco en seis semanas. En Brasil aprendió portugués en el barco de ida.

La región del Caspio le dio lo que había ido a buscar: tres brotes activos de fiebre hemorrágica en aldeas dispersas a lo largo de la costa sur del mar, pacientes en distintos estadios de la enfermedad, familias que habían perdido miembros en semanas y que miraban al médico extranjero con una mezcla de desconfianza y de esperanza que Gajdusek aprendió a manejar con una eficiencia que a veces él mismo confundía con empatía.

En una de esas aldeas conoció a un médico iraní llamado Dariush Naficy, que llevaba dos años documentando los casos con los medios que tenía y que había desarrollado una intuición clínica sobre la progresión de la enfermedad que ningún artículo publicado describía con esa precisión.

—El tercer día es la bisagra —le dijo Naficy una tarde, mientras revisaban juntos los registros que el iraní llevaba en un cuaderno de contabilidad reconvertido en historia clínica—. Si el paciente llega al cuarto día sin insuficiencia renal, tiene posibilidades. Si el riñón cede en el tercer día, ya no hay nada que hacer.

—¿Lo ha documentado sistemáticamente? —preguntó Gajdusek.

—Con lo que tengo. Aquí no hay laboratorio. Solo lo que veo y lo que escribo.

—¿Puedo llevar copias de estos registros?

Naficy lo miró un momento, evaluando.

—¿Para qué los va a usar?

—Para publicar. Con su nombre como coautor, si los datos lo merecen. Y los merecen.

Naficy asintió despacio.

—En Teherán nadie publica a un médico de aldea del Caspio —dijo—. En los Estados Unidos, tal vez.

—En los Estados Unidos sí —dijo Gajdusek—. Si el dato es sólido, el origen no importa.

Era verdad. Era también la cosa más generosa que Daniel Carleton Gajdusek diría en toda su vida científica, y lo era porque en ese momento le costaba nada decirla: Naficy tenía datos que él necesitaba, y la coautoría era el precio justo. La generosidad y el cálculo podían producir el mismo gesto visible sin tener el mismo origen.

De Irán fue a Turquía, donde el programa del ejército lo había comisionado para investigar focos de fiebre Q en la región de Anatolia central. De Turquía fue a Francia brevemente, para un congreso de virología en París donde presentó los primeros resultados de sus muestras iraníes y donde conoció a varios de los investigadores europeos que en los años siguientes serían sus interlocutores científicos más productivos. De Francia fue al Amazonas.

Brasil fue distinto a todo lo anterior. No en la dureza de las condiciones, que era comparable a la del Caspio, sino en algo más difícil de nombrar: la textura de la vida en las comunidades ribereñas del Amazonas, el modo en que el tiempo funcionaba de otra manera en los lugares donde la selva determinaba todo, la relación entre los adultos y los niños en culturas donde la infancia no estaba separada del mundo adulto por las mismas barreras que en Nueva York o en Rochester o en cualquiera de los lugares donde Gajdusek había vivido hasta entonces.

Trabajó durante cuatro meses en comunidades del estado de Pará, rastreando arbovirus en mosquitos y en muestras de sangre de pacientes febriles. El trabajo era técnicamente complejo y logísticamente extenuante: las muestras debían mantenerse en hielo

durante el traslado en canoa hacia el laboratorio más cercano, que quedaba a dos días de viaje, y el hielo era un recurso que había que negociar en cada aldea con la misma seriedad con que se negocia cualquier cosa escasa.

Su colaborador local era un médico brasileño joven llamado Rodrigo Ferreira, que había crecido en Belém y que conocía la selva con la familiaridad de quien ha vivido toda su vida en su borde.

—Usted mira todo como si fuera la primera vez que lo ve —le dijo Ferreira una tarde, mientras esperaban que el motor de la canoa enfriara lo suficiente para revisarlo.

—Es que es la primera vez —dijo Gajdusek.

—No me refiero a la selva. Me refiero a todo. A las personas también.

Gajdusek lo miró.

—¿Eso es un problema?

Ferreira se encogió de hombros.

—Depende de lo que haga con lo que ve.

Era una observación que Gajdusek no esperaba de Ferreira, cuya inteligencia había subestimado de la misma manera en que tendía a subestimar a cualquiera que no hubiera publicado en revistas que él leyera. Se quedó un momento en silencio.

—¿Qué cree usted que hago con lo que veo?

—Lo anota —dijo Ferreira—. Todo lo anota. Eso está bien para los virus. No sé si está bien para todo lo demás.

Gajdusek no respondió. Anotó la observación en su cuaderno esa noche, en la página donde registraba las cosas que no encajaban en ninguna categoría establecida, y no volvió a pensar en ella durante muchos años.

En esos cuatro meses en el Amazonas, Daniel pasó más tiempo observando la vida de las comunidades ribereñas que cualquier otro investigador extranjero que hubiera trabajado en esa región con un objetivo estrictamente virológico. Los niños lo fascinaban de una manera que en ese momento él procesaba como interés antropológico: la libertad de movimiento que tenían en comparación con los niños de las ciudades, la ausencia de las barreras que en Occidente organizaban la relación entre adultos y niños en espacios separados y supervisados, la manera en que crecían en contacto directo con el mundo adulto sin que nadie considerara que eso era un problema.

Escribía sobre eso en el cuaderno de cubierta negra. No en el cuaderno de observaciones clínicas.

En enero de 1954 regresó a Washington con doscientas páginas de datos sobre arbovirus amazónicos, cuarenta frascos de muestras correctamente preservadas, y el borrador de tres artículos que Smadel publicaría con él en el transcurso del año siguiente. Era, en términos de

producción científica, uno de los períodos más fértiles de cualquier investigador joven de su generación.

Smadel lo recibió en su despacho con el informe ya leído y marcado en los márgenes con tinta roja.

—El material sobre la fiebre hemorrágica del Caspio es publicable en el Journal of Infectious Diseases sin modificaciones mayores —dijo—. Los arbovirus amazónicos necesitan más trabajo de laboratorio para confirmar la tipificación. Y esto —señaló las últimas páginas del informe, las que describían los patrones de distribución de las enfermedades febriles en comunidades sin acceso sanitario— esto es lo más interesante y lo más difícil de publicar porque no encaja en ninguna categoría establecida.

—Lo sé —dijo Gajdusek—. Por eso lo incluí.

—¿Qué quiere hacer ahora?

—Hay algo en Australia. Una enfermedad neurológica en una tribu de Nueva Guinea que los misioneros llaman la enfermedad de la risa. Los reportes son anecdóticos y sin valor científico, pero el cuadro clínico que describen no corresponde a nada conocido.

Smadel lo miró por encima de los anteojos.

—¿Una enfermedad neurológica progresiva sin agente identificado?

—Con un patrón de distribución epidemiológica que sugiere transmisión, pero sin ninguno de los marcadores inflamatorios que esperaríamos de una infección convencional.

Smadel guardó silencio. Tamborileó dos veces con el lápiz sobre el borde del escritorio.

—¿Recuerda la pregunta que me hizo hace siete años, después de mi conferencia en Harvard?

Gajdusek lo miró.

—Le hice tres preguntas.

—La última. Sobre los períodos de incubación anormalmente largos en enfermedades neurológicas.

—La recuerdo.

—Esto que me está describiendo suena como si esa pregunta hubiera encontrado su dirección —dijo Smadel.

Gajdusek no sonrió. Pero había algo en su expresión, una concentración que se volvía más densa, que en otro hombre habría sido una sonrisa.

—Eso creo —dijo—. Por eso quiero ir.

CAPÍTULO 4

El Encuentro con el Monstruo

Australia y Papúa Nueva Guinea, 1955–1957

Melbourne en el verano austral de 1955 era una ciudad que se tomaba a sí misma con la seriedad de quien sabe que está lejos del centro del mundo y ha decidido que eso no importa. El Walter and Eliza Hall Institute of Medical Research ocupaba un edificio de ladrillo rojo en el campus de la Universidad de Melbourne, y era en esos años uno de los laboratorios de inmunología más respetados del hemisferio sur, en buena medida gracias a Frank MacFarlane Burnet, su director, que había construido su reputación estudiando la manera en que el sistema inmune distingue lo propio de lo extraño. Era la pregunta más fundamental de la inmunología, y Burnet la había perseguido con una consistencia de décadas que le valdría el Nobel cinco años después.

Gajdusek llegó al instituto con una carta de presentación de Smadel y la intención de pasar un año trabajando en la intersección entre la virología y la inmunología, un territorio que en 1955 estaba apenas comenzando a tener nombre propio. Burnet lo recibió en su despacho un lunes por la mañana con la puntualidad de quien no considera el tiempo de los demás un recurso renovable.

—He leído sus publicaciones sobre las fiebres hemorrágicas del Caspio —dijo Burnet, sin rodeos, desde detrás de un escritorio donde los papeles estaban organizados con una precisión que hablaba de un sistema mental muy particular—. Son trabajo sólido. Metodología rigurosa, conclusiones mesuradas. No hace usted afirmaciones que sus datos no soporten.

—Es lo mínimo —dijo Gajdusek.

Burnet lo miró un segundo sobre el borde de los anteojos.

—Para usted quizás. No para todos. —Juntó las yemas de los dedos—. ¿Qué espera obtener aquí?

—Entender mejor cómo el sistema inmune responde, o no responde, a ciertos agentes infecciosos. Hay enfermedades que producen destrucción tisular severa sin respuesta inflamatoria detectable. Eso me parece el problema más interesante de la virología en este momento.

Burnet guardó silencio un instante. Había algo en la descripción que lo había tocado en un punto específico, y Gajdusek lo veía en el cambio sutil de su postura.

—¿Ha oído hablar del kuru? —dijo Burnet.

—No.

—Siéntese.

Burnet se levantó, fue hasta un archivero lateral y extrajo una carpeta delgada que depositó sobre el escritorio sin abrirla.

—Hay una tribu en las Tierras Altas de Papúa Nueva Guinea llamada Fore. En los últimos años, los funcionarios sanitarios del territorio

australiano han recibido reportes de una enfermedad neurológica que los está diezmando, en particular a las mujeres y a los niños. Los pacientes desarrollan un temblor progresivo, pierden la coordinación, presentan lo que los misioneros describen como accesos de risa involuntaria, y mueren en el transcurso de meses. No hay fiebre. No hay signos de infección convencional. Los médicos que los han visto no saben qué es.

Gajdusek miraba la carpeta sin tocarla.

—¿Hay muestras?

—Hay algunos cortes histológicos enviados desde Port Moresby. El tejido cerebral muestra una degeneración que nadie ha podido clasificar. —Burnet abrió la carpeta y deslizó una fotografía en blanco y negro hacia Gajdusek: una imagen microscópica de tejido cerebral con vacuolas dispersas, huecos en el tejido que daban al corte el aspecto de algo poroso, perforado desde dentro—. ¿Qué ve?

Gajdusek tomó la fotografía y la sostuvo bajo la luz de la ventana.

—Vacuolas espongiformes —dijo—. El tejido está lleno de huecos. No hay infiltrado inflamatorio. Ninguno.

—Ninguno —confirmó Burnet—. Sin inflamación, sin respuesta inmune detectable, con destrucción neuronal masiva y progresiva. ¿Le recuerda a algo?

—Al scrapie ovino —dijo Gajdusek, despacio, como quien verifica en voz alta una conexión que acaba de formarse—. La enfermedad temblorosa de las ovejas. Lleva descrita desde el siglo XVIII en Europa. La histología es idéntica.

—Exactamente. —Burnet recuperó la fotografía—. Nadie ha conectado ambas enfermedades formalmente todavía. Y nadie ha investigado el kuru en campo con metodología científica. Los reportes que tenemos son de misioneros y de funcionarios coloniales que hacen lo que pueden con lo que saben, que no es mucho.

Gajdusek dejó la carpeta sobre el escritorio.

—Necesito ir —dijo.

—Lo suponía —dijo Burnet.

Tardó siete meses en organizar la expedición, que no fue tanto una expedición planificada como una partida improvisada con el equipamiento mínimo que pudo reunir entre el instituto, los NIH y su propio peculio. Lo acompañaría Vincent Zigas, un médico del servicio sanitario australiano del territorio que llevaba meses intentando documentar el kuru con los recursos que le asignaban, que eran escasos, y con la convicción de que lo que estaba viendo era importante, que era lo único que tenía en abundancia.

Se conocieron en Port Moresby en enero de 1957 y se evaluaron mutuamente en el transcurso de la primera conversación con la rapidez de dos hombres que saben que van a trabajar juntos en condiciones difíciles y que necesitan saber desde el principio en qué pueden confiar el uno del otro.

—He visto a cuarenta y tres pacientes en los últimos dieciocho meses —dijo Zigas, extendiendo sus registros sobre la mesa del cuarto del hotel donde Gajdusek se había instalado esa tarde—. Todos Fore. Todos con el mismo cuadro. La progresión varía entre tres meses y dos años desde los primeros síntomas hasta la muerte. No hay supervivientes documentados.

Gajdusek revisaba los registros sin sentarse, de pie junto a la mesa, pasando las páginas con una velocidad que a Zigas le pareció incompatible con la lectura real pero que claramente lo era.

—¿La distribución por sexo? —preguntó sin levantar la vista.

—Predominantemente mujeres y niños. Los hombres adultos representan menos del quince por ciento de los casos.

—¿Ha encontrado alguna explicación para eso?

—Ninguna que tenga sentido. Las condiciones de vida de hombres y mujeres en las aldeas Fore son suficientemente distintas como para que la asimetría pudiera tener muchas causas. El problema es que no tengo manera de aislar las variables con los medios que tengo.

Gajdusek cerró la carpeta y lo miró por primera vez directamente.

—¿Cuándo podemos salir hacia las aldeas?

—Mañana, si quiere —dijo Zigas—. Aunque le advierto que el camino no es sencillo. Las últimas horas hay que hacerlas a pie.

—Mejor —dijo Gajdusek.

Zigas lo miró con una expresión que mezclaba la aprobación y la precaución en proporciones difíciles de separar.

—Una cosa —dijo—. La gente Fore ha tenido malas experiencias con los extranjeros que llegan, toman lo que necesitan y se van. Si quiere que cooperen, tiene que ganarse la confianza. Eso toma tiempo y requiere respeto genuino.

—Lo entiendo —dijo Gajdusek.

Zigas no estaba completamente seguro de que lo entendiera. Pero no tenía una alternativa mejor, y el hombre que tenía delante era, sin discusión posible, el investigador más calificado que había visto en los tres años que llevaba intentando que alguien con recursos científicos reales se interesara en lo que estaba ocurriendo entre los Fore.

El camino hacia las aldeas tomó dos días. El último tramo, efectivamente a pie por senderos que la lluvia de los días anteriores había convertido en una sucesión de barros de distintas consistencias, lo hicieron en

silencio porque la concentración requerida para no caer ocupaba el espacio que de otro modo habría llenado la conversación. Cuando llegaron a la primera aldea al amanecer del segundo día, Gajdusek se detuvo en el borde del claro y observó durante varios minutos sin entrar.

Había una mujer sentada frente a una de las cabañas que intentaba moler algo en un mortero de piedra con movimientos que no llegaban a completarse: el brazo iniciaba el golpe y luego se desviaba, como si entre la intención y el músculo hubiera una interferencia que el sistema nervioso no podía corregir. La mujer no parecía darse cuenta. O lo sabía y había encontrado la manera de seguir haciendo lo que había que hacer dentro de los límites de lo que su cuerpo todavía permitía.

—Eso es la ataxia —dijo Gajdusek, en voz baja, casi para sí mismo.

—Sí —dijo Zigas, a su lado—. Está en estadio intermedio. Todavía camina. En unas semanas no podrá.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde hace cuatro meses según la familia. Antes era perfectamente funcional.

Gajdusek entró al claro. El intérprete que los acompañaba, un hombre joven llamado Pauro que había crecido en las aldeas Fore y había aprendido el inglés en la escuela de los misioneros, fue delante para anunciarlos. Los hombres de la aldea los observaron desde la distancia con la cautela de quien ha aprendido que los extranjeros traen consigo consecuencias que no siempre pueden anticiparse.

En los días que siguieron, Gajdusek documentó caso por caso con una meticulosidad que Zigas no había visto antes en ningún médico que hubiera trabajado en el territorio. Examinaba a cada paciente durante una hora completa, registrando cada signo con la precisión de quien sabe que esos registros son la única evidencia que existirá de algo que nadie más ha visto con esa atención. Medía la velocidad del temblor. Evaluaba la coordinación con pruebas que adaptaba a las condiciones del campo. Describía la disartria, la disfagia, la risa patológica que en los casos más avanzados aparecía sin desencadenante visible y que era lo más perturbador de presenciar porque el rostro expresaba algo que el resto del cuerpo desmentía.

Una tarde, mientras examinaba a una paciente en estadio avanzado, la mujer rio de repente, un sonido agudo y sin modulación que llenó el interior de la cabaña. Gajdusek no se movió. Continuó el examen con la misma expresión concentrada de antes. Pauro, el intérprete, salió un momento al exterior.

Cuando volvió a entrar, Gajdusek le preguntó sin levantar la vista:

—¿Qué significa kuru en su lengua?

—Temblar —dijo Pauro—. Temblar de frío y de miedo al mismo tiempo.

—¿Y la risa? ¿Tiene nombre?

Pauro vaciló.

—Los ancianos dicen que es la enfermedad que te lleva riendo. Que cuando llegas a ese punto, ya no estás del todo aquí.

Gajdusek anotó eso en el cuaderno clínico. No porque fuera un dato científico sino porque era la descripción más precisa de la disociación neurológica que había escuchado en toda su carrera, formulada por alguien que no había estudiado medicina.

Esa misma semana comenzó a identificar a las familias con niños. Hablaba con las madres a través de Pauro, les explicaba que necesitaba hacer seguimiento a los casos, que volvería, que el médico extranjero tenía interés en sus hijos no solo como pacientes sino como individuos a quienes quería ayudar. Las madres escuchaban. Algunas asentían. El estatus del médico blanco en ese contexto era una forma de autoridad que no requería ser construida desde cero: ya existía, depositada ahí por décadas de presencia colonial y misionera, y Gajdusek la usaba con la naturalidad de quien toma una herramienta que encuentra en el lugar donde la necesita.

Por las noches escribía en los dos cuadernos.

En el clínico, los síntomas, las mediciones, las hipótesis sobre el mecanismo de transmisión que todavía no podía confirmar pero que la distribución epidemiológica hacía cada vez más evidente. En el de cubierta negra, otras cosas, con la misma letra veloz y la misma ausencia de juicio con que lo anotaba todo, como si el acto de registrar fuera en sí mismo una forma de orden que hacía innecesario cualquier otro tipo de evaluación.

Afuera, la selva de las Tierras Altas seguía su trabajo sin testigos: húmeda, indiferente, ajena a las categorías con que los hombres organizan lo que ocurre dentro de ella.

Smadel recibió la primera carta de Gajdusek desde las Tierras Altas tres semanas después de su llegada. Era una carta larga, escrita a mano en papel de cuaderno con los márgenes llenos de anotaciones adicionales, que describía el kuru con una precisión clínica que Smadel no había visto en ningún reporte previo sobre la enfermedad y que concluía con una afirmación que le hizo releer el párrafo dos veces:

Estoy convencido de que esto es transmisible. No tengo la prueba experimental todavía, pero la distribución epidemiológica no admite otra interpretación razonable. Sea cual sea el agente, pasa de un individuo a otro por una vía que todavía no he podido identificar. Y ese agente, Joe, no se comporta como ningún virus que hayamos visto. El cuerpo no lo ve llegar.

Smadel respondió diez días después con una carta que autorizaba la extensión de la misión por seis meses adicionales y que incluía, en el

último párrafo, una sola frase que Gajdusek leyó varias veces antes de doblar el papel:

Si tiene razón en lo que sospecha, esto va a cambiar lo que creemos saber sobre la infección. Proceda con cuidado y documente todo.

Gajdusek dobló la carta, la guardó en la caja de los documentos y salió de la tienda hacia la mañana de las Tierras Altas, donde el aire olía a tierra mojada y a humo de cocina y a algo más, algo que no tenía nombre en ninguna lengua que él conociera, que era simplemente el olor de un lugar donde la muerte tomaba una forma que nadie en el resto del mundo había aprendido todavía a reconocer.

CAPÍTULO 5

La Necropsia y el Espejo

Tierras Altas de Papúa Nueva Guinea, 1957–1959

Pauro tardó tres semanas en conseguir el primer permiso de autopsia. No era desconfianza hacia Gajdusek en términos personales, cuya presencia en las aldeas había comenzado a normalizarse después de los meses que llevaba trabajando en la región con una constancia que los Fore no habían visto antes en ningún médico extranjero.

Era algo más profundo y más antiguo que la desconfianza: para los Fore, el cuerpo del muerto no era un objeto sino una continuación de la persona, y abrirlo sin el ritual apropiado era una forma de violencia que podía tener consecuencias para los vivos de un tipo que ninguna explicación médica podía compensar ni desestimar. Las familias que habían visto morir a alguien de kuru sabían que el médico extranjero necesitaba el cerebro.

Sabían también que entregárselo implicaba una negociación en un territorio donde las categorías de ambas partes no se superponían del todo, y que sin embargo había que recorrer ese territorio porque no había otra manera de llegar a ningún lugar.

Aborea era el marido de Waine, una mujer de cuarenta años que había muerto veinte días antes tras una progresión de dieciocho meses que Gajdusek había documentado con la meticulosidad que aplicaba a todo su trabajo en campo: la ataxia inicial que Aborea describía como caminar como si el suelo decidiera solo adónde ir, luego la disartria que fue convirtiendo el habla de Waine en una sucesión de sonidos que se parecían a las palabras pero habían perdido sus bordes precisos, luego la disfagia que le impedía tragar sólidos, luego la risa nocturna que aparecía sin causa y que los hijos menores habían aprendido a ignorar con la adaptación que los niños desarrollan ante lo que no pueden cambiar y que a los adultos que la observan les resulta más dolorosa que el sufrimiento mismo.

Al final, Waine miraba a Aborea desde una distancia que no era la distancia física de la cama donde yacía sino algo más irreversible, la distancia que se abre cuando el cerebro pierde la capacidad de reconocer lo que amó y el cuerpo sigue respirando sin saber ya por qué.

La conversación tuvo lugar una mañana bajo un árbol de pandano al borde del huerto de taro. Pauro se había colocado entre los dos hombres, como hacía siempre en las conversaciones que importaban: nunca frente a frente, porque la distancia física reducía la presión de la comunicación directa entre hombres que no compartían lengua ni sistema de referencia, y en esa reducción de presión a veces era posible decir cosas que de otro modo se quedarían sin decir.

—Dice que quiere saber qué va a ver en el cerebro que no puede ver en otra parte —dijo Pauro—. Quiere entenderlo antes de decidir.

Gajdusek organizó la respuesta, que era algo que no hacía con frecuencia porque raramente necesitaba hacerlo.

—La enfermedad que mató a Waine ocurre en el tejido cerebral —dijo—. No en la sangre, no en los pulmones, no en ningún otro lugar. Si puedo examinar ese tejido bajo el microscopio, voy a ver exactamente qué cambió en las células. Y eso me va a decir algo sobre qué lo causó. Eso es lo que necesito antes de poder buscar una manera de detenerlo.

Pauro tradujo con la lentitud que usaba cuando la traducción exigía encontrar equivalentes conceptuales que no tenían correspondencia directa. Aborea escuchó hasta el final y luego hizo una pregunta en voz baja, con el tono de quien formula lo que más le importa y más teme que no tenga respuesta.

—Pregunta si lo que aprenda va a servir para salvar a alguien —dijo Pauro—. Alguien de aquí.

Era la pregunta que Gajdusek no podía responder con honestidad sin comprometer lo que había ido a buscar, y no podía responder con deshonestidad sin comprometer algo que existía en él de una forma que no siempre reconocía pero que en ese momento sí reconoció. Guardó silencio durante un instante real.

—No lo sé —dijo—. Lo que sí sé es que sin este tejido, nadie en el mundo va a poder responder esa pregunta. Con él, al menos hay una posibilidad que sin él no existe.

Pauro tradujo. Aborea miró a Gajdusek con la evaluación sostenida de quien intenta medir algo que las palabras no pueden medir por sí solas, que es lo que los hombres hacen cuando las palabras ya se dijeron y queda solo la decisión. Luego habló.

—Dice que puede llevarlo —dijo Pauro—. Pero con una condición. Si aprende algo que pueda ayudar a su hija, tiene que volver a decírselo. No mandarlo con otro. Volver él mismo.

Aborea tenía una hija de doce años. Gajdusek lo sabía desde la primera semana.

—Le doy mi palabra —dijo.

La autopsia se realizó esa misma tarde en el interior de la cabaña, con Gajdusek y Zigas trabajando bajo la luz de dos lámparas de queroseno cuyas llamas proyectaban sombras variables sobre las paredes de bambú. El instrumental era el de campo: bisturí, sierra de mano, pinzas, frascos de formol numerados para la fijación inmediata. Gajdusek trabajó en silencio con la economía de movimientos de quien ha interiorizado el protocolo hasta el punto de que las manos lo ejecutan mientras la mente ya está en el paso siguiente.

Zigas asistía y registraba en el cuaderno de campo con la letra pequeña y apretada que usaba en las situaciones donde el espacio en el papel era tan limitado como el espacio físico disponible. El procedimiento duró cuarenta y cinco minutos. Afuera, Aborea esperó de pie junto a la pared exterior de la cabaña durante todo ese tiempo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista en la línea de los árboles, en una postura que no era exactamente esperar sino algo para lo que Gajdusek no encontró la palabra exacta mientras trabajaba y que apuntó después en el cuaderno como la postura del hombre que cumple con algo que ha decidido aunque le cueste cumplirlo.

Cuando Gajdusek salió con el frasco sellado, Aborea lo miró pero no habló. Fue Gajdusek quien habló.

—Gracias —dijo en inglés, con un tono que no necesitaba traducción porque no hay lengua en que la gratitud genuina suene de manera completamente distinta a cualquier otra.

Aborea asintió una sola vez y entró a la cabaña.

Los cortes histológicos preparados esa noche, bajo el microscopio portátil que Gajdusek había traído desde Melbourne en la segunda caja de madera, mostraron lo que la fotografía en blanco y negro de Burnet había anticipado, pero verlo en tejido fresco de alguien cuya progresión Gajdusek había seguido mes por mes, cuyo nombre conocía, cuya familia había visto, tenía una dimensión que la fotografía de archivo no podía transmitir.

El parénquima cerebral estaba sembrado de vacuolas: huecos microscópicos distribuidos en la corteza y en el cerebelo con la regularidad perturbadora de algo que no ha sido destruido desde fuera sino vaciado desde dentro, como si alguien hubiera retirado el contenido de miles de compartimentos celulares dejando las membranas intactas. No había infiltrado inflamatorio.

No había acumulación de leucocitos en el tejido como ocurre en cualquier proceso infeccioso conocido, desde una gripe hasta una encefalitis bacteriana. No había edema, no había hemorragia

microscópica, no había ninguno de los marcadores que la neuropatología de 1957 reconocía como señales de daño infeccioso.

Solo los huecos, perfectamente distribuidos, convirtiendo la masa encefálica en algo que estructuralmente se parecía a una esponja y que no tenía nombre científico establecido porque nadie había descrito eso en cerebro humano con esta precisión antes de esa noche.

Zigas se apartó del ocular y se quedó mirando el instrumento un momento antes de hablar, como si necesitara ese momento para ordenar lo que acababa de ver.

—Es exactamente lo mismo que el scrapie ovino —dijo.

—Comparable, no idéntico —dijo Gajdusek, ajustando el enfoque para revisar un corte del cerebelo—. La afectación cerebelosa es más prominente en el kuru que en el scrapie. En las ovejas la distribución cortical es más uniforme. Por eso la ataxia domina el cuadro clínico del kuru desde el principio, mientras que en el scrapie el deterioro motor aparece más tarde.

—¿Esa diferencia importa?

—Importa para el mecanismo. Puede ser el mismo agente con expresión regional distinta según el huésped. O pueden ser agentes distintos que convergen en el mismo patrón histológico por razones que todavía no entendemos. Con lo que tenemos no podemos distinguir entre esas dos posibilidades. —Se incorporó y miró a Zigas directamente—. Lo que sí podemos afirmar es que esto no activa el sistema inmune del huésped. No hay respuesta inflamatoria. Ninguna, en ningún nivel del tejido. Y eso, Vin, no tiene precedente en ninguna enfermedad infecciosa que nadie haya descrito. Ninguna en toda la literatura médica.

Zigas cruzó los brazos.

—¿Cómo prueba entonces que es infeccioso?

—Inoculando tejido en animales en laboratorio controlado. Si el material de un paciente Fore produce la enfermedad en un chimpancé, la transmisibilidad queda demostrada aunque el agente siga siendo completamente desconocido. El sistema inmune del primate tampoco va a responder, pero los síntomas clínicos y la histología cerebral hablarán solos. —Guardó los cortes en su caja de almacenamiento—. Pero eso requiere Bethesda. Los animales, la infraestructura, el tiempo. Y si la incubación es tan larga como sospecho, estamos hablando de años antes de tener un resultado. Quizás más de una década.

Zigas tardó un momento en responder.

—¿Cuántos chimpancés?

—Los que Smadel me autorice. Empezaré con cinco o seis inoculaciones y esperaré.

—Eso es mucha espera.

—Sí —dijo Gajdusek—. Pero es la única manera de hacerlo bien.

Zigas miró los frascos de tejido preservado en su fila ordenada sobre la mesa de campo, cada uno etiquetado con el nombre del paciente, la fecha y el área cerebral de origen. Había algo en esa fila que era a la vez un logro científico extraordinario y un peso que ninguna etiqueta podía nombrar del todo.

—¿Cuándo propone irse? —dijo.

—En cuanto tenga suficiente material. Necesito al menos doce autopsias más para tener representación estadística mínima. Y necesito resolver una cosa más antes de irme.

—¿Qué cosa?

Gajdusek ordenó los últimos frascos antes de responder.

—He iniciado conversaciones con algunas familias sobre la posibilidad de llevar a ciertos niños a los Estados Unidos. Los que tienen mayor riesgo de exposición. El seguimiento aquí tiene límites que en Bethesda no existen.

Zigas lo miró durante un segundo completo antes de hablar.

—¿Llevar niños a los Estados Unidos.

—Con consentimiento de las familias y los permisos del gobierno del territorio. Todo dentro del marco legal vigente.

—Carleton. —Zigas bajó la voz, no porque hubiera alguien cerca sino porque la conversación lo requería—. Las madres de estas aldeas confían en usted porque usted es el médico y porque en este contexto eso equivale a una autoridad que ellas no tienen manera real de cuestionar. Un consentimiento dado desde esa posición no es el mismo consentimiento que se da entre personas con la misma información y el mismo poder.

—Les estoy ofreciendo una oportunidad real —dijo Gajdusek—. Educación, atención médica, condiciones de vida que aquí no existen. No les estoy quitando nada que no me hayan dado libremente.

—No les está quitando nada que usted pueda ver —dijo Zigas.

El silencio que siguió duró más que los silencios habituales entre ellos. Afuera, la tarde de las Tierras Altas comenzaba a enfriarse con la rapidez de las alturas, y el sol que quedaba entre los árboles hacía brillar el suelo húmedo del claro con una luz que tenía algo de irreal, demasiado hermosa para el momento que era.

—Tengo en mente su bienestar —dijo Gajdusek al fin.

Zigas asintió despacio, con la expresión de quien no está de acuerdo pero ha evaluado que ha dicho lo que tenía que decir y que el resto ya no depende de él.

—Espero que así sea —dijo—. Lo espero de verdad.

No volvieron a hablar del tema esa noche. Cada uno terminó su parte del trabajo y apagó su lámpara. Fuera, las aldeas Fore estaban en la oscuridad tranquila de los lugares donde la noche todavía es la noche completa, sin bordes artificiales, con las estrellas tan cerca y tan numerosas que hacían que el cielo pareciera un segundo suelo visto desde abajo.

En el fondo de la segunda caja de madera, junto a los frascos de tejido y los registros clínicos, el cuaderno de cubierta negra esperaba la mano que lo abriría más tarde, cuando las lámparas del campamento fueran las únicas luces encendidas en kilómetros y no hubiera ningún Pauro ni ningún Zigas que pudiera ver lo que se escribía en él ni hacer preguntas sobre lo que significaba.

CAPÍTULO 6

El Error de los Veinte Años

Bethesda, Maryland, 1959–1966

El laboratorio que Smadel le asignó en el campus de los Institutos Nacionales de Salud en Bethesda tenía tres ventanas que daban a un jardín de robles y un sótano donde las jaulas de los chimpancés producían un ruido de fondo constante, una mezcla de movimiento y de voz animal que los investigadores del edificio aprendían a ignorar en el transcurso de la primera semana y que Gajdusek no ignoró nunca porque en ese ruido había información que los otros no escuchaban: el estado de los animales, los cambios en su comportamiento, la diferencia entre el sonido del día normal y el sonido del día en que algo ha cambiado. Lo había aprendido de la tía Irene sin que ella se lo enseñara directamente: que los sistemas vivos emiten señales constantes y que la mayoría de las personas no las reciben porque no han decidido prestarles atención.

Llegó a Bethesda en el otoño de 1959 con las dos cajas de madera, los catorce frascos de tejido preservado en formol, los cuadernos clínicos de campo y una certeza que no dependía de ninguna prueba experimental pero que él trataba con el mismo respeto que trataría un resultado demostrado: el kuru era transmisible, su agente no activaba el sistema inmune, y demostrar ambas cosas en laboratorio controlado iba a cambiar lo que la medicina creía saber sobre la naturaleza de la infección. Lo que no sabía, lo que nadie en el mundo sabía todavía, era que el agente era algo que la biología de 1959 no tenía categorías para concebir, y que la espera por la demostración iba a durar seis años.

Smadel lo esperaba en su despacho con el borrador del artículo sobre la histología del kuru abierto sobre el escritorio, marcado en tres párrafos con tinta roja y con notas marginales en la letra pequeña y apretada que usaba cuando leía con la atención que le reservaba a los textos que consideraba importantes.

—El Journal of the American Medical Association lo publicará en febrero —dijo, sin preámbulo—. Es la primera descripción clínica e histológica sistemática del kuru en la literatura médica en inglés. Eso le da peso suficiente aunque la hipótesis etiológica siga abierta.

—La hipótesis no va a seguir abierta mucho tiempo —dijo Gajdusek.

Smadel lo miró por encima de los anteojos con la expresión que usaba cuando quería evaluar si lo que acababa de escuchar era confianza basada en evidencia o algo más parecido a la certeza a priori que en los investigadores jóvenes a veces antecede al fracaso.

—¿Cuánto tiempo calcula?

—Dos años. Tres como máximo. Si la incubación en chimpancés es comparable a la que observamos en humanos, los primeros animales deberían mostrar síntomas en ese plazo. El sistema nervioso del chimpancé es suficientemente similar al humano para que el agente opere con la misma lógica.

—¿Y si la incubación es más larga?

—Entonces esperamos más —dijo Gajdusek—. No hay alternativa metodológica. O esperamos el resultado correcto o publicamos uno que no lo es, y eso no es una opción.

Smadel juntó las yemas de los dedos sobre el escritorio.

—Los NIH no financian la espera indefinida, Carleton. Necesito resultados intermedios que justifiquen la continuación del programa ante la dirección cada dos años. Resultados publicables, no promesas.

—Los resultados intermedios serán los artículos —dijo Gajdusek—. La comparación histológica con el scrapie ovino, la epidemiología del kuru en la población Fore, los patrones de distribución por sexo y edad y su implicación para la hipótesis de transmisión. Tengo material para al menos seis publicaciones antes de que aparezca el primer síntoma en los animales. Eso debería ser suficiente para mantener el programa abierto.

—Debería —dijo Smadel—. Siempre que los artículos estén a la altura de lo que me está prometiendo.

—Lo estarán.

Smadel miró el borrador marcado sobre el escritorio un momento más y luego lo cerró.

—Tiene seis chimpancés disponibles para el programa en el sótano. Robert Eckhaus es el veterinario encargado; trabaje con él en el diseño del protocolo de observación. Y una cosa más. —Se apoyó en el respaldo de la silla—. Cuando publiquemos los resultados de la transmisión, y vamos a publicarlos, la comunidad va a preguntar qué es el agente. Necesita tener una respuesta lista, aunque sea provisional.

—Un virus lento —dijo Gajdusek—. Con un período de incubación anormalmente largo. Puede ser de años. En algunos casos, décadas.

—¿Tiene evidencia que soporte eso?

—Tengo la ausencia de respuesta inmune, que descarta los agentes convencionales de ciclo rápido. Tengo la histología, que es compatible con daño de instalación lenta sin inflamación. Y tengo la epidemiología, que muestra una distribución temporal de los casos que implica períodos de incubación de entre cinco y veinte años en la población Fore. —Hizo una pausa—. No tengo el agente aislado. Todavía.

—Eso va a ser el punto débil —dijo Smadel.

—Lo sé. Por eso necesito los chimpancés.

Las inoculaciones se realizaron en la primera semana de noviembre de 1959, en el sótano del edificio donde el ruido de los animales tenía una calidad distinta a la del resto de los pisos, más inmediata, más animal, más honesta en cierto sentido. Gajdusek preparó el inóculo a partir del tejido cerebral de tres pacientes Fore diferentes, combinando material de casos en distintos estadios de la enfermedad para maximizar la variedad de exposición. La inyección fue intracerebral, el método más directo disponible, el que reducía al mínimo las variables entre el material y el sistema nervioso del animal. Cada chimpancé fue numerado, fotografiado, pesado y sometido a una batería de pruebas neurológicas de base: coordinación motora, equilibrio, seguimiento visual, respuesta a estímulos simples. Gajdusek diseñó esas pruebas adaptando los protocolos que había usado con los pacientes Fore en las Tierras Altas, traduciendo al contexto del primate lo que había aprendido a medir en el contexto humano.

Eckhaus observó el proceso con la atención callada de quien tiene experiencia suficiente para reconocer cuando alguien sabe lo que está haciendo y cuando no.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con primates? —preguntó, cuando Gajdusek terminó la última inoculación.

—Nunca antes —dijo Gajdusek, cerrando el maletín del instrumental.

Eckhaus lo miró.

—¿Y diseñó el protocolo de observación sin experiencia previa en primates?

—Diseñé el protocolo basándome en lo que necesito observar, que es lo mismo que observé en los pacientes humanos. El mecanismo del daño neurológico va a ser el mismo. Solo el animal es distinto.

Eckhaus consideró esto.

—Los chimpancés no cooperan de la misma manera que los pacientes —dijo—. Si el animal está asustado o agitado, las pruebas de coordinación no son confiables.

—Entonces hay que construir una relación con los animales que reduzca el miedo —dijo Gajdusek—. ¿Cuánto tiempo lleva usted con estos seis?

—Con Daisy, cuatro años. Con los otros, entre uno y tres.

—Bien. Usted aplica las pruebas. Yo observo y registro. Si el animal confía en usted, las mediciones serán más limpias.

Eckhaus asintió con la expresión de quien ha recibido una instrucción que tiene sentido y que además reconoce como deferencia real hacia su experiencia, que era algo que no siempre recibía de los investigadores que usaban los animales del programa.

—Así lo haremos —dijo.

Pasaron meses. El ritmo del laboratorio en Bethesda era radicalmente diferente al del campo en Papúa, y Gajdusek tardó un tiempo en encontrar la manera de habitarlo sin que la diferencia lo consumiera. En Papúa todo era urgente porque el material era irreemplazable y el tiempo en las aldeas era limitado. En Bethesda todo era espera, una espera que se medía en semanas y en meses y que no producía datos visibles durante intervalos tan largos que cualquier investigador menos convencido de lo que buscaba habría empezado a dudar. Gajdusek no dudaba. Pero la espera producía en él una energía sin objeto que canalizó de varias maneras, no todas documentadas en los registros oficiales del programa.

Publicó cuatro artículos en el transcurso de 1960 y 1961. Viajó dos veces a Papúa para ampliar el material de campo y actualizar el seguimiento de los pacientes en las aldeas Fore, que continuaban enfermando y muriendo con la regularidad sin piedad de los procesos que no tienen freno conocido. Estableció en la casa de Frederick la residencia que sus colegas comenzaron a llamar la embajada, donde vivían los primeros jóvenes traídos de Papúa y Micronesia bajo su tutela, y donde las conversaciones nocturnas sobre ciencia, filosofía y antropología se mezclaban con una atmósfera de autoridad total que ningún visitante de paso habría podido describir con precisión pero que los que vivían en ella conocían en todos sus detalles.

Fue una mañana de febrero de 1963 cuando Eckhaus llamó a su despacho desde el sótano.

—Baje cuando pueda —dijo en el teléfono—. Hay algo que quiero que vea.

Gajdusek bajó en cinco minutos. Eckhaus estaba junto a la jaula de Daisy con el cuaderno de observaciones abierto y el lápiz en la mano, mirando a la chimpancé con la concentración de quien está verificando algo que no quiere anunciar todavía como definitivo.

—Esta mañana no terminó la ración —dijo Eckhaus—. Y cuando hice la prueba de alcance, el brazo izquierdo respondió tarde. No mucho. Pero tarde.

Gajdusek se acercó a la jaula. Daisy lo miró desde su percha con los ojos grandes y tranquilos de los chimpancés, sin el signo de alarma que los animales muestran cuando el malestar ha llegado al nivel en que el cuerpo lo registra completamente.

—¿Desde cuándo lo nota?

—Lo anoté ayer por primera vez. Puede llevar más tiempo. Los cambios en esta fase son muy sutiles y yo reviso una vez al día, no de forma continua.

—¿Tiene las mediciones de base a mano?

Eckhaus le pasó el cuaderno. Gajdusek revisó las entradas de las últimas semanas: todo dentro de parámetros normales hasta dos días antes. Luego la variación en el tiempo de respuesta del brazo izquierdo: pequeña, pero medible, y repetida en dos pruebas consecutivas, lo que descartaba el error puntual.

—Documente todo desde ahora con la frecuencia máxima que pueda sostener —dijo Gajdusek—. Quiero registro dos veces al día si es posible. Cada comida, cada prueba de coordinación, cualquier comportamiento que se desvíe de lo que usted conoce de este animal.

—¿Cree que es el inicio? —dijo Eckhaus.

Gajdusek miró a Daisy un momento más. La chimpancé había bajado de la percha y estaba sentada en el suelo de la jaula con una precisión que todavía era normal pero que tenía algo, un grado mínimo de cautela que no había estado ahí antes, que solo alguien que llevaba cuatro años con ese animal podría haber percibido.

—Creo que puede serlo —dijo—. Pero no voy a afirmarlo hasta tener la documentación que lo sostenga sin ambigüedad.

Tardaron cuatro meses más. En junio de 1963 la ataxia de Daisy era inequívoca: bajaba de la percha con una lentitud que no era suya, el temblor intencional aparecía cada vez que intentaba alcanzar la comida, y las pruebas de coordinación bilateral mostraban una degradación progresiva que los registros de Eckhaus documentaban con una fidelidad que Gajdusek revisaba cada mañana antes de hacer ninguna otra cosa. En agosto, dos de los otros chimpancés inoculados comenzaron a mostrar los primeros signos. El patrón era inconfundible.

Subió al despacho de Smadel un martes sin cita previa y entró sin llamar.

—Daisy tiene el kuru —dijo.

Smadel levantó la vista del documento que leía y dejó el lápiz sobre el escritorio con la parsimonia de quien quiere escuchar lo que sigue sin interrumpirlo.

—Cuénteme.

—Cuatro meses de progresión documentada por Eckhaus con registros diarios. Ataxia cerebelosa progresiva, temblor intencional, pérdida de coordinación bilateral. El cuadro clínico es comparable al que documenté en los pacientes Fore en distintos estadios. Y hay dos chimpancés más en fases iniciales.

—¿Tiene la histología?

—Todavía no. Daisy está viva. Cuando muera, la autopsia va a mostrar las mismas vacuolas espongiformes del tejido Fore. Estoy seguro.

—¿Cuándo calcula que va a morir?

—Entre dos y cuatro meses. La progresión se está acelerando en las últimas semanas.

Smadel se levantó, fue hasta la ventana y se quedó un momento mirando el jardín con las manos en los bolsillos, que era lo que hacía cuando estaba pensando en algo que tenía varias dimensiones simultáneas y necesitaba ordenarlas antes de hablar.

—Esto va a ser el artículo más importante que usted haya publicado —dijo sin volverse—. Y probablemente uno de los más importantes de la década en neurología. Hay que hacerlo sin apresuramiento. Con toda la documentación que soporte cada afirmación.

—Naturalmente —dijo Gajdusek.

Smadel se volvió.

—¿Y el agente? ¿Ha logrado aislar algo en estos cuatro años?

—Ningún virus identificable. Ningún ácido nucleico detectable en las muestras. El sistema inmune de los chimpancés no ha respondido, exactamente igual que en los humanos. —Hizo una pausa de un segundo—. El agente existe. La transmisión lo demuestra. Que no podamos aislarlo todavía es un problema de los métodos disponibles, no de la realidad del agente.

—¿Está seguro de que es un virus? —dijo Smadel.

—¿Qué otra cosa podría ser?

Era una pregunta retórica, y los dos la trataron como tal, porque en 1963 la respuesta no tenía alternativas que ninguno de los dos pudiera formular. La biología que ambos conocían decía que los agentes infecciosos tenían material genético. Decía que sin ácido nucleico no hay replicación, y sin replicación no hay infección. Decía que el sistema inmune responde a lo extraño porque lo extraño tiene una firma molecular que el sistema inmune ha aprendido a reconocer. Todo eso era cierto. Todo eso era también, aunque ninguno de los dos lo sabría durante muchos años más, incompleto.

Daisy murió en octubre de 1965. La histología de su cerebro mostró, con una fidelidad que Gajdusek revisó tres veces bajo el microscopio antes de anotarlo, las mismas vacuolas espongiformes distribuidas en la

corteza y el cerebelo que había documentado en el tejido de Waine y de los otros pacientes Fore seis años antes en las Tierras Altas de Papúa. El artículo que publicó con Gibbs en Science en 1966 demostró la transmisibilidad del kuru al chimpancé y estableció el concepto de virus lento como categoría etiológica provisional para las encefalopatías espongiformes. La comunidad científica lo recibió con el asombro que merecía y con el escepticismo que acompaña siempre a los resultados que no encajan del todo en el marco existente.

Nadie cuestionó los datos. Todos aceptaron la denominación de virus lento porque era la única categoría disponible, no porque nadie pudiera demostrar que el agente tenía las propiedades que los virus tienen. Y en ese espacio entre la demostración y la denominación, entre el resultado correcto y la interpretación incorrecta, el error se instaló con la solidez de las cosas que se publican en Science y que durante años nadie tiene razones suficientes para desafiar.

Gajdusek tenía cuarenta y dos años. Llevaba veinte años buscando el agente del kuru y lo había encontrado, aunque no sabía todavía lo que había encontrado. El Premio Nobel llegaría diez años después. La verdad molecular llegaría también, pero de la mano de otro hombre, y cuando llegara Gajdusek no estaría en posición de recibirla.

CAPÍTULO 7

El Harén del Filántropo

Frederick, Maryland, 1966–1975

La casa de Frederick tenía nueve habitaciones, una biblioteca que ocupaba lo que en cualquier otra construcción de ese barrio residencial del condado de Maryland habría sido el comedor formal, un jardín trasero con tres robles que en otoño perdían las hojas sobre el pasto con una generosidad que nadie recogía, y una atmósfera que sus visitantes describían de maneras distintas según lo que estaban dispuestos a nombrar. Los que iban a las veladas científicas que Gajdusek organizaba dos o tres veces al año hablaban de un salón intelectual excepcional: conversaciones que comenzaban en virología y derivaban hacia filosofía sin que nadie tuviera que hacer un esfuerzo visible para el tránsito, un vino consistentemente bueno, libros en inglés, francés y alemán que cubrían las paredes del suelo al techo con la densidad de una mente que no distingue entre la acumulación y el orden porque para ella son lo mismo. Los que iban con más frecuencia y prestaban atención a los detalles que las veladas científicas no incluyen en su descripción de sí mismas hablaban de otra cosa, aunque rara vez la nombraban con precisión, porque nombrarla con precisión requería comprometerse con lo que se estaba diciendo de una manera que la mayoría prefería evitar mientras pudiera.

Sus colegas de los NIH llamaban a la casa la embajada, que era un nombre cómodo precisamente porque era impreciso: evocaba algo extraterritorial, algo que tiene sus propias reglas y su propio protocolo, sin nombrar qué reglas eran esas ni por qué producían en quien las percibía esa sensación de haber cruzado una frontera que no estaba marcada en ningún mapa pero que existía de todas formas y que se volvía más nítida cuanto más tiempo pasaba uno dentro.

El primero en llegar fue Sana, en 1963, quince años, de una aldea Fore donde Gajdusek lo había conocido durante uno de sus viajes de campo y seguimiento. Llegó en avión desde Port Moresby hasta Los Ángeles, luego en tren hasta Washington, y fue recibido en la estación Union por Gajdusek con una eficiencia que no dejaba espacio para la desorientación: desde el andén hasta el coche, desde el coche hasta la autopista de Maryland, sin pausa ni explicación del entorno porque en la lógica de Gajdusek la adaptación era un proceso que ocurría mientras se avanzaba, no antes. Sana miró por la ventana durante todo el trayecto con la concentración callada de quien intenta procesar demasiada información simultánea sin herramientas previas para hacerlo: la escala de las carreteras, la densidad de los vehículos, los letreros en inglés que podía leer pero cuyo referente concreto todavía no tenía, el frío que entraba por los bordes de la ventana y que era de un tipo diferente al frío de las Tierras Altas, más seco, más uniforme, sin el olor a tierra que tenía el frío de Papúa.

—¿Tienes frío? —dijo Gajdusek, sin apartar la vista de la carretera.

—No —dijo Sana.

—Mentira —dijo Gajdusek—. Aquí hace quince grados menos que en Port Moresby. Todo el mundo tiene frío la primera semana. Es normal y no tiene sentido negarlo.

Sana miró sus propias manos sobre las rodillas, que efectivamente estaban frías, y no respondió.

—En la casa hay ropa de abrigo —dijo Gajdusek—. La primera semana es de adaptación. La segunda semana empieza el trabajo real.

—¿Qué trabajo? —dijo Sana.

—Inglés con profundidad. El inglés que tienes ahora te sirve para entenderme, que es suficiente para hoy. Pero en seis meses vas a necesitar leer textos universitarios y escribir con precisión. También matemáticas. Y ciencias. —Gajdusek giró la cabeza un momento hacia él —. Además de eso, hay cosas de la casa. Cocinar, limpiar, ayudar cuando hay visitas. ¿Sabes cocinar?

—Cocino lo que cocinamos en la aldea.

—Aquí aprenderás otras cosas. La cocina de aquí es diferente pero no es difícil. —Volvió la vista a la carretera—. Lo que te ofrezco es educación, atención médica, acceso a un mundo que en tu aldea no existe. Lo que

te pido a cambio es esfuerzo y obediencia. ¿Sabes lo que significa obediencia?

—Sí —dijo Sana.

—Bien —dijo Gajdusek—. Entonces ya tenemos un acuerdo.

Sana miró de nuevo por la ventana. Afuera, Maryland seguía pasando con su sucesión de estructuras y señales que no tenían nombre en ninguna de las lenguas que él conocía, y el frío que había negado tener seguía entrando por los bordes de la ventana con la constancia de las cosas que no necesitan ser admitidas para existir.

Para 1966, cuando el artículo en Science convirtió a Gajdusek en una figura de primera línea de la neurología mundial y los NIH duplicaron el presupuesto de su laboratorio, había cuatro jóvenes viviendo en Frederick de manera permanente. Para 1970, once. Para 1973, trece, en un rango de edades que oscilaba entre los catorce y los veintidós años, con una rotación de otros que pasaban temporadas de duración variable según lo que Gajdusek necesitara en cada período, aunque necesitar no era la palabra que él usaba. Él usaba ofrecer. Los permisos de residencia estaban en regla, los acuerdos con las familias documentados, la tutela legal tramitada en cada caso a través de los canales del gobierno australiano del territorio y de las autoridades de Micronesia. Si alguien hubiera revisado los papeles, habría encontrado todo correcto. Lo que los papeles no documentaban era la atmósfera de la casa, que era algo que solo podía percibirse estando dentro de ella el tiempo suficiente para que los patrones se volvieran visibles: quién servía, quién escuchaba, quién hablaba cuando se le pedía, quién salía cuando se le indicaba, y cómo se indicaba todo eso sin que mediaran palabras en voz alta.

William Hadlow llegó a cenar en octubre de 1967 en una reunión más pequeña que las veladas habituales: Gajdusek, Hadlow, el virólogo francés Dormont que estaba de paso por Washington, y cuatro de los jóvenes de la casa que esa noche sirvieron la mesa, escucharon la conversación durante las primeras dos horas y se retiraron cuando Gajdusek inclinó levemente la cabeza en una dirección que ninguno de los otros dos adultos podría haber descrito como una instrucción pero que funcionó con la precisión de una. La conversación siguió el patrón habitual de las cenas en Frederick: ciencia al principio, luego filosofía, luego antropología. Gajdusek habló sobre Lévi-Strauss y el relativismo cultural, sobre los errores del etnocentrismo occidental al juzgar las normas de sociedades con sistemas de valor distintos, sobre la manera en que las categorías morales de las sociedades industrializadas se imponían sobre culturas que habían desarrollado sus propios sistemas de regulación en siglos de historia sin interferencia exterior. Era un discurso construido y perfeccionado a lo largo de años en cada conversación donde había necesitado usarlo, y Gajdusek lo desplegaba

con la fluidez de quien ya no distingue entre el argumento que cree y el argumento que necesita.

Dormont escuchaba y asentía. Hadlow escuchaba y observaba también el más joven de los chicos, Kimo, catorce años recién llegado de Micronesia, que había seguido a Gajdusek con la vista cada vez que este hablaba, con una atención que no era la del alumno ante el maestro sino la de quien ha aprendido que la seguridad depende de anticipar lo que el otro va a necesitar antes de que lo pida.

Cuando los jóvenes se retiraron y los tres hombres quedaron solos con el vino y los restos de la cena, Hadlow esperó a que Gajdusek terminara una frase larga sobre Margaret Mead y entonces habló.

—¿Cuántos años tiene Kimo? —dijo.

—Catorce —dijo Gajdusek—. Llegó hace tres meses. En Micronesia no había perspectivas reales para él.

—¿Sus padres firmaron los documentos?

—Todo está en regla, Bill. Si quieres revisar los papeles están en el archivero del estudio.

—No te estoy preguntando por los papeles —dijo Hadlow.

Dormont giró levemente la cabeza hacia su copa y no la volvió.

—Entonces pregúntame lo que quieras —dijo Gajdusek.

—La manera en que los chicos funcionan en esta casa —dijo Hadlow, con el tono de quien ha preparado estas palabras y aun así siente el peso de pronunciarlas—. La manera en que Kimo te miraba esta noche. La manera en que todos salieron cuando tú lo indicaste sin que dijeras nada en voz alta. Eso no es la relación entre un tutor y sus pupilos, Carleton. Es otra cosa. Y no sé cómo decírtelo sin que lo tomes como una acusación, pero tampoco puedo irme sin haberlo dicho.

—Las culturas del Pacífico tienen relaciones de autoridad y deferencia que Occidente lee mal porque impone sus propias categorías —dijo Gajdusek, con la cadencia de quien tiene esta respuesta preparada desde hace tiempo—. Lo que tú interpretas como sumisión es respeto. Una categoría que en nuestra cultura hemos erosionado hasta hacerla irreconocible. Kimo no me mira con miedo. Me mira con la atención que se presta a alguien de quien se aprende.

—¿Y por las noches? —dijo Hadlow.

El silencio que siguió fue de otro tipo que los anteriores. No fue el silencio de quien piensa antes de responder. Fue el silencio de quien ha escuchado una pregunta y ha decidido que no va a responderla en los términos en que fue formulada porque responderla en esos términos sería admitir que esos términos son legítimos, y esa admisión no era algo que Gajdusek estuviera dispuesto a hacer delante de nadie.

—Por las noches cada uno duerme en su habitación —dijo—. Si hay algo específico que quieres saber, Bill, te pido que lo preguntes directamente.

—No voy a preguntarlo directamente —dijo Hadlow—. Pero te pido que pienses en lo que te he dicho. No como una acusación. Como una observación de alguien que te respeta y que ha decidido que callarlo sería una forma de complicidad que tampoco puede permitirse.

—Lo tendré en cuenta —dijo Gajdusek.

Dormont terminó su vino sin levantar la vista.

Hadlow se fue esa noche sin que el tema volviera a aparecer. En la puerta, poniéndose el abrigo, le dijo a Gajdusek que la demostración de la transmisibilidad del kuru seguía siendo lo más importante publicado en neurología en una década y que esperaba la continuación con genuino interés. Era también una manera de señalar que había dos conversaciones posibles sobre Daniel Carleton Gajdusek, y que por el momento la que tenía más peso en el mundo era la científica.

Gajdusek cerró la puerta y se quedó un momento en el vestíbulo escuchando la casa grande y silenciosa. Luego fue al estudio, sacó el cuaderno de mayor volumen y escribió durante dos horas. No sobre la conversación con Hadlow. Sobre otras cosas, con la misma letra y la misma velocidad de siempre.

Patricia Beckwith era investigadora en los NIH, había colaborado con Gajdusek en el análisis estadístico de los datos del kuru durante tres años y era una mujer que elegía las palabras con la precisión de quien ha aprendido que en la ciencia decirlas mal puede costar más que decirlas tarde. Visitó la casa de Frederick por segunda vez en el otoño de 1971 y a la semana siguiente encontró a su colega Ruth Arden tomando café en la sala de descanso del tercer piso y cerró la puerta antes de sentarse.

—Quiero decirte algo sobre la cena de la semana pasada en casa de Gajdusek —dijo—. Pero no tengo datos concretos. Solo tengo una sensación, y no sé si eso es suficiente para decirlo en voz alta.

—Di lo que tengas —dijo Arden.

—Los chicos que viven allí son demasiado callados. No de una manera tranquila. Es un silencio que parece entrenado, como si hubieran aprendido a ocupar el espacio mínimo posible cuando hay extraños. El mayor tendrá veintidós años. El que me pareció más joven no creo que pase de quince.

—¿Y Gajdusek?

—Gajdusek es Gajdusek. Brillante, completamente en control de lo que ocurre en esa casa. Y eso es exactamente lo que me preocupa. No el brillo. El nivel de control. La manera en que los chicos lo miran. La manera en que salen de la habitación cuando él lo indica sin que él diga nada visible.

Arden sostuvo la taza con las dos manos y no respondió de inmediato.

—¿Vas a decírselo a alguien? —dijo al fin.

—¿A quién? No tengo nada concreto. Y Gajdusek tiene el Lasker desde el año pasado. Todos saben que el Nobel es cuestión de tiempo. —Beckwith miró la ventana—. ¿Quién va a escucharme con lo que tengo?

Arden no respondió. Las dos mujeres permanecieron en silencio durante un momento en el que ambas sabían lo que la otra estaba pensando y ninguna de las dos encontró la manera de convertir ese pensamiento en algo que pudiera moverse más allá de esa sala de descanso con los instrumentos que tenían disponibles.

—Quizás me equivoco —dijo Beckwith al fin.

—Quizás —dijo Arden.

Pero ninguna de las dos creía que Beckwith se equivocara, y eso era precisamente lo que hacía que la conversación terminara ahí.

En 1974, uno de los jóvenes que había vivido en la casa entre 1967 y 1970, ahora con veinticuatro años y radicado en Australia, escribió una carta de cuatro páginas al director de los NIH. Era una carta escrita en un inglés con las imperfecciones del que se aprendió como segunda lengua pero sin ninguna imperfección en lo que describía, porque lo que describía lo conocía con una precisión que no dependía del idioma. El director la leyó, la archivó y consideró sus opciones durante semanas. El Nobel estaba en proceso. Actuar en ese período produciría consecuencias institucionales que evaluó como no gestionables. La carta quedó en la carpeta con el nombre de Gajdusek en la carátula, donde esperaría otros veintidós años antes de que alguien decidiera que el momento de actuar había llegado por fin.

CAPÍTULO 8

La Cúspide de la Gloria

Estocolmo, diciembre de 1976

El Ayuntamiento de Estocolmo tiene la particularidad de ser un edificio que parece diseñado para que quienes entran en él comprendan, antes de que ocurra cualquier otra cosa, la distancia que existe entre ellos y el momento que están a punto de vivir. La escalinata principal, el techo de bóveda de ladrillo rojo que multiplica los sonidos de los pasos, la sala azul donde se celebra el banquete anual y donde el azul prometido en el nombre nunca se materializó porque el arquitecto Ragnar Östberg decidió a mitad de la construcción que el ladrillo desnudo era más honesto que la pintura: todo en ese edificio está calculado para producir en el visitante la conciencia de que hay lugares en el mundo donde la historia se deposita con más densidad que en otros, y que entrar en ellos cambia algo que no cambia de vuelta cuando uno sale.

Daniel Carleton Gajdusek entró al Ayuntamiento de Estocolmo el 10 de diciembre de 1976 con el frac que había alquilado en Washington tres semanas antes y que le quedaba bien porque era un hombre que sabía moverse dentro de la ropa formal con la misma eficiencia con que sabía moverse dentro de un laboratorio de campo en Papúa: sin atender a la incomodidad, sin ajustes nerviosos, con la concentración puesta en otra parte. Tenía cincuenta y tres años. Llevaba diecinueve años trabajando en el kuru. El Premio Nobel de Fisiología o Medicina de 1976 lo compartía con Baruch Blumberg, que había descubierto el antígeno de la hepatitis B y que esa tarde caminaba a su lado por la antesala de la ceremonia con la cortesía de dos hombres que comparten un honor sin compartir una trayectoria.

—¿Nervioso? —dijo Blumberg, que era un hombre de maneras amables y que había encontrado en los días previos a la ceremonia una manera de conversar con Gajdusek que no requería entrar en los territorios donde la conversación con Gajdusek se volvía difícil.

—No —dijo Gajdusek.

—Yo sí —dijo Blumberg—. He dado miles de charlas científicas y esta es la primera vez en mi vida que siento que no controlo lo que va a ocurrir en los próximos dos horas.

—Lo controlas —dijo Gajdusek—. Lo único que cambia es el escenario.

Blumberg lo miró un momento con la expresión de quien no está del todo seguro de que eso sea cierto pero que ha decidido que es más útil creerlo que discutirlo.

—Supongo que tienes razón —dijo.

Gajdusek no respondió. Estaba mirando la sala azul a través de las puertas abiertas: las mesas dispuestas para mil trescientos comensales, los candelabros encendidos, el mural de Einar Forseth que cubría la pared norte con sus doce millones de teselas de vidrio dorado, los camareros en sus posiciones con la inmovilidad de quien ha practicado tanto que el cuerpo ya no necesita instrucciones conscientes para estar donde debe estar. Era un escenario de una precisión que Gajdusek reconocía y respetaba: la precisión del ritual ejecutado por personas que entienden que el ritual no es la forma vacía de algo sino la cosa misma.

La ceremonia de entrega de los premios se celebró esa tarde en la Sala de Conciertos de Estocolmo, con el rey Carl XVI Gustaf presidiendo desde el centro del escenario y la Orquesta Filarmónica de Estocolmo en el foso. Cuando llegó el turno de Gajdusek, el secretario permanente de la Academia de Ciencias Sueca leyó en sueco y luego en inglés el resumen de la contribución premiada: el descubrimiento de nuevos mecanismos de enfermedad, la demostración de la transmisibilidad de las encefalopatías espongiformes, la apertura de un campo de investigación que en los años siguientes transformaría la comprensión de las enfermedades neurodegenerativas. Gajdusek escuchó el resumen

de pie, a tres metros del rey, con la misma expresión que ponía cuando escuchaba la presentación de otro investigador en un congreso: la atención educada del que ya sabe lo que va a escuchar y está usando el tiempo para pensar en lo siguiente.

Recibió la medalla de las manos del rey con un apretón de manos firme y sostuvo el estuche abierto delante de él durante los cuatro segundos que los fotógrafos necesitaban, exactamente cuatro, porque había contado mentalmente mientras sonreía. El oro de la medalla tenía un peso específico que notó en la palma: más pesada de lo que había imaginado, más pequeña. Era el tipo de objeto que en la mano dice algo diferente a lo que dice en la fotografía.

Esa noche, en el banquete, Gajdusek se sentó entre la esposa del primer ministro sueco y un físico japonés que había recibido ese año el Nobel de Física y que hablaba un inglés preciso y sin calor que hacía que la conversación con él fuera cómoda en el sentido en que es cómoda la compañía de alguien que tampoco necesita llenar los silencios. A su derecha, la esposa del primer ministro era una mujer de unos cincuenta años con el tipo de elegancia que no se aprende sino que se lleva como se lleva la estatura, y que había decidido que su tarea esa noche era hacer que el científico americano se sintiera bienvenido en Suecia.

—¿Es la primera vez que está en Estocolmo? —dijo.

—La tercera —dijo Gajdusek—. Vine en el sesenta y dos a un congreso de virología y en el sesenta y ocho a una reunión de la OMS sobre enfermedades emergentes.

—¿Y qué le parece la ciudad?

—Funcional —dijo Gajdusek.

La esposa del primer ministro sonrió con la sonrisa entrenada de quien ha escuchado respuestas más difíciles que esa.

—Es un cumplido ambiguo —dijo.

—Es una observación —dijo Gajdusek—. Estocolmo funciona con una eficiencia que pocas ciudades del mundo igualan. Eso no es poco.

—Supongo que no. —Tomó un sorbo de vino—. ¿Va a quedarse unos días después de la ceremonia?

—Dos días. Tengo un vuelo de regreso el doce.

—¿De regreso a Washington?

—A Bethesda. Al laboratorio. —Hizo una pausa de un segundo—. Hay experimentos en curso que no pueden esperar más de una semana.

La esposa del primer ministro lo miró con una mezcla de admiración genuina e incredulidad apenas disimulada.

—¿Va a volver al laboratorio dos días después de recibir el Nobel?

—El Nobel no detiene la incubación de los chimpancés —dijo Gajdusek.

Ella rio, que era la respuesta que la frase merecía aunque Gajdusek no la hubiera dicho para producirla.

El discurso de aceptación que Gajdusek pronunció esa noche duró cuarenta y dos minutos, que era el doble del tiempo asignado y que el maestro de ceremonias dejó pasar sin interrumpir porque interrumpir a un Nobel en su discurso de aceptación era una acción que no tenía precedente en la historia del evento y que ningún maestro de ceremonias sueco estaba dispuesto a protagonizar. Gajdusek habló sobre el kuru, sobre los chimpancés, sobre la naturaleza de las encefalopatías espongiformes, sobre los virus lentos y sobre la necesidad de expandir la categoría de lo infeccioso más allá de los límites que la virología convencional había establecido. Era un discurso brillante en el sentido técnico del término: denso de información, preciso en sus afirmaciones, construido con la lógica de alguien que ha pensado en el tema durante veinte años y puede desplegarlo desde cualquier punto de entrada sin perder el hilo.

Era también un discurso que duró cuarenta y dos minutos.

Blumberg, sentado a dos metros de distancia en el escenario, miraba al público con la expresión de quien ha aprendido a proyectar atención hacia un orador sin estar completamente presente en lo que el orador dice. El físico japonés, en la mesa del banquete, aprovechó la duración del discurso para terminar metódicamente su segundo plato.

Después de la ceremonia, en el pasillo de salida, uno de los miembros del comité Nobel, un neurólogo sueco llamado Arvid Hansson que había sido parte del grupo que evaluó las candidaturas, se acercó a Gajdusek con la copa en la mano.

—Un discurso extraordinario —dijo.

—Gracias —dijo Gajdusek.

—Aunque quizás un poco largo para el formato —añadió Hansson, con la diplomacia de quien sabe que lo que está diciendo es una crítica y ha decidido que puede permitírsela porque el premio ya fue entregado.

—El tema lo requería —dijo Gajdusek.

—Sin duda. —Hansson bebió de su copa—. Una pregunta, si me permite. El agente del kuru. Usted lo llama virus lento en el discurso, pero hay un trabajo reciente de Prusiner en California que propone una hipótesis diferente. Una proteína infecciosa sin ácido nucleico.

Gajdusek lo miró con la expresión que ponía cuando alguien decía algo que él consideraba científicamente incorrecto pero que no quería desestimar sin argumentación.

—He leído el trabajo de Prusiner —dijo—. Es una hipótesis especulativa que viola el dogma central de la biología molecular. Una proteína no puede replicarse sin ácido nucleico. No hay mecanismo conocido que lo permita.

—Prusiner argumenta que no necesita replicarse en el sentido convencional —dijo Hansson—. Que la conformación se propaga por inducción directa.

—Un mecanismo sin precedente propuesto para explicar un fenómeno que ya tiene una explicación más parsimoniosa —dijo Gajdusek—. El virus lento explica la transmisibilidad, la ausencia de respuesta inmune y el período de incubación prolongado sin necesidad de violar ningún principio establecido de la biología.

—Excepto que nadie ha aislado ese virus —dijo Hansson, con una suavidad que no ocultaba del todo la precisión de la observación.

—Todavía —dijo Gajdusek—. Los métodos disponibles tienen limitaciones. Eso no significa que el agente no exista.

Hansson asintió con la expresión de quien ha recibido una respuesta que es coherente dentro de su propio marco y que no tiene sentido seguir discutiendo esa noche, en ese pasillo, con una copa en la mano.

—En cualquier caso —dijo—, el trabajo que premia el comité esta noche es la demostración de la transmisibilidad. Sobre eso no hay discusión posible.

—No la hay —dijo Gajdusek.

Los dos hombres bebieron de sus copas. En algún lugar de la sala azul la orquesta había comenzado a tocar para el baile de cierre, y el sonido llegaba al pasillo amortiguado por las paredes de ladrillo como llegan todas las músicas cuando uno está en el lugar equivocado para escucharlas bien.

Gajdusek regresó al hotel en coche, con la medalla en su estuche en el bolsillo interior del frac. En la habitación, se quitó el frac, lo colgó en el armario con la misma eficiencia con que lo habría dejado en cualquier otra silla de cualquier otro cuarto, y se sentó a la mesa con el cuaderno que llevaba siempre en el equipaje de mano.

No escribió sobre la ceremonia. Escribió sobre los datos más recientes de los chimpancés del programa, que Eckhaus le había enviado por télex antes de que saliera hacia Estocolmo y que había releído en el avión. Escribió sobre la hipótesis del virus lento y sobre las objeciones de Prusiner, que desestimó en tres líneas con la misma seguridad con que las había desestimado en el pasillo con Hansson, aunque sin la diplomacia que el pasillo requería.

Luego cerró el cuaderno científico, abrió el otro y escribió también en él durante un tiempo que no registró. Afuera, Estocolmo en diciembre tenía la oscuridad particular de las ciudades del norte en invierno: una oscuridad que llegaba a las tres de la tarde y que a medianoche ya tenía horas de práctica, densa y sin matices, sin la gradación del crepúsculo que en otras latitudes hace que la noche llegue despacio.

En la casa de Frederick, a nueve horas de vuelo de distancia, los jóvenes dormían en sus habitaciones. Ninguno de ellos sabía todavía que el hombre bajo cuyo techo vivían acababa de recibir el premio más alto que la ciencia puede otorgar. Gajdusek no había pensado en llamar para decírselo. La medalla estaba en el bolsillo del frac colgado en el armario, y el armario estaba cerrado, y afuera Estocolmo seguía siendo oscuro con la constancia de los lugares que no necesitan que nadie los observe para continuar siendo lo que son.

CAPÍTULO 9

La Paradoja del Cristal

Bethesda y San Francisco, 1977–1982

Los primeros cinco años después del Nobel fueron los más productivos de la carrera de Gajdusek en términos de publicaciones: veintisiete artículos en revistas de primer nivel, tres capítulos de libros colectivos, un volumen monográfico sobre las encefalopatías espongiformes que Cambridge University Press catalogó como la síntesis más completa disponible en lengua inglesa.

Era trabajo de la mejor calidad que producía, realizado con la energía añadida de quien sabe que el mundo está mirando y que lo que entregue en los años posteriores al reconocimiento más alto que la ciencia puede otorgar va a ser juzgado con una exigencia que no se aplica a los trabajos anteriores. Sin embargo, había algo que en esos mismos años Gajdusek anotaba en el cuaderno científico pero que no aparecía en ninguno de esos artículos: la ausencia persistente del virus.

Después de dos décadas de búsqueda en tejidos de pacientes Fore, en material de chimpancés inoculados, en muestras de distinto origen y distinta preparación, ningún laboratorio del mundo había podido aislar el agente. Ningún ácido nucleico detectado. Ningún anticuerpo producido en los animales infectados. La transmisibilidad estaba demostrada más allá de cualquier duda. El agente transmisible seguía siendo invisible a todos los métodos disponibles, y esa invisibilidad, que al principio Gajdusek había atribuido sin reservas a limitaciones metodológicas, empezaba a adoptar en los cuadernos privados el perfil de algo más difícil de desestimar, aunque en los artículos siguiera teniendo el mismo nombre de siempre: virus lento.

Tikvah Alper llegó a Bethesda un viernes de octubre de 1979. Era una biofísica sudafricana de setenta años que llevaba dos décadas estudiando la resistencia del agente del scrapie a la radiación y que había pedido la cita mediante una carta de dos párrafos donde explicaba que tenía algo que decirle que prefería no poner en papel.

No era una desconocida en el mundo de la radiobiología; su reputación la precedía como una mente brillante y obstinada que ya en los años

cincuenta, tras ser forzada a dejar Sudáfrica por su activismo contra el apartheid, había reabierto camino en el Reino Unido liderando la Unidad de Radiobiología Experimental en el Hospital Hammersmith. Para Alper, la radiación no solo era un objeto de estudio, sino el bisturí definitivo para medir lo invisible.

Gajdusek la recibió en su despacho a las diez de la mañana con el café que la secretaria traía sin que nadie lo pidiera en las reuniones que prometían ser largas. Alper manejaba un bastón con la elegancia de quien lo ha incorporado a su presencia como una extensión natural y no como un reconocimiento de necesidad, y se sentó frente al escritorio de Gajdusek con la postura de quien no ha viajado desde Londres para hablar de asuntos menores.

Frente al Nobel que investigaba el misterioso kuru, se encontraba la mujer que había desafiado el dogma central de la biología. Años atrás, en 1967, Alper había bombardeado el tejido infectado con dosis masivas de luz ultravioleta y radiación ionizante, dosis suficientes para pulverizar cualquier rastro de ADN o ARN. Para el asombro del mundo científico, el scrapie seguía infectando.

El mensaje oculto que Alper traía en persona, y que se negaba a confiar a las cartas transatlánticas, apuntaba a una conclusión tan revolucionaria como aterradora: el agente infeccioso carecía de material genético. Estaban ante un patógeno sin vida que, desafiando toda lógica biológica, era capaz de replicarse.

—Lleva usted leyendo mis artículos desde 1967 —dijo, sin preámbulo—. Lo sé porque me ha citado en doce publicaciones. Así que no le estoy diciendo nada que no sepa cuando digo que mis datos de resistencia a la radiación son incompatibles con la presencia de ácido nucleico en el agente del scrapie.

—Sus datos muestran que el agente sobrevive a dosis de radiación que destruyen los ácidos nucleicos convencionales —dijo Gajdusek—. Eso es diferente a demostrar que no existe ningún ácido nucleico con propiedades de resistencia inusuales.

—Lo mismo que dice en sus publicaciones —dijo Alper—. Y es lo mismo que yo respondo en las mías: la dosis que usamos no está en el margen de lo convencional. Estamos varios órdenes de magnitud por encima del umbral letal para cualquier genoma documentado, incluyendo los virus más resistentes conocidos. La diferencia no es marginal. Es estructural.

—¿Y qué propone que sea el agente? —dijo Gajdusek.

Alper sostuvo la taza con las dos manos y lo miró con la expresión de quien ha pensado mucho en una pregunta y ha llegado a una respuesta que sabe que va a producir resistencia, pero que ha decidido que la resistencia es preferible al silencio.

—Una proteína —dijo—. O algo que se comporta como una proteína. Sin ácido nucleico. Con un mecanismo de propagación que todavía no entendemos.

—Una proteína no puede replicarse sin ácido nucleico —dijo Gajdusek.

—Eso es lo que todos decimos —dijo Alper—. Y puede que sigamos diciéndolo hasta que alguien nos demuestre que estamos equivocados. —Dejó la taza sobre el escritorio con una precisión que tenía algo de deliberado—. La razón por la que quería verlo en persona es esta: usted tiene más datos sobre estas enfermedades que cualquier otro investigador vivo. Si alguien puede ver lo que yo no puedo ver desde mi posición, es usted. Y si lo que veo desde mi posición apunta en la dirección en que apunta, necesito que alguien con su autoridad lo considere seriamente. No en una carta que puede archivarse. En una conversación donde pueda ver su cara mientras responde.

Gajdusek la miró durante un momento. Era una forma de presión que no usaba casi nadie con él, y que cuando alguien la usaba producía en él algo parecido al respeto, que era un sentimiento que experimentaba raramente y que siempre reconocía.

—Lo considero —dijo—. Y le digo lo que pienso honestamente: sus datos de radiación son el resultado más incómodo que existe en este campo. No tengo una explicación satisfactoria para ellos dentro del marco del virus lento. Pero la alternativa que propone viola principios que no estoy dispuesto a abandonar sin una evidencia que vaya más allá de la resistencia a la radiación. Necesito ver el agente aislado con las propiedades que describe.

—Hay un investigador en San Francisco que está trabajando en eso —dijo Alper—. Stanley Prusiner. Purificación progresiva del agente del scrapie. Sus resultados preliminares van en la misma dirección que los míos. Cuando publique el trabajo completo, lo va a tener sobre este escritorio.

—He leído sus trabajos preliminares —dijo Gajdusek—. Son interesantes. Todavía no son definitivos.

—Todavía no —dijo Alper—. Pero cuando lo sean, espero que esté dispuesto a mirarlos con la apertura que ha aplicado a cualquier otro dato en su carrera.

—Siempre miro los datos con apertura —dijo Gajdusek.

Alper asintió con la expresión de quien ha dicho lo que vino a decir y que no tiene manera de medir su eficacia desde dentro de la conversación, sino solo esperar y ver.

Se fue esa tarde de regreso a Londres. Gajdusek la acompañó hasta la puerta del edificio, lo que no hacía con todos sus visitantes, y cuando volvió a su despacho estuvo un momento de pie frente a la ventana antes de abrir el cuaderno científico. Escribió una sola línea sobre la

conversación con Alper: *Datos de resistencia a la radiación: sin explicación satisfactoria dentro del marco actual. Pendiente.* Luego cerró el cuaderno y abrió el que correspondía a la planificación de los experimentos del año siguiente, que iban a buscar el virus lento con métodos nuevos porque los métodos anteriores no lo habían encontrado pero eso no significaba que no existiera.

El artículo de Prusiner llegó tres años después, en abril de 1982, en forma de separata con una nota manuscrita que decía: *Pensé que querrías leerlo antes de que salga en Science. Agradezco cualquier comentario.* Gajdusek lo leyó dos veces seguidas, la segunda más despacio que la primera.

Novel Proteinaceous Infectious Particles Cause Scrapie: dieciséis páginas donde Prusiner demostraba con los datos de purificación más completos publicados hasta entonces que el agente no contenía ácido nucleico detectable por ningún método disponible, que era una proteína a la que denominaba prión, y que esa proteína adoptaba una conformación alternativa, la PrP^Sc, con láminas beta apiladas e insolubles, que se distinguía de la forma normal, la PrP^C con sus hélices alfa, no en su secuencia de aminoácidos sino únicamente en su arquitectura tridimensional.

El cambio más pequeño posible en una molécula, solo la forma, sin modificar ningún átomo, y suficiente para crear algo que el sistema inmune no reconocía como extraño porque la secuencia era la misma que la del huésped, y que se propagaba en el tejido con la paciencia de un proceso que no necesita metabolismo para avanzar porque no está vivo en ningún sentido que la biología hubiera aprendido a definir hasta ese momento.

Gajdusek lo dejó sobre el escritorio y estuvo un rato en el pasillo sin el texto en la mano. Luego volvió, llamó a Eckhaus, le pasó el artículo cuando el veterinario subió desde el sótano, y esperó mientras Eckhaus leía.

—¿Qué piensa? —dijo cuando Eckhaus terminó.

—Los datos son sólidos —dijo Eckhaus—. Y el mecanismo que propone es coherente en su propia lógica, aunque no encaje con ninguna biología que yo conozca.

—Una proteína no puede replicarse sin ácido nucleico —dijo Gajdusek.

—Prusiner dice que no es replicación —dijo Eckhaus—. Que es inducción conformacional directa. La proteína patológica como molde para que la normal adopte su misma forma.

—Lo llama de otra manera para evitar la objeción fundamental —dijo Gajdusek—. El resultado es funcionalmente equivalente: una molécula produce copias de sí misma que se propagan en el tejido. ¿Qué

mecanismo molecular lo permite sin ácido nucleico? Prusiner tiene datos de purificación. No tiene el mecanismo.

El simposio en Bethesda ese noviembre reunió a doce investigadores de seis países alrededor de una mesa larga donde Gajdusek y Prusiner quedaron, sin que nadie lo hubiera planeado, en extremos opuestos. Prusiner presentó cuarenta minutos de datos. Gajdusek respondió treinta y cinco minutos de objeciones. Los investigadores alrededor de la mesa tomaban notas con la concentración de quienes saben que están presenciando algo que será citado.

—Los datos de purificación no dejan espacio para un virus con ácido nucleico —dijo Prusiner—. El material activo sobrevive a procedimientos que destruyen cualquier ácido nucleico conocido.

—La ausencia de ácido nucleico detectable no demuestra que no exista uno con propiedades de resistencia inusuales —dijo Gajdusek—. Es una posibilidad metodológica razonable antes de proponer que la biología molecular está equivocada en sus fundamentos.

—Ese argumento puede usarse para defender indefinidamente cualquier hipótesis frente a cualquier evidencia en contra —dijo Prusiner, con la tranquilidad del bisturí—. Si todo resultado negativo puede atribuirse a limitaciones metodológicas, la hipótesis se vuelve irrefutable. Y una hipótesis irrefutable no es científica.

El silencio alrededor de la mesa fue de los que ocurren cuando alguien acaba de decir algo correcto en un lugar donde ser correcto tiene un costo visible. Nadie miró a Gajdusek.

—Seguiremos discutiendo cuando haya más datos —dijo.

—Estoy de acuerdo —dijo Prusiner—. Porque va a haberlos.

El simposio terminó sin resolución. Gajdusek se fue antes de que Prusiner terminara sus conversaciones en el pasillo. De regreso a su despacho escribió durante una hora sobre los experimentos planeados para el año siguiente, experimentos diseñados para demostrar que el agente era un virus. Era trabajo genuino y riguroso, y el hecho de que la premisa fuera incorrecta no hacía el trabajo menos real. Solo lo hacía irrelevante para la pregunta que Prusiner ya estaba respondiendo por otro camino, con datos que en 1997 convencerían al comité Nobel de lo mismo que en 1982 no había podido convencer a Gajdusek: que la forma puede ser más poderosa que la secuencia, que la geometría puede matar sin genes, que los dogmas centrales de la biología no cubren todo el territorio que se creía que cubrían.

Prusiner recibió ese Nobel. Gajdusek ese año no estaba en posición de leer la noticia. Tikvah Alper había muerto en 1995, a los ochenta y seis años, sin ver confirmada públicamente la hipótesis que había viajado desde Londres a Bethesda a plantearle a Gajdusek en 1979, cara a cara, para que no pudiera archivarse.

CAPÍTULO 10

El Acecho Invisible

Reino Unido y Europa, 1982–1993

Colin Whitaker llevaba veinte años examinando ganado en el condado de Hampshire cuando encontró la vaca que no sabía cómo diagnosticar. Era una Holstein de cinco años perteneciente a una granja del distrito de Romsey, y lo que presentaba no encajaba en ninguna de las categorías que Whitaker había manejado en dos décadas de práctica veterinaria: incapacidad para mantener el equilibrio sin lesión articular visible, agitación ante el ruido y el tacto que no cedía con ningún sedante disponible, dificultad progresiva para tragar, pérdida de peso acelerada sin causa metabólica identificable.

La sacrificó esa misma tarde de abril de 1985 y llamó a su colega Peter Moore, veterinario del distrito vecino, para describírselo antes de enviar las muestras a Weybridge.

—¿Qué te parece? —dijo Whitaker.

—Descríbemelo otra vez desde el principio —dijo Moore.

Whitaker lo hizo. Moore escuchó sin interrumpir.

—¿Cuánto tiempo llevaba así?

—El ganadero dice que notó los primeros síntomas hace seis semanas. Yo creo que llevan más tiempo. La progresión que veo no corresponde a seis semanas.

—¿Pensaste en scrapie?

—Sí. Pero es una vaca, Peter.

—Ya sé que es una vaca —dijo Moore—. Manda el tejido a Weybridge y que lo digan ellos. Y no les digas lo que estás pensando. Que lleguen solos a la conclusión.

En el laboratorio central del Ministerio de Agricultura en Weybridge, el neuropatólogo Gerald Wells preparó los cortes histológicos del tejido de Hampshire con el cuidado de quien sospecha que lo que va a ver bajo el microscopio va a requerir un testigo antes de quedar en papel.

Llamó a su colega John Wilesmith para que se quedara mientras trabajaba, y cuando los dos se inclinaron sobre el ocular encontraron la histología espongiforme que ambos conocían del scrapie ovino: las vacuolas distribuidas en el parénquima cerebral con la regularidad perturbadora de algo vaciado desde dentro, la ausencia total de respuesta inflamatoria, el silencio inmunológico que en el scrapie llevaba siendo documentado desde el siglo XVIII. Pero esto era un bovino. Y la extensión del daño sugería meses de progresión silenciosa antes de que Whitaker notara los primeros síntomas.

—¿Qué escribo en el informe? —dijo Wells.

Wilesmith miró los cortes un momento más.

—La verdad —dijo—. Con todo el detalle que tengas. Y que lo clasifiquen ellos.

—Si lo clasifican como restringido, nadie fuera del ministerio va a saber que esto existe.

—Puede ser —dijo Wilesmith—. Pero si escribes algo distinto a lo que ves, eso no tiene corrección posible.

El informe subió al Ministerio de Agricultura clasificado como restringido. Era el comienzo de lo que los funcionarios llamarían internamente BSE, Bovine Spongiform Encephalopathy, y que los tabloides británicos llamarían tres años después, cuando ya no fue posible mantenerla fuera de la prensa, la enfermedad de las vacas locas.

El mecanismo era de una simplicidad que hacía más difícil explicar, en retrospectiva, por qué nadie lo había anticipado. La industria de las harinas proteicas procesaba despojos de matadero, incluyendo carcasas de ovejas con scrapie, mediante un proceso que antes de los años setenta incluía pasos con solventes orgánicos y tiempos de cocción suficientes para inactivar el agente infeccioso. Cuando los precios del petróleo subieron tras el embargo de 1973, los procesadores modificaron el proceso para reducir costos: eliminaron los solventes, bajaron las temperaturas, acortaron los tiempos. Era una decisión económica que no violaba ninguna regulación vigente porque ninguna regulación contemplaba un agente termoestable a temperaturas que destruían cualquier bacteria o virus convencional.

El prión sobrevivió intacto en el producto final y se distribuyó como suplemento proteico al ganado bovino del Reino Unido durante más de una década. Cada vaca expuesta que fue sacrificada antes de mostrar síntomas entró en la cadena alimentaria sin que ningún control sanitario convencional lo detectara, porque el prión no es un microbio, no tiene metabolismo, no produce toxinas medibles, no activa ninguna respuesta inmune identificable en el matadero.

Richard Lacey era, en 1987, el epidemiólogo más incómodo del Ministerio de Salud británico. Había estudiado medicina en Cambridge y microbiología clínica en Leeds, y llevaba quince años construyendo una autoridad en enfermedades de transmisión alimentaria que sus superiores reconocían privadamente sin citarlo en los documentos oficiales, porque citarlo implicaba hacerse responsable de lo que decía.

Lo que decía desde 1986 era que la epidemia bovina tenía el potencial de convertirse en una crisis de salud pública de una magnitud que el gobierno estaba eligiendo no calcular. Consiguió el número directo de Gajdusek a través de un colega de la London School of Hygiene y llamó

a Bethesda en enero de 1987 sin avisar, porque avisar daba tiempo a que sus superiores encontraran una razón para impedirlo.

—Cuatrocientos casos confirmados de EEB en el ganado bovino del Reino Unido —dijo, después de presentarse en dos frases—. El número real es mayor porque el sistema de reporte es voluntario y la mayoría de los ganaderos no reporta por miedo a las inspecciones.

—¿El origen está establecido? —dijo Gajdusek.

—Las harinas de carne y hueso. Pienso elaborado con despojos de animales enfermos incluyendo ovejas con scrapie. El cambio en el proceso de fabricación a mediados de los setenta eliminó los pasos que inactivaban el agente. Llevamos más de una década distribuyendo el prión por toda la cabaña bovina del país.

—¿Hay casos en humanos?

—Todavía no confirmados. Pero la barrera de especie no es absoluta. Usted mismo lo demostró con el kuru y los chimpancés.

—El período de incubación en humanos puede ser de décadas —dijo Gajdusek—. Si hay contaminación a través de la cadena alimenticia, no lo vamos a saber hasta bien entrado el siglo siguiente. Y para entonces habrá sido demasiado tarde para la generación que estuvo expuesta.

—Exactamente —dijo Lacey—. Y el gobierno no quiere escuchar eso porque implicaría tomar medidas que destruirían la industria cárnica. Por eso le llamo. Necesito que alguien con su autoridad diga en voz alta lo que yo no puedo decir desde mi posición sin que me marginen.

—Lo que me describe es técnicamente consistente con lo que sabemos sobre la transmisión de las encefalopatías espongiformes —dijo Gajdusek—. Si el agente ha cruzado de ovino a bovino a través del pienso, y si ese ganado ha sido consumido por humanos, hay exposición humana. La magnitud es imposible de predecir. Pero la lógica del mecanismo no deja espacio para el optimismo.

—¿Lo publicaría?

—Cuando tenga datos que lo sostengan en imprenta. Pero le digo lo que pienso ahora: el Reino Unido tiene un problema de salud pública cuya magnitud el gobierno está eligiendo no ver porque verlo tiene un costo que ningún ministro quiere pagar. Y mientras tanto el período de incubación sigue corriendo en quien estuvo expuesto, sin que nadie lo sepa, sin que nadie lo sienta, sin que el sistema inmune dé ninguna señal. Exactamente igual que en las aldeas Fore en 1954. El agente no necesita que lo descubran para hacer su trabajo.

Lacey transcribió esas frases y las usaría en los años siguientes en comparecencias parlamentarias como evaluación de un experto independiente.

La respuesta del gobierno británico a la crisis siguió siendo durante años la de quien administra un problema que no puede resolver sin admitir

que existe. En mayo de 1990, el ministro de Agricultura John Gummer compareció ante las cámaras de televisión en un mercado del condado de Suffolk con su hija Cordelia, de cuatro años, y le ofreció una hamburguesa de carne británica ante los fotógrafos.

La niña la rechazó, lo que Gummer intentó superar con una sonrisa y una segunda hamburguesa que él mismo mordió con la convicción de quien sabe que el gesto importa más que el argumento. Era la imagen más perfecta del método de gobierno aplicado a la EEB: sustituir la evidencia científica por la demostración simbólica, la duda razonada por la confianza performativa, la incertidumbre real por la certeza construida para la cámara. Lacey vio la imagen en el noticiario de esa noche y llamó a tres periodistas antes de medianoche.

En 1990 un gato doméstico en el sur de Inglaterra murió de una encefalopatía espongiforme confirmada como transmitida por alimento comercial elaborado con despojos bovinos. Era la primera demostración de que el agente cruzaba la barrera de especie del bovino a otro mamífero no rumiante. Lacey llamó a Bethesda esa misma semana.

—El gato —dijo, sin preámbulo—. ¿Lo ha visto?

—Esta mañana —dijo Gajdusek.

—¿Qué significa para la barrera de especie?

—Que es más permeable de lo que el Comité Southwood quiso concluir —dijo Gajdusek—. Si el agente cruzó de bovino a felino, la pregunta sobre el cruce a humano ya no puede descartarse con la seguridad con que el gobierno la ha estado descartando. El margen de certeza que tenían se acaba de reducir de manera que no puede ignorarse.

—Eso es exactamente lo que he dicho en tres reuniones del ministerio en las últimas dos semanas —dijo Lacey—. La respuesta oficial es que el gato es un caso aislado y que no hay evidencia de transmisión a humanos.

—La ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia —dijo Gajdusek —. Especialmente cuando el período de incubación puede ser de décadas. El agente no necesita que lo descubran para hacer su trabajo. Lleva haciéndolo desde antes de que nadie supiera que existía.

—¿Hay algo que yo pueda decir que cambie la posición del ministerio?

—Nada que no haya dicho ya —dijo Gajdusek—. Los que tienen interés en no verlo no van a verlo hasta que no puedan ignorarlo. Eso es lo que ocurrió en Papúa. Eso es lo que ocurrirá aquí.

Lacey usó esa frase en el Parlamento en 1996, el año en que el gobierno británico admitió finalmente la conexión entre la EEB y una nueva variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob que aparecía en jóvenes del Reino Unido con una histología distinta a la forma clásica, confirmada como de probable origen bovino.

Las primeras familias que perdieron hijos a esa variante, jóvenes de veinte y veinticinco años que habían crecido comiendo carne británica durante los años ochenta sin que nadie les dijera lo que esa carne podía contener, comparecieron ante la prensa con la expresión de los que han descubierto que la institución que debía protegerlos eligió durante años no hacerlo, y que esa elección tiene nombre y tiene fecha y tiene firmas en los documentos clasificados que ahora empezaban a desclasificarse.

Era la confirmación de lo que Lacey había dicho desde 1987 y de lo que Gajdusek había inferido en cada llamada transatlántica: que el agente que él había estudiado en una selva del Pacífico había encontrado la manera de entrar en la cadena alimentaria industrial de Occidente y que había estado allí, en silencio, durante años, mientras los gobiernos elegían no verlo porque verlo tenía un costo que ningún ministro quería pagar con su propio capital político.

El prión no tenía opinión sobre ninguna de esas decisiones. Seguía haciendo lo único que sabía hacer: convertir la forma correcta en la forma incorrecta, proteína por proteína, en el tejido nervioso de vacas y gatos y humanos con la paciencia de los procesos que no dependen del tiempo biológico para avanzar porque no están vivos y por lo tanto no pueden morir mientras haya un cerebro que los contenga.

CAPÍTULO 11

Las Grietas en el Pedestal

Bethesda, Canberra y Honolulú, 1990–1995

El primero en hablar fue Sana.

Tenía treinta y dos años cuando llamó al despacho de un abogado en Canberra en el otoño de 1991 y pidió una cita para la semana siguiente. Llevaba once años viviendo en Australia, adonde había llegado desde la casa de Frederick a los veintiún años con un inglés fluido, una formación científica incompleta pero funcional, y un conjunto de experiencias que durante una década había guardado con el hermetismo de quien ha aprendido que nombrar ciertas cosas en voz alta produce consecuencias que todavía no está preparado para gestionar.

No era que no supiera lo que había ocurrido. Lo sabía con una precisión que el tiempo no había erosionado sino organizado: había pasado los once años anteriores convirtiéndolo en una narración que podía sostener sin que la narración lo sostuviera a él, que era la diferencia entre el testimonio y el derrumbe.

El abogado que lo recibió esa semana se llamaba Douglas Merritt, se especializaba en casos de abuso institucional, y lo que Sana le describió en esa primera reunión de dos horas fue suficiente para que Merritt le pidiera que volviera al día siguiente con más tiempo disponible.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la casa? —dijo Merritt, con el cuaderno abierto y el lápiz en la mano.

—Desde los quince hasta los veintiuno —dijo Sana—. Seis años.

—¿De manera permanente?

—Permanente. Tenía una habitación en el segundo piso. Los primeros años compartida con otro de los chicos. Después sola.

—¿Cuántos jóvenes había en la casa durante esos años?

Sana pensó un momento antes de responder, no porque no recordara sino porque quería ser preciso.

—Variaba. Cuando llegué éramos cuatro. Al año siguiente siete. En el momento en que me fui creo que éramos once o doce de manera estable, más otros que pasaban temporadas de distinta duración.

—¿Todos varones?

—Todos varones. Siempre.

—¿Todos de origen papúa o micronesio?

—En su mayoría. Hubo también algunos de otras islas del Pacífico. Ninguno era americano ni europeo.

Merritt anotó eso sin comentario. Era el tipo de detalle que en un tribunal tiene un peso que los hechos aislados no tienen: el patrón, la consistencia, la selección sistemática que convierte lo individual en evidencia de algo más amplio que lo individual.

Sana respondió durante dos horas más con la precisión de quien ha ordenado mentalmente lo que va a decir antes de decirlo. No porque lo hubiera ensayado en el sentido teatral del término sino porque había tenido una década para pensar en ello y había llegado al punto en que podía describirlo sin que la descripción lo destruyera, que era la condición necesaria para que el testimonio fuera útil. Al final de la segunda reunión Merritt cerró el cuaderno y lo miró directamente.

—Lo que ha descrito es suficiente para iniciar una investigación formal —dijo—. Pero depende de usted decidir si quiere proceder. Una vez que esto se pone en movimiento, hay aspectos del proceso que usted no va a poder controlar.

—¿Hay otros? —dijo Sana—. ¿Otros que hayan hablado?

—Todavía no. Usted sería el primero.

Sana miró por la ventana del despacho el jardín interior del edificio, donde un ficus plantado en una maceta demasiado pequeña para su tamaño crecía hacia arriba con la tenacidad particular de los árboles a los que nadie ha dicho que el espacio disponible no es suficiente para lo que necesitan ser.

—Proceda —dijo.

La carta que Merritt envió al director de los NIH en enero de 1992 era un documento de cuatro páginas que describía las alegaciones de Sana con la precisión desapasionada del lenguaje legal y solicitaba información sobre los procedimientos de supervisión que los NIH habían aplicado sobre la casa de Frederick durante los años en que Gajdusek mantuvo allí a jóvenes bajo su tutela.

El director la leyó, la consultó con el asesor legal del instituto y decidió que la respuesta correcta era solicitar asesoría adicional antes de hacer ningún movimiento que pudiera tener consecuencias institucionales para una figura de la talla de Gajdusek. La asesoría adicional tomó seis meses.

La respuesta a Merritt llegó en julio de 1992 en tres párrafos que decían que los NIH no tenían constancia de irregularidades en el programa de tutela del doctor Gajdusek y que cualquier alegación de naturaleza criminal debería dirigirse a las autoridades competentes.

Merritt envió copia de la carta a la oficina del fiscal del condado de Frederick. La oficina del fiscal acusó recibo y archivó el documento.

En los pasillos de los NIH, Patricia Beckwith, que había tenido la conversación con Ruth Arden en la sala de descanso del tercer piso en 1971, volvió a hablar del tema en 1992 con la diferencia de que esta vez tenía un nombre específico y la referencia a un abogado australiano, y esos elementos convertían la incomodidad sin nombre de veinte años en algo con coordenadas más precisas.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Arden.

—He hablado con el jefe del departamento —dijo Beckwith—. Me dijo que el asunto está en manos del asesor legal y que debo dejarlo en sus manos.

—¿Y lo vas a dejar?

—Por ahora sí. Porque no tengo otra opción formal disponible. Pero voy a escribir una nota interna con todo lo que sé y con fecha, y la voy a guardar en mi archivo personal. Que conste que lo sabía y que lo dije.

—¿Eso es suficiente?

—No —dijo Beckwith—. Pero es lo que puedo hacer sin que me marginen antes de que el asunto llegue adonde tiene que llegar.

Gajdusek continuaba trabajando. Su producción científica en los primeros años de los noventa era menor que en los años anteriores no porque su energía hubiera disminuido sino porque la controversia con Prusiner consumía una proporción creciente de su capital institucional en una batalla que los datos, silenciosamente, iban perdiendo por él.

Por ejemplo, en octubre 14 de 1991, anotó:

Prusiner sigue multiplicando sus prosélitos en los comités de Estocolmo con la misma ligereza con la que sus 'priones' se replican en los

manuales de texto para estudiantes de primer ingreso. Una herejía geométrica simplona que fascina a las mentes mediocres porque les ahorra el esfuerzo de buscar el genoma oculto. Creen que la forma es el todo.

No entienden que el virus lento no es una estructura defectuosa, sino una estrategia de la materia; una persistencia que opera en una escala temporal que la impaciencia de la ciencia estadounidense contemporánea, obsesionada con el aplauso inmediato, es incapaz de procesar. Mis datos en los NIH siguen siendo limpios, pero el capital institucional es una sustancia volátil que se evapora cuando la juventud de los laboratorios prefiere la novedad a la genealogía del descubrimiento.

He vuelto a releer las anotaciones de Mead sobre Samoa y los pasajes de Rousseau sobre la pureza del desarrollo libre de las constricciones de la convención burguesa. Qué ceguera la de esta sociedad puritana que pretende medir las corrientes del océano con las reglas de madera de un carpintero del Bronx. La genialidad no es un privilegio; es una condición biológica exenta.

Aquellos que hemos sido arrojados a la periferia de la comprensión humana, que hemos arrancado los secretos de la muerte a las tribus de las Tierras Altas y modelado las mentes de los niños traídos del Pacífico, no podemos someter la arquitectura de nuestras vidas al juicio sumario de los hombres ordinarios. Las leyes ordinarias se hicieron para estabilizar la mediocridad del rebaño; el pastor opera bajo otra necesidad, una que Nietzsche comprendió bien y que la jurisprudencia anglosajona jamás logrará codificar.

El orden de las cosas no se altera por las fiebres morales del presente. Lo que se construyó en la proximidad radical de aquellos años en la selva y en Micronesia permanece sellado en una dimensión de la memoria que el lenguaje burocrático de Occidente no puede tocar. O al menos, eso es lo que la estructura lógica de mi obra exige que sea verdad.

Publicó cuatro artículos en 1991 y tres en 1992, todos sólidos, todos citados, todos dentro del marco del virus lento que cada año encontraba menos defensores entre los investigadores jóvenes que llegaban al campo sin la lealtad generacional que ataba a los mayores a las categorías establecidas en los años sesenta.

Sus diarios en ese período alcanzaron una densidad que ninguno de sus colaboradores conocía en su totalidad porque Gajdusek los mantenía en la casa de Frederick y no en el despacho de los NIH. Cuadernos numerados escritos con la misma letra veloz de siempre, donde los registros de laboratorio se alternaban con páginas de reflexión filosófica que mezclaban a Nietzsche con Rousseau y con Margaret Mead en una construcción intelectual diseñada para demostrar que las normas

morales de las sociedades industrializadas no eran universales y que los hombres que operaban en una escala de genialidad diferente a la ordinaria no podían ser juzgados con los criterios diseñados para los hombres ordinarios.

Era el argumento que había estado elaborando durante décadas. En los cuadernos de los años noventa alcanzaba una densidad y una sistematicidad que revelaban cuánto tiempo había dedicado a construirlo, lo cual revelaba a su vez cuánto tiempo había sabido que iba a necesitarlo.

En 1993, Kimo, el muchacho de Micronesia que Hadlow había visto en la cena de Frederick en 1967 con catorce años y que tenía ahora cuarenta, fue internado durante tres semanas en una clínica de salud mental en Honolulú con un diagnóstico de trastorno de estrés postraumático severo con episodios disociativos.

Había llegado a Hawái desde los Estados Unidos continentales en 1978, a los veintitrés años, y había pasado los quince años siguientes construyendo una vida que funcionaba en su superficie con la eficiencia de las construcciones que se levantan sobre cimientos que nadie ha revisado: un trabajo estable en la administración portuaria, un apartamento en Honolulú, amigos que lo describían como callado y confiable y que no entendían por qué a veces desaparecía durante semanas sin dar explicaciones.

Su psiquiatra en la clínica se llamaba Claire Nakamura, llevaba quince años trabajando con supervivientes de trauma, y le preguntó en la cuarta sesión, con la cautela que el tema requería, si había experimentado abuso en su infancia o en su adolescencia.

Kimo tardó un tiempo en responder.

—¿Abuso? —dijo—. Depende de cómo lo defina.

—Dígame cómo lo definiría usted —dijo Nakamura.

—Había un hombre —dijo Kimo—. Un científico muy famoso. Yo vivía en su casa desde los catorce años. —Hizo una pausa—. Lo que ocurrió en esa casa durante seis años no tenía nombre cuando ocurrió. Yo era demasiado joven para tener el nombre. Ahora sí lo tengo.

—¿Está dispuesto a decirme el nombre? —dijo Nakamura.

Kimo lo dijo.

Nakamura no reaccionó de manera visible, que era la habilidad central de su oficio. Anotó en su cuaderno y siguió preguntando con la paciencia de quien sabe que lo que tiene delante va a requerir tiempo y cuidado y que ninguna de las dos cosas puede apresurarse sin consecuencias para el paciente.

Esa noche, después de la sesión, Nakamura buscó en la biblioteca del hospital las publicaciones de Gajdusek. Eran muchas, estaban en las mejores revistas del mundo, y en ninguna de ellas aparecía nada que le

dijera lo que Kimo le había descrito en cuarenta minutos de sesión con la precisión de quien lleva años ordenando mentalmente lo que va a decir cuando encuentre a alguien dispuesto a escucharlo.

La semana siguiente Nakamura le preguntó a Kimo si estaría dispuesto a hablar con un abogado.

—¿Para qué sirve hablar con un abogado? —dijo Kimo.

—Para que lo que usted me ha contado pueda convertirse en algo más que lo que yo escribo en mi cuaderno —dijo Nakamura—. Para que tenga consecuencias fuera de esta sala.

Kimo miró sus manos durante un momento.

—¿Hay otros que hayan hablado? —dijo.

—No lo sé con certeza —dijo Nakamura—. Pero si los hay, su testimonio podría encontrarlos. Y el de ellos podría encontrarlo a usted.

Kimo asintió despacio, con la expresión de quien ha tomado una decisión que lleva tiempo tomada y que solo estaba esperando que alguien le hiciera la pregunta correcta en el momento correcto.

—Busque al abogado —dijo.

En Frederick, Maryland, en la casa de los nueve cuartos y los tres robles en el jardín, Gajdusek escribía esa noche en sus cuadernos con la concentración de siempre, sin saber que en Honolulú un hombre que había vivido en esa casa desde los catorce años acababa de decir su nombre en voz alta por primera vez ante alguien que tenía el deber profesional de escucharlo y la posibilidad concreta de hacer algo con lo que escuchaba.

El Nobel seguía sobre el escritorio del estudio en su estuche de cuero, y los robles del jardín perdían sus últimas hojas de noviembre con la indiferencia perfecta de las cosas que no necesitan saber lo que ocurre a su alrededor para continuar siendo lo que son.

CAPÍTULO 12

La Red del FBI

Frederick, Maryland y Washington D.C., 1996

El agente especial Robert Cramer llevaba dieciocho años en el FBI cuando le asignaron el caso Gajdusek en enero de 1996. Era un hombre de cincuenta y dos años, nacido en Pittsburgh, que había comenzado su carrera investigando fraude bancario en la oficina de Baltimore antes de que un caso de abuso sistemático de menores en un campamento de verano del condado de Anne Arundel lo redirigiera hacia los delitos contra la infancia con la determinación de quien ha encontrado el territorio donde su trabajo tiene el peso específico que justifica hacerlo.

No era un investigador que se entusiasmara con la dimensión pública de los casos que llevaba: lo que le importaba era la mecánica, el hilo que conectaba los hechos, la manera en que los documentos y los testimonios se articulaban en una narración que pudiera sostenerse ante un jurado sin fisuras que un abogado defensor pudiera explotar.

El expediente que recibió en enero era más grueso de lo que esperaba para un caso que todavía no había producido ninguna acusación formal. Contenía la carta de Merritt al director de los NIH de 1992 y la respuesta del instituto, la copia enviada al fiscal del condado de Frederick, la nota interna de Patricia Beckwith fechada en octubre de 1992, y varios documentos adicionales que habían llegado por distintas vías en los años siguientes: una carta de Kimo enviada desde Honolulú en 1994 a través de un abogado de Hawái, dos declaraciones adicionales de jóvenes que habían vivido en la casa de Frederick que el abogado australiano Merritt había recopilado en los años transcurridos desde su primera conversación con Sana.

Cramer leyó el expediente completo en una tarde y luego lo leyó de nuevo la mañana siguiente con el cuaderno abierto, anotando los puntos que necesitaba verificar y los que ya estaban suficientemente documentados para sostener una solicitud de orden judicial.

Su supervisor en la oficina de Washington, Gerald Watts, lo llamó a su despacho a los tres días.

—¿Cuál es tu evaluación? —dijo Watts.

—El expediente es sólido en los testimonios —dijo Cramer—. Cuatro testigos directos con relatos consistentes en los detalles específicos y en el patrón general. El problema es la prescripción. Algunos de los hechos descritos tienen veinte años.

—¿Y los más recientes?

—Los testimonios de Kimo y de los otros dos se refieren a hechos que habrían ocurrido entre 1975 y 1985. Dentro del plazo con los estatutos aplicables, pero ajustado. Lo que cambia el caso son los diarios.

—¿Hay diarios?

—Los testimonios los mencionan de manera consistente. Gajdusek los escribía con regularidad y los guardaba en la casa de Frederick. Si los diarios existen y contienen lo que los testigos dicen que contienen, el caso deja de depender de la memoria de los testigos y se convierte en un caso con evidencia documental primaria. Eso es otra categoría.

—¿Qué necesitas para el allanamiento?

—Una declaración jurada adicional que establezca causa probable con suficiente especificidad sobre los diarios. Tengo tres testimonios que los mencionan de manera general pero necesito uno que describa el contenido con el detalle que el juez va a exigir para firmar la orden.

—¿Tienes ese testigo?

—Sana —dijo Cramer—. Vivió en la casa seis años. Según Merritt, describió el contenido de los diarios en su primera declaración en 1991 con un nivel de detalle que no se obtiene de oídas. Necesito hablar con él en persona.

Cramer viajó a Canberra en marzo de 1996. La reunión tuvo lugar en el despacho de Merritt, que organizó el encuentro con la eficiencia de quien ha esperado cinco años a que alguien con la autoridad correcta apareciera con las preguntas correctas. Sana tenía treinta y siete años, una postura cuidadosa que Cramer leyó como la de quien ha aprendido a ocupar exactamente el espacio que necesita y no más, y respondía con una precisión que Cramer reconoció como genuina porque tenía márgenes de incertidumbre en los lugares correctos: no en los hechos sino en los detalles periféricos, que era exactamente donde la memoria real tiene márgenes y donde la memoria fabricada no los tiene.

—Necesito que me describa los diarios —dijo Cramer—. No lo que usted supone que contenían. Lo que usted vio directamente.

—Los vi muchas veces —dijo Sana—. Los tenía en el estudio, en el escritorio, y a veces los dejaba abiertos cuando salía de la habitación. Cuadernos de tapa dura, negra, con un broche metálico en el lateral. Los numeraba en el lomo con un rotulador plateado.

—¿Los leyó?

—Algunos pasajes. No todos. Su inglés escrito era muy rápido y denso, con abreviaturas propias que no siempre podía descifrar. Pero lo que leí era suficiente para entender de qué trataban las páginas que estaba leyendo.

—Descríbame lo que leyó.

Sana lo hizo durante veinte minutos. Cramer tomó notas sin interrumpir, dejando que el relato siguiera su propio orden, porque había aprendido que interrumpir un testimonio para pedir clarificaciones en el momento en que se está produciendo altera el flujo de la memoria de maneras que son difíciles de revertir. Cuando Sana terminó, Cramer revisó lo que había escrito y luego lo miró directamente.

—¿Está dispuesto a firmar una declaración jurada con lo que acaba de decirme?

—Sí —dijo Sana.

—¿Sabe lo que eso implica? Puede ser llamado a testificar en un juicio en los Estados Unidos. Puede haber prensa. Puede haber consecuencias para su vida aquí que usted no puede controlar completamente.

—Lo sé desde 1991 —dijo Sana—. Por eso llamé a Merritt. No lo hice para llegar hasta aquí y detenerme.

Merritt, que había escuchado el intercambio sin participar, anotó algo en su cuaderno sin levantar la vista.

La declaración jurada de Sana, combinada con los testimonios de los otros tres, fue suficiente para que el juez federal del Distrito de Maryland firmara la orden de allanamiento en mayo de 1996. Cramer organizó el operativo con la meticulosidad que aplicaba a todos sus casos: ocho agentes, dos especialistas en documentos, un experto en material audiovisual, y la instrucción explícita de que el objetivo primario eran los diarios y cualquier material de registro audiovisual encontrado en la propiedad, y de que la cadena de custodia de cualquier documento se establecía en el momento en que el primer agente lo veía, no en el momento en que lo tocaba.

—Escúchenme bien antes de que subamos a los vehículos —había dicho Cramer en la última sesión informativa en Baltimore, señalando el plano de Frederick—. El juez firmó la orden esta tarde. Tenemos ocho agentes de campo, Miller en documentos y Vance en audiovisual. No quiero errores de procedimiento. El objetivo primario son los diarios de Gajdusek y cualquier cinta o fotografía. Miller, tú vas directo al estudio.

Miller se había acomodado los anteojos, revisando sus notas de campo.

—Sana especificó que están en un archivero junto al escritorio, James. Si el mueble está cerrado con llave, ¿procedemos con apertura limpia o esperamos al administrador?

—El administrador nos dará la llave de la propiedad a las seis en punto, pero no tiene las combinaciones de los archivos privados —respondió Cramer—. Usas herramientas de apertura limpia. No quiero madera astillada ni un solo rasguño que el abogado de Gajdusek pueda usar en el tribunal para alegar destrucción maliciosa. Y recuerden la instrucción explícita: la cadena de custodia se establece en el momento en que el primer agente ve el documento, no cuando lo toca. Si mantienes el ojo sobre un cuaderno, nadie más lo toca hasta que esté fotografiado y etiquetado. ¿Está claro?

—Entendido, James —asintió Miller—. Fotografía de posición antes de mover el lomo, registro individual y bolsa de preservación sellada en el acto. Ningún documento se quedará suelto sobre la mesa mientras buscamos otra bolsa.

Cramer se había vuelto hacia el experto audiovisual.

—Vance, el armario de la habitación principal. Revisas las cajas de archivo gris.

—Llevo los contenedores térmicos y bolsas antiestática para los VHS, jefe —dijo Vance—. El material magnético viejo se degrada si no se sella al vacío de inmediato. Documentaré las cajas antes de extraer una sola cinta.

El allanamiento se ejecutó un martes de junio a las seis de la mañana. Gajdusek no estaba en la casa: había viajado a Europa la semana anterior para una serie de conferencias en Amsterdam y no estaba

previsto que regresara hasta el viernes. Los agentes entraron con la llave que el administrador de la propiedad facilitó después de ver la orden judicial y se distribuyeron por las habitaciones con el plano de la casa que Cramer había reconstruido a partir de las descripciones de Sana y de los otros testigos, que coincidían en la disposición de los cuartos con el detalle de quien los ha habitado durante años.

Los diarios estaban donde Sana había dicho que estarían: en el estudio del primer piso, en el archivero de madera junto al escritorio, ordenados por número en los estantes superiores. Eran cuarenta y tres cuadernos de tapa negra que cubrían desde 1963 hasta 1995, cada uno numerado en el lomo con el rotulador plateado que Sana había descrito con exactitud.

—James, encontramos el bloque principal —avisó Miller desde la entrada del estudio, manteniendo las manos a los costados—. Están exactamente donde el muchacho dijo. Estantes superiores, cuarenta y tres cuadernos. Tapa negra. Puedo ver la numeración en plata en los lomos.

—No des un paso más, Miller —le indicó Cramer desde el umbral, deteniéndolo con el brazo—. Quédate ahí. Deja que el fotógrafo barra la habitación completa primero. Asegura los ángulos del archivero antes de que extendamos las bolsas de evidencia. No quiero que la defensa alegue que alteramos el orden del estante.

—Entendido. Fotógrafo, entra primero. Toma el plano general del escritorio y luego acércate al mueble de cerezo.

El especialista en documentos los fotografió en su posición original antes de tocarlos, los numeró en el registro de evidencia siguiendo el orden en que estaban almacenados, los depositó en las bolsas de preservación selladas y los etiquetó. Cramer supervisó ese proceso desde el umbral del estudio sin entrar, porque la cadena de custodia empieza en el momento en que el primer agente ve el objeto y cualquier ruptura en esa cadena puede ser el argumento que destruya el caso en apelación.

Además de los diarios encontraron cuarenta y ocho cintas de video en formato VHS almacenadas en cajas numeradas en el armario de la habitación principal, una colección de fotografías organizadas en álbumes por años, y correspondencia en papel con varios de los jóvenes que habían vivido en la casa. El inventario completo tardó siete horas y quedó registrado en cincuenta y dos páginas de documentación que Cramer revisó esa misma tarde en la oficina antes de llamar a Watts.

El teléfono de línea directa de la oficina de Baltimore interrumpió el silencio del despacho. Cramer dejó las hojas sobre la mesa y levantó el auricular.

—Cramer —dijo al atender.

—James, soy Watts. He estado esperando junto al teléfono toda la tarde. Dime que la orden de la mañana dio resultados.

Cramer exhaló un suspiro largo, frotándose las ojeras provocadas por la jornada, y dejó caer el bolígrafo sobre el papeleo acumulado.

—Tengo el inventario cerrado, Watts. Cincuenta y dos páginas de documentación detallada. Entramos exactamente a las seis de la mañana con la llave del administrador y acabamos de concluir el registro y el embalaje de la evidencia hace un par de horas.

Al otro lado de la línea, la respiración de Watts se volvió audible, marcada por la expectación.

—¿Y bien? ¿El chico de Micronesia decía la verdad o estábamos siguiendo los reclamos de un testigo poco confiable?

—Sana se quedó corto en sus estimaciones, Watts —respondió Cramer, pasando una de las hojas con el dedo—. Cuarenta y tres cuadernos de tapa negra. Exactamente donde dijo que estarían, ordenados por número en los estantes superiores y rotulados en plata en el lomo. Cubren sin interrupción desde el 63 hasta finales de 1995. Miller ya los trasladó al laboratorio para el peritaje caligráfico, pero a primera vista la grafía coincide perfectamente con las firmas y los informes oficiales de los NIH que tenemos en nuestro expediente principal.

—¿Y el resto del material? —preguntó Watts, bajando el tono de voz—. ¿Las cintas del armario?

—Cuarenta y ocho videos VHS en el armario principal —continuó Cramer —. Vance ya está procesando las copias espejo en el departamento técnico para proteger los formatos originales. También encontramos los tres álbumes de fotografías organizados por años y la correspondencia en papel que Sana mencionó. Hay cartas manuscritas de varios de los jóvenes que vivieron en la casa de Frederick; las fechas de envío e ingreso coinciden con la época en la que los registros de migración indican que aún eran menores de edad.

Hubo un silencio prolongado en la línea antes de que Watts volviera a hablar, su voz arrastrando un peso denso.

—Dios santo... Si esos diarios contienen lo que Sana declaró en la orden judicial... las reflexiones sobre la moral universal, los textos donde justifica el acceso a los menores bajo su propia lógica de la genialidad...

—Contienen eso y más, Watts —lo interrumpió Cramer con una frialdad estrictamente profesional—. Miller leyó un par de pasajes al azar durante el proceso de sellado para comprobar la continuidad de las fechas y asegurar el registro. No son solo bitácoras de laboratorio ni memorias científicas sobre los virus lentos. Es un sistema de pensamiento estructurado y pulido durante tres décadas. El hombre dejó por escrito su propia doctrina moral. Sabía exactamente lo que estaba haciendo en

esa propiedad y por qué creía que la ley ordinaria de este país nunca lo alcanzaría.

—¿Cuál es el siguiente paso, James? ¿Cómo procedemos ahora que la casa está asegurada?

Cramer tomó el bolígrafo y firmó la última página del acta con un trazo firme y definitivo.

—Mañana a primera hora presento el inventario sellado ante el juez federal de Distrito para cerrar la orden. Cuando Gajdusek regrese de Europa y aterrice en Dulles el miércoles, no va a encontrar un comité de recepción académica esperando sus conclusiones. Estaremos nosotros en la puerta de la terminal. Asegúrate de que la fiscalía tenga los cargos bien redactados y blindados contra cualquier apelación, porque la evidencia ya la tengo sobre mi mesa.

El teléfono de Gajdusek en Amsterdam sonó a las dos de la tarde, hora europea. Era su asistente en los NIH, Dorothy, que llevaba doce años trabajando para él y que le dio la noticia con la voz de quien ha practicado durante horas cómo decir algo antes de tener que decirlo.

—Han entrado en la casa —dijo—. El FBI. Esta mañana.

—¿Qué se llevaron? —dijo Gajdusek.

—Los diarios. Y otras cosas. El abogado provisional ya está en contacto con la oficina del fiscal.

—¿Qué abogado?

—El que el instituto le asignó provisionalmente hasta que usted designe al suyo.

Hubo un silencio.

—Vuelvo el jueves —dijo Gajdusek.

—El abogado dice que es mejor que vuelva antes —dijo Dorothy.

—Vuelvo el miércoles —dijo Gajdusek, y colgó.

Miró por la ventana del apartamento el canal que corría a cuarenta metros, con sus bicicletas aparcadas en el puente y sus gaviotas posadas en los escalones del embarcadero. Era una vista que había mirado muchas veces en los años que llevaba viniendo a Amsterdam para conferencias y para los meses de residencia que el exilio voluntario le proporcionaba cada vez con más frecuencia, y que ahora miraba con la atención particular de quien sabe que algo ha cambiado de manera irreversible aunque todavía no pueda nombrar con precisión qué es exactamente lo que ha cambiado.

Fue detenido en el aeropuerto de Dulles el miércoles por la tarde, a su llegada, por dos agentes del FBI que lo esperaban en la zona de llegadas internacionales con la discreción de los que prefieren que el detenido coopere por su propio pie antes de que haya necesidad de hacer otra cosa. Gajdusek cooperó. Era un hombre de setenta y dos años con el

Nobel en su estuche de cuero en el estudio de la casa y cuarenta y tres cuadernos de tapa negra en las bolsas de evidencia de la oficina del FBI en Washington, y esa tarde, en la zona de llegadas del aeropuerto de Dulles, entre familias que se abrazaban y conductores con carteles con nombres escritos a mano, era simplemente un hombre que caminaba hacia lo que había estado viniendo desde que abrió el primer cuaderno en 1963 y comenzó a escribir en él con la certeza de que lo que escribía no tendría consecuencias porque los genios operan bajo reglas distintas a las de los hombres ordinarios.

Las reglas eran las mismas.

CAPÍTULO 13

El Juicio al Genio

Rockville, Maryland, 1997

El Tribunal de Distrito Federal para el Distrito de Maryland tiene la arquitectura funcional de los edificios que el gobierno estadounidense construyó en los años setenta: fachadas de hormigón sin ornamento, pasillos fluorescentes que huelen a papel y a café viejo, salas de audiencia con paneles de madera contrachapada que imitan la caoba sin llegar a serlo.

Era en uno de esos espacios, en la sala cuatro del edificio Peyser en Rockville, donde Daniel Carleton Gajdusek compareció el martes 11 de febrero de 1997 para responder a un cargo de abuso sexual de un menor.

El proceso había llegado a ese punto después de nueve meses de negociaciones entre el fiscal asistente del gobierno federal, un hombre metódico de cuarenta años llamado Thomas Brierly que había revisado los cuarenta y tres cuadernos con la misma atención con que un auditor revisa una contabilidad que sospecha que está mal, y el equipo de defensa de Gajdusek, encabezado por David Sheridan, uno de los abogados penalistas más respetados de Washington, con dos décadas de experiencia en casos de alto perfil y la habilidad particular de convertir la complejidad del contexto en un argumento que los jurados encontraban difícil de desestimar sin sentirse simplistas.

La negociación había producido un acuerdo: Gajdusek se declararía culpable de un cargo en lugar de los catorce con que la fiscalía podría haberlo acusado, y la sentencia sería de un año de prisión seguido de un período de libertad condicional supervisada con prohibición de contacto con menores.

Sheridan había presentado el acuerdo a Gajdusek en una reunión en el centro de detención donde su cliente llevaba tres semanas esperando la decisión judicial sobre la fianza, que había sido denegada por el riesgo

de fuga dada la condición de apátrida efectivo que los años de residencia en Europa habían creado.

—Un cargo —había dicho Sheridan, extendiendo el documento sobre la mesa metálica de la sala de reuniones—. Uno de los catorce que tienen documentados en los diarios. La fiscalía acepta la reducción a cambio de la declaración de culpabilidad.

Gajdusek leyó el documento durante varios minutos sin comentar. Luego lo devolvió a Sheridan.

—¿Qué pasa con los diarios?

—Los diarios quedan como evidencia en el expediente sellado. No serán publicados. No habrá acceso público.

—¿Y mi trabajo científico?

Sheridan lo miró con la expresión de quien ha escuchado preguntas difíciles en situaciones difíciles y que ha aprendido a responderlas sin que la respuesta suene a lo que es.

—Su trabajo científico existe independientemente de este proceso. Lo que le ocurra aquí no borra lo que publicó. Pero si vamos a juicio con los catorce cargos y el jurado ve los cuarenta y tres cuadernos completos, el resultado probable es una condena múltiple con una sentencia que lo mantendría en prisión el resto de su vida. Con el acuerdo, cumple un año y sale.

—¿Un año?

—Con el comportamiento correcto en el centro, posiblemente menos.

Gajdusek miró la pared de la sala de reuniones durante un momento.

—No soy culpable en el sentido en que este sistema entiende la culpabilidad —dijo—. Lo que ocurrió en esa casa respondía a una lógica cultural que los tribunales federales de Maryland no tienen el marco conceptual para evaluar.

—Lo sé —dijo Sheridan, con el tono de quien ha escuchado este argumento antes y que ha aprendido que la respuesta útil no es la que corrige al cliente sino la que lo orienta hacia la decisión que lo perjudica menos—. Y ese argumento podría presentarse en un juicio. Pero los jurados de Maryland no son antropólogos. Son doce ciudadanos que van a leer los diarios y que van a escuchar a los testigos. La probabilidad de que ese argumento los convenza es, en mi evaluación profesional, baja.

Gajdusek volvió a mirar el documento.

—Firmo —dijo.

La sala cuatro del edificio Peyser en Rockville tenía ese martes de febrero una asistencia que el ujier había descrito al juez antes de la sesión como inusualmente alta para un proceso que en circunstancias normales habría atraído la atención de dos o tres periodistas locales.

Había representantes de seis medios nacionales, tres corresponsales extranjeros, varios investigadores de los NIH que habían venido sin anunciarse y que se sentaron en filas separadas como si la distancia física pudiera establecer la distancia que el contexto hacía imposible, y en la última fila, con la misma postura cuidadosa de siempre, Sana.

El juez federal era una mujer de sesenta años llamada Patricia Harmon que tenía la reputación de conducir los procesos con una eficiencia que los abogados de ambas partes encontraban a veces incómoda porque no dejaba espacio para las dilaciones tácticas que los procesos largos permiten. Cuando Gajdusek fue conducido a la sala por el oficial del tribunal, Harmon lo miró desde el estrado con la expresión neutra de quien ha decidido que su función esa mañana no incluye ningún elemento que no sea estrictamente procesal.

Gajdusek entró con el paso regular de siempre, sin el ajuste de velocidad que los nervios producen en la mayoría de los acusados, y se sentó junto a Sheridan con la postura de quien está en una conferencia científica y no en un tribunal federal. Brierly, del lado de la fiscalía, revisaba sus notas sin levantar la vista.

—El tribunal está en sesión —dijo Harmon—. El caso es el número noventa y siete guión cero doscientos cuarenta y tres, Estados Unidos de América contra Daniel Carleton Gajdusek. Señor Gajdusek, ¿está usted representado por el abogado David Sheridan?

—Sí, señoría —dijo Gajdusek.

—El tribunal entiende que existe un acuerdo de culpabilidad negociado entre la defensa y la fiscalía. Señor Sheridan, ¿confirma que su cliente comprende los términos del acuerdo y que acepta declararse culpable del cargo único de abuso sexual de un menor tal como se especifica en el documento presentado el veinte de enero?

—Así es, señoría —dijo Sheridan.

—Señor Gajdusek, el tribunal le pregunta directamente: ¿se declara usted culpable del cargo que se le imputa?

Hubo un silencio de tres segundos que en la sala cuatro del edificio Peyser de Rockville, Maryland, tuvo la densidad de algo mucho más largo.

—Culpable —dijo Gajdusek.

Harmon anotó algo en el expediente que tenía delante.

—El tribunal acepta la declaración de culpabilidad. La sentencia se pronunciará en esta misma sala el diecisiete de marzo. —Levantó la vista—. Señor Gajdusek, antes de que el tribunal levante la sesión, tiene usted derecho a dirigirse brevemente al tribunal si así lo desea.

Sheridan había aconsejado a su cliente que no usara ese derecho. Gajdusek lo usó.

Se levantó, se ajustó la chaqueta con el gesto automático de quien ha hecho miles de presentaciones públicas, y habló durante ocho minutos. Habló sobre el relativismo cultural, sobre Margaret Mead y sobre las sociedades del Pacífico, sobre la manera en que las categorías morales de Occidente no podían aplicarse universalmente a prácticas que en otros contextos culturales tenían significados distintos, sobre la diferencia entre el crimen tal como lo define la jurisprudencia anglosajona y el crimen tal como lo entiende la antropología, sobre la contribución que su trabajo había hecho a la comprensión de las enfermedades neurológicas y sobre lo que esa contribución significaba en la balanza de la historia.

Habló con la fluidez y la densidad de quien ha preparado ese discurso durante décadas, no en los días anteriores al juicio sino en los cuadernos que ahora estaban en el expediente sellado del tribunal, y que eran en cierto sentido el ensayo general de lo que estaba diciendo en ese momento.

Harmon lo escuchó sin interrumpir. Cuando Gajdusek terminó, ella anotó algo más en el expediente y luego lo miró.

—El tribunal ha tomado nota de sus observaciones —dijo—. La sesión se levanta hasta el diecisiete de marzo.

En la última fila, Sana escuchó el discurso de Gajdusek con la expresión de quien reconoce algo que ya sabía y que confirmar no lo sorprende. Cuando la sala comenzó a vaciarse, permaneció sentado hasta que la mayoría de los presentes habían salido. Merritt, que se había sentado a su lado, le preguntó en voz baja si estaba bien.

—Sí —dijo Sana—. Es exactamente lo que pensé que diría.

—¿Te esperabas el discurso?

—Me esperaba que dijera que lo que ocurrió en esa casa no fue lo que fue —dijo Sana—. Solo cambia el vocabulario. En la casa usaba las mismas palabras. Rousseau. Mead. La genialidad como condición que exime. Las usaba cuando éramos niños y las sigue usando ahora. —Recogió su abrigo del respaldo de la silla—. La diferencia es que ahora hay un juez tomando notas.

Merritt no respondió. Los dos salieron al pasillo fluorescente del edificio Peyser, donde los periodistas esperaban con sus grabadoras y sus preguntas, y Sana pasó entre ellos sin detenerse, con la misma postura cuidadosa de siempre, ocupando exactamente el espacio que necesitaba y no más.

El 17 de marzo, el juez Harmon pronunció la sentencia: un año de prisión en el centro federal de detención del condado de Prince George, seguido de cinco años de libertad condicional supervisada con prohibición absoluta de contacto con menores.

Gajdusek escuchó la sentencia de pie, junto a Sheridan, con la misma expresión con que había escuchado todo lo demás en esa sala: la de alguien que está presente en el proceso pero que habita simultáneamente en otro lugar donde el proceso no tiene la misma escala que le asignan los que lo rodean.

La comunidad científica reaccionó de la manera que las comunidades científicas reaccionan cuando uno de sus miembros más prominentes cae de maneras que no tienen que ver con la ciencia: con un silencio inicial seguido de declaraciones cuidadosas que condenaban los hechos sin borrar la contribución, en la convicción de que ambas cosas podían coexistir en registros separados. Algunos de los que habían firmado cartas de apoyo para su Nobel no devolvieron las llamadas de los periodistas. Otros publicaron comunicados que el lenguaje de los comunicados hacía simultáneamente condenatorios e inofensivos.

En el centro de detención del condado de Prince George, Gajdusek solicitó acceso a revistas científicas. Se las proporcionaron. Siguió escribiendo, aunque ya no en los cuadernos de tapa negra sino en el papel de carta oficial del centro, con membrete del sistema penitenciario federal, que era también una forma de documento aunque nadie en los NIH lo citara en ninguna publicación. En aquellas hojas de líneas tenues, su caligrafía apresurada registraba párrafos como este:

La ignorancia filistea de esta sociedad puritana americana ha montado su predecible linchamiento moral, incapaz de comprender las estructuras de adopción y las libertades culturales del Pacífico que desafían su estrechez mental. Me encierran rodeado de rejas, pero mi mente sigue habitando la sutil geometría de las proteínas; sigo desmantelando los errores de Prusiner desde esta celda. No hay culpa en la exploración del conocimiento ni en la tutela de los jóvenes que rescaté de la parálisis del tercer mundo. Mis colegas callan en los pasillos de Washington para proteger sus presupuestos, pero la posteridad científica no juzga los descubrimientos bajo el código penal de Maryland. El verdadero veredicto lo dará la historia de la medicina, un territorio donde mis jueces actuales ni siquiera tienen pasaporte.

Cuando los fiscales del Distrito de Maryland y los agentes encargados de supervisar su reclusión tuvieron acceso a las copias de las cartas y manuscritos que Gajdusek enviaba desde la prisión —donde atacaba la histeria puritana y se justificaba a través de la antropología— su reacción fue de absoluta indignación, utilizándolo de inmediato como argumento legal.

La fiscalía tomó esos escritos y los presentó formalmente ante el tribunal como prueba irrefutable de que Gajdusek carecía por completo de remordimiento y de capacidad de rehabilitación. Los fiscales argumentaron que el tono de sus escritos demostraba un narcisismo patológico y una soberbia intelectual tan extrema que el científico seguía considerándose por encima de la ley.

Esta reacción tuvo un impacto directo en su reclusión: las autoridades penitenciarias aumentaron la vigilancia sobre su correspondencia saliente y endurecieron las restricciones, asegurándose de que los términos de su futura libertad condicional —especialmente la prohibición absoluta de acercarse a menores— se vigilaran bajo la sospecha de que, en cuanto saliera, Gajdusek intentaría eludir los controles justificándose en su doctrina moral y científica.

CAPÍTULO 14

El Exilio y la Sombra

Ámsterdam y Tromsø, 1998–2007

Gajdusek salió del centro de detención del condado de Prince George en enero de 1998, después de cumplir doce meses de una condena que el sistema penitenciario federal había reducido en cuatro semanas por comportamiento ejemplar, que en su caso significaba que no había agredido a nadie, que había respondido con cortesía a todas las preguntas de los funcionarios de supervisión, y que había mantenido en todo momento la expresión de alguien que no reconoce en el lugar donde está ni la autoridad de quienes lo rodean ni la legitimidad del proceso que lo llevó hasta ahí. Era una forma de comportamiento ejemplar que no era exactamente la que el sistema tenía en mente cuando usaba ese adjetivo, pero que producía los mismos resultados prácticos.

Los términos de su libertad condicional eran precisos: no podía regresar al estado de Maryland, no podía establecer contacto de ningún tipo con menores de dieciocho años, debía reportarse mensualmente con el supervisor asignado, y debía notificar cualquier cambio de residencia con al menos treinta días de antelación. Había también, aunque no estaba escrito en ningún documento oficial, un quinto término que los NIH habían comunicado a través de su asesor legal en los días previos a su salida: su contrato con el instituto no sería renovado. Después de treinta y ocho años, el laboratorio de Bethesda ya no era suyo.

Lo recogió en la puerta del centro de detención su abogado Sheridan, que había gestionado también el apartamento temporal en Washington donde Gajdusek pasaría las primeras semanas. En el coche, atravesando el condado de Prince George hacia la autopista, Sheridan le explicó las opciones disponibles.

—Puede quedarse en Washington mientras organizamos la situación con los NIH —dijo—. O puede irse a Europa. Varios colegas europeos han expresado disposición a recibirlo de manera informal.

—¿Quién? —dijo Gajdusek.

—Jan Goudsmit. Instituto de Virología de la Universidad de Ámsterdam. Ha dicho que podría ofrecerle acceso a la biblioteca y espacio para trabajar, sin compromiso institucional formal dado el contexto.

—¿Sabe Goudsmit exactamente lo que implica recibirme?

—Sabe lo suficiente —dijo Sheridan—. Y ha decidido que sí de todas formas. Es su decisión.

Gajdusek miró por la ventana el paisaje gris de enero del condado de Prince George: las gasolineras, los centros comerciales, los semáforos que regulaban el tráfico con la indiferencia perfecta de los sistemas que no distinguen entre los que han estado en prisión y los que no.

—Ámsterdam —dijo.

Jan Goudsmit era un virólogo de cincuenta años, especializado en VIH, que había seguido el trabajo de Gajdusek desde sus años de formación con la admiración que los investigadores jóvenes sienten por los que abrieron los territorios donde ellos trabajan. Era también un hombre que había sopesado durante semanas la decisión de ofrecer lo que ofreció, que no era solo acceso a una biblioteca sino algo más parecido al reconocimiento de que el trabajo científico de alguien puede ser genuinamente extraordinario y las acciones de esa misma persona genuinamente inaceptables, y que esa coexistencia no tiene resolución fácil y tal vez no tiene resolución en absoluto. Al final había decidido que no podía borrar lo que Gajdusek había construido con la misma facilidad con que un tribunal borraba lo que Gajdusek había destruido, y que por esa razón al menos merecía un escritorio y una contraseña de biblioteca.

Gajdusek llegó a Ámsterdam en febrero de 1998 con dos maletas y una caja de libros. El apartamento que Goudsmit le había conseguido cerca del Rijksmuseum era pequeño, con una ventana que daba al canal y una librería vacía en la pared contraria que fue llenando en las semanas siguientes con los libros de la caja y con otros comprados en las librerías de segunda mano del Spui, donde pasaba las tardes con la regularidad de quien ha sustituido un horario de laboratorio por un horario de biblioteca. Caminaba por el canal cada mañana hasta la universidad, pasaba horas leyendo revistas que ya no lo citaban como referencia central sino como antecedente histórico, tomaba notas en cuadernos nuevos de tapa azul o verde, y volvía al apartamento antes del anochecer para escribir cartas que enviaba a una lista decreciente de colegas que respondían con una frecuencia también decreciente.

Goudsmit lo visitaba los miércoles por la tarde. La primera vez lo hizo por cortesía. La segunda, porque la conversación de la semana anterior había resultado más interesante de lo que esperaba. Las siguientes, por una combinación de hábito y de incomodidad ante la alternativa de dejar de ir, que habría sido visible y habría parecido un abandono que Goudsmit no quería protagonizar aunque tampoco pudiera nombrar exactamente la razón por la que no quería.

En una de esas tardes de abril, Goudsmit encontró a Gajdusek junto a la ventana con tres cuadernos abiertos sobre la mesa y el aspecto de quien ha estado trabajando desde la mañana sin notar que la tarde había llegado.

—¿Estás trabajando en algo concreto? —dijo Goudsmit, sentándose en la única silla disponible que no tenía papeles encima.

—La variabilidad en los períodos de incubación —dijo Gajdusek sin levantar la vista del cuaderno—. Prusiner tiene razón en el mecanismo fundamental, eso no tiene sentido seguir discutiéndolo. Pero su modelo no explica satisfactoriamente por qué dos individuos expuestos a la misma carga infecciosa pueden desarrollar síntomas con diez años de diferencia. Hay algo en la interacción entre la conformación del prión y la secuencia específica del huésped que todavía no está resuelto. Y si no está resuelto, la predicción del período de incubación en humanos expuestos a la variante bovina sigue siendo imposible.

—¿Vas a publicar?

Gajdusek levantó la vista.

—¿Quién lo publicaría?

Goudsmit no respondió de inmediato. Era la pregunta que los dos sabían que no tenía respuesta satisfactoria y que plantearla en voz alta era también reconocer el límite de lo que la hospitalidad de Goudsmit podía hacer por la situación de Gajdusek.

—Hay revistas europeas especializadas donde el nombre todavía tiene peso —dijo Goudsmit—. No Science ni Nature, eso es evidente. Pero publicaciones respetadas dentro del campo.

—El nombre tiene el peso que le da lo que uno firme con él —dijo Gajdusek—. Si lo que firmo no es lo suficientemente sólido para sostenerse en el mejor foro disponible, no merece publicarse en ninguno.

Goudsmit anotó mentalmente ese intercambio como el tipo de declaración que puede ser al mismo tiempo una forma de integridad y una forma de autodestrucción, y que en el caso de Gajdusek era probablemente las dos cosas a la vez.

La última vez que Goudsmit lo visitó en el apartamento del canal fue en septiembre de 2001. Gajdusek tenía sobre la mesa un artículo de Prusiner de ese mismo año y tres cuadernos llenos de anotaciones a márgenes que ocupaban más espacio que el texto original. Hablaron durante una hora sobre la biología de los priones y sobre la crisis de las vacas locas, que en ese año seguía produciendo casos de variante Creutzfeldt-Jakob en el Reino Unido con una lentitud que confirmaba exactamente los períodos de incubación que Gajdusek había predicho quince años antes en sus conversaciones con Lacey. Cuando Goudsmit se levantó para irse, Gajdusek lo acompañó hasta la puerta con el gesto

automático de quien cumple los protocolos sociales que ha aprendido aunque no los necesite.

—¿Estarás bien aquí? —dijo Goudsmit en el umbral, con la vaguedad de quien formula una pregunta cuya respuesta ya sabe pero que necesita hacer de todas formas.

—Siempre he estado bien donde he podido trabajar —dijo Gajdusek.

Goudsmit asintió y bajó las escaleras. Esa fue la última vez que se vieron.

En el otoño de 2001 Gajdusek dejó Ámsterdam y fue hacia el norte. Tromsø, en el ártico noruego, tenía una universidad que le había ofrecido el título de investigador visitante honorario a través de un contacto del departamento de medicina, lo que le daba acceso a la biblioteca y a los seminarios sin ninguna obligación formal de producción. Era exactamente la estructura que necesitaba: presencia justificada sin exigencia de resultados.

La primera vez que vio Tromsø en invierno entendió por qué había ido allí. La oscuridad polar de diciembre, que llegaba a las dos de la tarde y no cedía hasta las diez de la mañana, tenía una calidad diferente a cualquier oscuridad que hubiera conocido antes: no era la oscuridad de la noche que espera el amanecer sino la de un mundo que ha decidido temporalmente prescindir de la luz como si fuera un lujo prescindible. Caminaba por las calles heladas con un abrigo de montaña comprado en las afueras de la ciudad, con las manos en los bolsillos y la vista en el suelo, pensando en la variabilidad de los períodos de incubación y en lo que esa variabilidad implicaba para los cientos de miles de personas que habían consumido carne británica en los años ochenta sin saber que podían llevar dentro el pliegue incorrecto que tardaría décadas en revelarse.

Erik Svensen era investigador del departamento de neurología de la universidad, treinta y cinco años, que había leído los trabajos de Gajdusek sobre el kuru durante su formación y que se acercó a él en la biblioteca un día de octubre de 2003 con la mezcla de reverencia y de curiosidad intelectual que produce el encuentro con alguien cuya obra se conoce mejor que la persona.

—He leído sus artículos sobre la transmisibilidad del kuru —dijo Svensen, después de presentarse—. La demostración con los chimpancés. Es el trabajo más elegante que conozco en neurología experimental del siglo pasado.

Gajdusek lo miró durante un momento con la evaluación habitual.

—¿Está trabajando en encefalopatías espongiformes?

—En la variante Creutzfeldt-Jakob. Los casos de origen bovino. Tenemos en Noruega tres casos confirmados con histología compatible y estamos intentando entender la variabilidad en la presentación clínica.

—Siéntese —dijo Gajdusek.

Hablaron durante dos horas. Svensen tomó notas con la concentración de quien sabe que la conversación que está teniendo no va a repetirse. Gajdusek habló sobre el kuru, sobre los datos de incubación que seguían sin tener explicación completamente satisfactoria dentro del modelo de Prusiner, sobre las hipótesis que había estado desarrollando en los cuadernos azules y verdes que llenaba en el apartamento cerca del puerto.

Cuando terminaron, Svensen cerró su cuaderno.

—¿Por qué Tromsø? —dijo.

Gajdusek tardó un momento antes de responder.

—Porque aquí la oscuridad es honesta —dijo—. No pretende ser otra cosa.

Svensen no supo si eso era una respuesta sobre Tromsø o sobre algo más grande, y decidió que probablemente era las dos cosas a la vez, y que preguntarlo habría sido romper algo que era mejor dejar intacto.

Se vieron con regularidad durante los cuatro años siguientes, siempre en la biblioteca o en el seminario de neurología al que Gajdusek asistía sin participar, sentado en la última fila con el cuaderno abierto y el lápiz en la mano, tomando notas sobre lo que los otros decían con la concentración de quien evalúa y no de quien aprende. Svensen le enviaba artículos cuando encontraba algo que consideraba relevante para las hipótesis de Gajdusek sobre la variabilidad de incubación, y Gajdusek le respondía con anotaciones a mano en los márgenes que Svensen guardaba en una carpeta que con los años se convirtió en el archivo más inusual de su carrera: la correspondencia de un Premio Nobel en exilio ártico con un investigador noruego de treinta y cinco años, escrita en los márgenes de artículos sobre priones con el lápiz afilado que Gajdusek llevaba siempre en el bolsillo superior de la chaqueta.

En noviembre de 2007, Svensen pasó por el apartamento del puerto con una copia de un artículo reciente sobre la variabilidad conformacional de los priones que pensó que podría interesarle. Llamó al timbre. No hubo respuesta. Llamó de nuevo. Nada. Dejó el artículo doblado en el buzón y se fue, pensando que Gajdusek estaría en la biblioteca o caminando por el muelle con el abrigo de montaña y las manos en los bolsillos, como siempre.

El artículo permaneció en el buzón durante tres días, hasta que el administrador del edificio, al no ver luz en el apartamento, abrió la puerta.

CAPÍTULO 15

La Disolución Final

Tromsø, Noruega, diciembre de 2008

La última anotación en el cuaderno de tapa verde data del domingo 7 de diciembre de 2008. La letra es la misma de siempre, veloz y densa, con las abreviaturas propias que Gajdusek había desarrollado a lo largo de décadas para escribir a la velocidad a que pensaba.

Las primeras cuatro páginas son hipótesis sobre la variabilidad de los períodos de incubación en las encefalopatías espongiformes: la relación entre el codón 129 del gen PRNP del huésped y la eficiencia de la conversión conformacional, las implicaciones de la heterocigosidad para la resistencia relativa al agente, la posibilidad de que la variabilidad observada en los casos de variante Creutzfeldt-Jakob de origen bovino respondiera a diferencias en la dosis infecciosa original más que a diferencias en la susceptibilidad genética. Es trabajo científico real, formulado con el rigor de siempre, desarrollado con la concentración de quien no ha dejado de pensar en ese problema aunque el mundo haya dejado de preguntarle su opinión sobre él.

—No es susceptibilidad... no puede serlo —murmuró Gajdusek para sí mismo en la penumbra del apartamento, encorvado sobre la mesa mientras el grafito rayaba el papel—. Es la carga. La dosis inicial en el tejido bovino. Si el gradiente es lo bastante alto, la barrera de especie cede... cede siempre.

Al final de la cuarta página, después del punto que cierra la última hipótesis, hay una sola frase escrita con el mismo lápiz pero en un registro completamente distinto, sin separación del párrafo anterior, como si fuera la conclusión natural de todo lo que la precedía:

La forma correcta y la forma incorrecta son indistinguibles desde dentro.

No hay entrada del 8 de diciembre. Ni del 9. Ni del 10.

Lo que ocurrió en el apartamento del tercer piso de Storgata en algún momento entre la tarde del domingo y la mañana del lunes puede reconstruirse con la precisión de la biología aunque no con la precisión de los hechos, porque no había nadie que presenciara ni que recordara. El corazón de Daniel Carleton Gajdusek se detuvo con la arbitrariedad de los corazones que han funcionado durante ochenta y cinco años y que en algún momento dejan de funcionar no porque algo los destruya sino porque el margen de error acumulado en el sistema llega al punto donde ya no puede corregirse.

En las neuronas de su corteza cerebral, en el momento en que el corazón dejó de bombear, comenzó el proceso que la medicina llama muerte neuronal anóxica: el cese del suministro de oxígeno activa en cuestión de segundos el fallo de las bombas iónicas de la membrana neuronal, que mantienen el equilibrio entre el sodio exterior y el potasio interior mediante un gasto continuo de energía. Sin energía, el gradiente se colapsa. El sodio entra en masa a la célula, arrastrando agua. La célula se hincha. El calcio intracelular se acumula hasta niveles tóxicos,

activando las enzimas proteolíticas que degradan las proteínas estructurales del citoesqueleto. Los microtúbulos que dan forma a la neurona se desintegran. El núcleo libera su ADN en fragmentos que las nucleasas cortan en pedazos cada vez más pequeños. En el transcurso de minutos, lo que era una célula con una identidad funcional específica, con sus conexiones sinápticas, con su historia de potenciales de acción y de neurotransmisores liberados y recibidos a lo largo de ochenta y cinco años, se convierte en materia sin organización.

Meses después, en el laboratorio de medicina forense de Tromsø, el patólogo señaló la muestra bajo el microscopio.

—Mira el colapso del citoesqueleto aquí —dijo—. No quedó nada de la arquitectura original. Las nucleasas destrozaron el núcleo en minutos.

—Es el fallo de la bomba de membrana —respondió su colega en voz baja—. Sin ATP, el gradiente se vuelve agua. Una inundación silenciosa. Ochenta y cinco años de sinapsis borrados por pura termodinámica.

Era la misma destrucción que Gajdusek había estudiado bajo el microscopio en el tejido cerebral de Waine, en la cabaña de bambú de las Tierras Altas de Papúa, cincuenta y un años antes. Con la diferencia fundamental que él mismo habría apuntado: aquella destrucción la producía la conversión priónica, lenta, silenciosa, geométricamente precisa, que tardaba años en vaciar el tejido. Esta la producía simplemente la muerte, que es más rápida y más democrática y no necesita ningún agente externo. El resultado histológico, visto bajo el microscopio horas después, sería diferente. Pero la materia regresa al mismo estado de menor orden en ambos casos. La forma se disuelve. El cerebro que dedicó su vida a estudiar la destrucción de los cerebros sufría, al final, exactamente la misma destrucción que todos los cerebros sufren.

Erik Svensen llamó al timbre del apartamento del tercer piso el lunes por la tarde, el martes por la mañana y el miércoles a mediodía. La tercera vez bajó al vestíbulo y encontró a Petter Aas revisando los buzones de correspondencia.

—Petter —dijo Svensen, limpiándose los guantes por el frío—. Es la tercera vez que bajo desde su puerta. No responde. El lunes estuve aquí, ayer también. Nada.

—Es extraño —respondió Aas, pausando las manos sobre las cartas y mirando el casillero—. Su correo lleva tres días acumulándose. No es propio de él dejar los periódicos ahí.

—No se oye nada arriba —añadió Svensen, mirando de reojo hacia la escalera—. Ni la radio. ¿Lo ha visto en los últimos días?

Aas frunció el ceño.

—No desde el viernes. Pero eso no es inusual. Algunas semanas apenas sale.

—He llamado tres veces en tres días. No responde.

—¿Dejó algún mensaje? ¿Dijo que iba a viajar?

—No —dijo Svensen—. Nunca avisa cuando viaja. Pero tampoco deja las luces encendidas cuando no está, y anoche había luz en el tercer piso.

Aas miró el manojo de llaves que llevaba en el cinturón.

—¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y cinco.

Aas no dijo nada más. Tomó las llaves y subió.

Llamó con los nudillos al llegar al tercer piso. Esperó. Volvió a llamar con más fuerza. Luego introdujo la llave en la cerradura con la lentitud de quien sabe que lo que va a encontrar al otro lado puede requerir que el tiempo que precede a la apertura sea suficientemente largo.

Gajdusek estaba en la cama, completamente vestido, con los zapatos puestos y una revista científica abierta sobre el pecho. La habitación estaba en orden: los cuadernos apilados sobre el escritorio junto a la ventana, los lápices en el vaso de cerámica azul que había comprado en el mercado del puerto el primer invierno en Tromsø, la cama hecha con la sábana y la manta dobladas sobre los pies antes de que él se tendiera. Una fotografía enmarcada sobre el escritorio mostraba un hombre joven en un entorno selvático, mirando hacia algo fuera del encuadre con la expresión de quien todavía no sabe todo lo que va a ocurrir.

Aas retrocedió al pasillo y llamó al número de emergencias. Mientras esperaba, Svensen subió las escaleras.

—¿Está? —dijo Svensen al ver la puerta abierta.

—Está —dijo Aas, con un tono que no necesitaba más explicación.

Svensen miró hacia el interior del apartamento desde el pasillo. No entró.

—¿Hace mucho? —dijo.

—El médico lo dirá —dijo Aas—. Pero la temperatura en la habitación... lleva tiempo.

Ninguno de los dos habló más hasta que llegó la ambulancia.

El médico que certificó la defunción era un noruego joven que había terminado la especialidad hacía tres años y que examinó al paciente con la eficiencia profesional de quien ha aprendido a separar lo que ve de lo que siente mientras trabaja. Le preguntó a Aas los datos básicos: nombre, edad, si tenía médico de cabecera, si había antecedentes conocidos. Aas respondió lo que sabía, que no era mucho.

—¿Tiene familia? —dijo el médico.

—No sé —dijo Aas—. Vivía solo. Nunca vino nadie a visitarlo.

—¿Y usted? —le dijo el médico a Svensen.

—Soy investigador en la universidad —dijo Svensen—. Lo conocía profesionalmente. Era investigador visitante en nuestro departamento.

—¿Sabe si hay alguien a quien notificar?

—Hay un abogado en Washington —dijo Svensen—. Tiene que estar en el expediente de la universidad.

El médico anotó eso en su formulario. Estimó la hora de la muerte entre treinta y seis y cuarenta y ocho horas antes del hallazgo, lo que situaba el momento del deceso aproximadamente en el lunes 10 de diciembre, en algún punto entre la tarde y la madrugada, mientras afuera Tromsø tenía la oscuridad polar de las cinco de la tarde que en diciembre llega sin que nadie esté del todo preparado para recibirla. En el campo de causa de la muerte anotó: paro cardíaco. Era la causa correcta en el sentido en que el formulario entendía la causa.

Cuando el médico y los de la ambulancia se fueron, Svensen se quedó en el pasillo con Aas.

—¿Qué pasa con sus cosas? —dijo Svensen.

—Hasta que el abogado lo organice, el apartamento queda como está —dijo Aas—. Puedo dejarlo cerrado con llave hasta entonces.

—¿Puedo entrar un momento?

Aas lo miró.

—Por qué no —dijo, y se hizo a un lado.

Svensen entró al apartamento por primera vez en siete años de conocerse en la biblioteca y en los seminarios. Miró los cuadernos azules y verdes sobre el escritorio, los libros que había llenado año por año, la fotografía de las Tierras Altas. Abrió el cuaderno que estaba encima de la pila, el más reciente, con la tapa verde desgastada y el lomo reforzado con cinta plateada. Leyó la última entrada. La leyó dos veces. Luego cerró el cuaderno con cuidado, lo dejó exactamente adonde estaba, y se quedó de pie mirando la ventana donde la oscuridad de diciembre había borrado el canal y los edificios del otro lado y lo había convertido todo en una superficie negra que reflejaba débilmente las luces del puerto.

Al día siguiente llamó a la universidad.

—Necesito reportar el fallecimiento del investigador visitante Gajdusek —dijo cuando le pasaron con el departamento de personal—. Murió el lunes. Lo encontraron anoche.

—Entendido —dijo la funcionaria—. ¿Tiene el número de contacto de emergencia?

—Hay un abogado en Washington llamado Sheridan —dijo Svensen—. Debe estar en su expediente de admisión.

—Lo busco. —Hubo una pausa—. ¿Había familia?

—No que yo sepa —dijo Svensen.

—¿Usted era cercano a él?

Svensen tardó un momento.

—Lo conocía desde hace cuatro años —dijo—. Nos veíamos en la biblioteca. Me enviaba anotaciones en los márgenes de los artículos que le mandaba. —Hizo una pausa—. Era la persona más inteligente que he conocido en mi vida.

La funcionaria no respondió a eso. Era el tipo de declaración que no tiene respuesta apropiada en el contexto de un formulario de baja de personal.

Sheridan recibió la llamada esa tarde. Escuchó la noticia con el silencio de quien ha esperado una llamada el tiempo suficiente como para que cuando llega no haya nada útil que decir.

—¿Había alguien con él? —dijo al fin.

—No —dijo la funcionaria.

—No —repitió Sheridan, en voz baja, como si la confirmación fuera necesaria aunque ya lo supiera.

Los cuadernos, los libros y la fotografía quedaron en el apartamento durante tres semanas mientras Sheridan organizaba el traslado. La revista que Gajdusek tenía abierta sobre el pecho era el número de noviembre de 2008 del *Journal of Neurological Sciences*, abierta en un artículo sobre la resistencia genética al kuru en la población Fore: la demostración de que algunas mujeres Fore habían desarrollado, a través de generaciones de exposición al ritual del canibalismo mortuorio, una variante del gen PRNP que confería resistencia parcial a la conversión priónica. La muerte produciendo, en la escala del tiempo biológico, la defensa contra sí misma.

En el margen superior de esa página, con el lápiz afilado, Gajdusek había escrito tres palabras que Svensen encontró cuando fue a recoger la revista antes de que Sheridan organizara el traslado:

Tenían razón ellas.

Era el campo que él había abierto cincuenta y un años antes con un microscopio portátil y las muestras de tejido del cerebro de Waine, extraídas en una cabaña de bambú en las Tierras Altas de Papúa a cambio de la promesa de volver si aprendía algo útil. El campo había seguido avanzando sin él, encontrando respuestas que él no encontró, haciendo preguntas que él no formuló, con la indiferencia normal de la ciencia ante sus propios orígenes.

La oscuridad polar de Tromsø en diciembre duró lo que dura siempre. Luego la luz volvió, sin prisa, con la indiferencia de los fenómenos que no necesitan que nadie los espere para ocurrir.

EPÍLOGO

El Huésped Silencioso

Cualquier hospital del mundo, 2026

La sala de quirófano tiene la misma luz de siempre: blanca, uniforme, sin sombras, el tipo de luz que no existe en ningún otro lugar del mundo natural o construido porque ha sido diseñada específicamente para que nada quede oculto bajo ella. El anestesiólogo revisa los parámetros del monitor con la eficiencia de quien ha hecho ese mismo gesto diez mil veces y que lo hará diez mil veces más.

La instrumentista cuenta las gasas sobre la mesa auxiliar con la voz baja y el ritmo regular de un inventario que se ha repetido de la misma manera desde que existe la cirugía moderna. El cirujano se lava las manos en el lavabo de acero del antequirófano con el protocolo de cinco minutos que la microbiología establece como tiempo mínimo para reducir la carga bacteriana de la piel a niveles aceptables para el campo operatorio.

El paciente está en la mesa. Tiene cuarenta y dos años, es ingeniero civil, tiene dos hijos y una hipertensión leve que controla con medicación desde los treinta y ocho. No ha estado en un hospital desde que le operaron de apendicitis a los veinte años. Lo que tiene ahora no es urgente: una hernia de disco lumbar que lleva meses produciendo una dolor ciático que la fisioterapia no ha conseguido resolver. Es una cirugía de rutina. El riesgo es bajo. El pronóstico, según el neurocirujano que lo operará esta mañana, es excelente.

El instrumental quirúrgico que se usará en esta operación fue esterilizado esta mañana en el autoclave del servicio de esterilización central, siguiendo el protocolo estándar: vapor a 134 grados centígrados durante dieciocho minutos, el procedimiento que la medicina considera el método de esterilización más eficaz disponible para el instrumental reutilizable. El protocolo es correcto. El autoclave funciona perfectamente. El técnico de esterilización ha seguido cada paso con la meticulosidad que el puesto requiere y que la supervisión del servicio verifica de manera rutinaria.

El protocolo no destruye los priones.

No los destruye porque el prión no es un organismo vivo. No tiene metabolismo que el calor pueda detener. No tiene membrana que el vapor pueda romper. No tiene ácido nucleico que la radiación pueda fragmentar. Es una configuración molecular: una proteína con la geometría equivocada, termoestable a temperaturas que destruyen cualquier bacteria, cualquier virus, cualquier esporo fúngico conocido, resistente al formaldehído, resistente a la radiación ultravioleta, resistente a la mayoría de los desinfectantes que los hospitales usan como segunda línea de defensa.

Para inactivar el prión se requieren protocolos específicos que la mayoría de los hospitales del mundo no aplica de manera rutinaria porque el riesgo de contaminación priónica del instrumental se considera excepcional, estadísticamente marginal, improbable en la práctica cotidiana de un quirófano que no opera casos de encefalopatía espongiforme diagnosticada.

El problema es el período de incubación.

La variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob de origen bovino puede incubar durante décadas antes de producir síntomas visibles. Una persona que consumió carne contaminada en el Reino Unido en 1987 puede estar en este momento en el período silencioso de una enfermedad que no mostrará ningún signo clínico durante otros diez o quince años, que no producirá ninguna alteración detectable en los análisis de sangre rutinarios, que no aparecerá en ningún cuestionario de historia clínica porque el paciente no sabe que la tiene, que no activará ninguna precaución adicional en el protocolo de esterilización porque nadie tiene razón para tomarla. Si ese paciente es operado con instrumental que después no recibe el protocolo específico para priones, y si ese instrumental es usado después en otro paciente, la proteína permanece adherida al acero.

No se degrada. No muere. Espera con la estabilidad de las configuraciones moleculares que no dependen del tiempo biológico para mantenerse, porque no están vivas y por lo tanto no pueden morir.

El cirujano entra al quirófano. El anestesiólogo informa que el paciente está estable, sedado, listo. La instrumentista tiene el campo preparado. El cirujano se pone los guantes con el movimiento preciso de quien ha repetido ese gesto tantas veces que el cuerpo lo ejecuta sin que la mente tenga que ordenarlo. La instrumentista le entrega el primer instrumento. La cirugía comienza.

Mientras el cirujano trabaja, el narrador hace lo que el narrador omnisciente puede hacer y que ninguno de los presentes en esa sala puede hacer: retrocede. Sale del quirófano, sale del hospital, sale de la ciudad donde ese hospital existe, y se eleva hasta el punto desde el que es posible ver simultáneamente los quirófanos del mundo: los de los hospitales universitarios de Londres y París y Nueva York y Tokio, los de los hospitales regionales de ciudades medianas, los de las clínicas privadas donde el instrumental es más nuevo pero el protocolo de esterilización es el mismo porque el protocolo de esterilización es universal.

En todos ellos, en este momento, hay autoclaves funcionando a 134 grados centígrados durante dieciocho minutos. En todos ellos, ese proceso es considerado suficiente para el instrumental que sale del ciclo con su indicador de color cambiado a verde.

El indicador de color no detecta los priones. Detecta que la temperatura y el tiempo han sido los correctos. Son dos cosas distintas.

En las Tierras Altas de Papúa Nueva Guinea, el último caso documentado de kuru ocurrió en 2005. Tomó cincuenta años desde que Gajdusek describió la enfermedad hasta que el ritual que la transmitía desapareció lo suficiente para que los casos se detuvieran. La proteína priónica que Waine compartió con sus hijos aquella mañana de 1954 sigue siendo, en teoría, transmisible. En la práctica, ya no hay nadie en las Tierras Altas que la transmita. Algunas mujeres Fore que sobrevivieron al período de mayor prevalencia de la enfermedad tienen en su genoma una variante del codón 129 del gen PRNP que les confiere resistencia parcial a la conversión priónica: es la huella que el kuru dejó en el ADN de la población, la selección natural acelerada por un ritual que mató a decenas de miles de personas en el transcurso de un siglo.

La muerte produciendo, en la escala del tiempo biológico, la defensa contra sí misma. Es el tipo de resultado que Gajdusek habría encontrado extraordinario y que habría anotado en sus cuadernos con la letra veloz de siempre, si hubiera vivido para leer el artículo que tenía abierto sobre el pecho cuando Petter Aas entró al apartamento del tercer piso de Storgata.

En los laboratorios de neuropatología del mundo hay preparaciones histológicas de tejido cerebral de pacientes con distintas formas de encefalopatía espongiforme, preservadas en formol y montadas en portaobjetos de vidrio, archivadas en cajas numeradas en los anaqueles de los departamentos de patología.

El formol fija los tejidos. No inactiva el prión. En esos portaobjetos, la proteína con la geometría equivocada sigue siendo lo que es. Podría seguir siéndolo durante siglos. Nadie lo sabe con certeza porque nadie ha tenido razón para comprobarlo a esa escala de tiempo.

Sin embargo, algo ha cambiado en 2026 que no existía cuando Gajdusek murió en Tromsø aquella noche de diciembre de 2008. La ciencia ha comprendido, por fin, que la estrategia correcta no es destruir la proteína corrupta una vez que existe, sino impedir que la proteína normal tenga con qué ser corrompida. La lógica es tan elegante como brutal: si eliminas la PrP^C, el prión no tiene combustible. No hay nada que convertir. La cadena de contagio se detiene antes de comenzar.

El Instituto Broad de MIT y Harvard, junto con la Escuela de Medicina de la Universidad de Massachusetts Chan, inició en abril de 2026 el reclutamiento formal de pacientes humanos para el ensayo clínico PRiSM. Utilizan un ARN de interferencia divalente diseñado para unirse al ARN mensajero de la proteína priónica y destruirlo antes de que la célula pueda fabricarlo.

En modelos animales, una sola dosis retrasó la aparición de síntomas y aumentó la supervivencia un sesenta y cuatro por ciento. Es la primera

vez en la historia de estas enfermedades que una intervención terapéutica en humanos alcanza la fase de ensayo clínico con esa base de evidencia.

En el mismo Instituto Broad, los científicos Sonia Vallabh y Eric Minikel llevan años trabajando en una dirección paralela de una intensidad que va más allá de la vocación científica ordinaria: Vallabh es portadora de la mutación genética que causa el insomnio familiar fatal, la variante priónica que mató a su madre, y que tarde o temprano la habría matado a ella si no encontraba la manera de detenerla.

Su fármaco, el ION717, desarrollado junto con Ionis Pharmaceuticals mediante oligonucleótidos anti sentido que bloquean selectivamente la síntesis de la proteína priónica en el sistema nervioso, está en ensayo clínico activo desde finales de 2023. Es ciencia que nació del miedo personal convertido en rigor metodológico, que es la forma más antigua y más poderosa de motivación que existe en la investigación médica.

En España, en el laboratorio del doctor Joaquín Castilla en el CIC bioGUNE de Vizcaya, financiado en 2026 por la CJD Foundation, se compara con modelos animales el efecto de la intervención temprana frente a la tardía con terapias reductoras de PrP en la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob esporádica y en el síndrome de Gerstmann-Sträussler-Scheinker.

La hipótesis que trabajan es la misma que Gajdusek intuyó en sus últimos cuadernos sin poder demostrarla: que la variabilidad en los períodos de incubación no depende solo de la carga infecciosa inicial sino de la interacción entre esa carga y la configuración genética específica del huésped. Si esa hipótesis es correcta, el diagnóstico precoz en portadores asintomáticos cambia radicalmente el pronóstico, porque la intervención antes del daño irreversible es la única que puede funcionar.

En el University College London, la Unidad de Investigación de Priones del MRC desarrolla anticuerpos monoclonales como el PRN100, diseñados para unirse a la PrP^C y actuar como escudo físico que impide que la proteína corrupta se aproxime y la convierta. En la Universidad Federal de Río de Janeiro se estudian los mecanismos de condensación líquida celular que anteceden a la malformación priónica.

En laboratorios distribuidos por el mundo se investiga el redireccionamiento de la PrP^C recién fabricada hacia los lisosomas para su destrucción segura antes de que pueda ser corrompida, y la desestabilización de los micro dominios de membrana ricos en colesterol donde ocurre la conversión. La técnica RT-QuIC, que permite detectar cantidades diminutas de priones en líquido cefalorraquídeo en tiempo real, ha abierto la posibilidad de un diagnóstico precoz en portadores asintomáticos que hace diez años era impensable.

Todo esto es real. Todo esto existe en 2026. Y nada de esto existía cuando Gajdusek inoculó sus primeros chimpancés en el sótano de Bethesda en noviembre de 1959 y comenzó a esperar con la paciencia de quien sabe que el resultado puede tardar años.

La cirugía en el quirófano de cualquier hospital del mundo termina sin complicaciones. El cirujano retira los guantes. El anestesiólogo revierte la sedación. El paciente de cuarenta y dos años comenzará a despertar en unos minutos, con la hernia de disco resuelta y el pronóstico excelente que le anunciaron. En unos días volverá a casa.

En unos meses retomará el trabajo. Su vida continuará con la normalidad que anticipa, en un mundo donde por primera vez en la historia de la humanidad hay científicos que se acercan a la posibilidad de intervenir antes de que la geometría equivocada encuentre el tejido que necesita.

El instrumental es llevado al servicio de esterilización central. El técnico lo recibe, verifica el número de piezas contra el registro del quirófano, lo carga en la bandeja y programa el ciclo estándar: 134 grados centígrados, dieciocho minutos.

El autoclave se cierra.

El prión no sabe que el autoclave se ha cerrado. No sabe que en Cambridge y en Bilbao y en Londres y en Río de Janeiro hay personas que han dedicado sus vidas a encontrar la manera de privarlo del único recurso que necesita. No sabe que existe Gajdusek, ni el kuru, ni las mujeres Fore que murieron mientras sus cerebros se convertían en esponjas en las Tierras Altas de Papúa. No sabe nada. Es una forma, nada más. Una geometría equivocada que persiste en el mundo material con la paciencia de las piedras, esperando el tejido nervioso que le permita demostrar, una vez más, que la forma puede ser más poderosa que la vida.

Por primera vez en setenta años de historia de estas enfermedades, la ciencia tiene razones para creer que esa espera puede interrumpirse.

El ciclo comienza.

"La corrupción de la forma no necesita un agente externo. Solo necesita que la materia se olvide de cómo debe ser."